



# Historia Contemporánea



Estudio introductorio

*por*

José Luis Castán Esteban



## HISTORIA CONTEMPORÁNEA

La Guerra de la Independencia es para Tomás Collado el momento más importante de la historia reciente de España. Al compararlo con otras épocas, sobre todo con las más recientes, la evoca con el patriotismo que dan las experiencias vividas en la juventud, considerando que por primera vez los españoles, unidos, supieron hacer frente y vencer a un enemigo horrible. Su relato comienza así: “Llegamos ya a describir aquella época para siempre memorable, tan fecunda en grandiosos acontecimientos, que el punto al parecer más insignificante, y el ángulo más recóndito de la península puede presentar ufano pruebas irreparables del valor, entusiasmo y sufrimiento de sus habitantes en defensa de la más justa causa que jamás han abrazado los mortales. Vamos a hablar de aquella desigual lucha, sostenida con admiración del mundo entero, por la lealtad, constancia y decisión de los españoles contra las aguerridas, orgullosas e innumerables huestes del tirano de Europa, Napoleón Bonaparte”.

Estamos, según su opinión, ante la mejor expresión del valor español en defensa de su rey, de su patria y de la religión católica. Los acontecimientos, narrados muchas veces en primera persona, ya que participó como cadete y subteniente en el regimiento Princesa a las órdenes del brigadier Villacampa, se apoyan ahora no tanto en documentos de archivo, sino en las experiencias de los contemporáneos, complementadas por las memorias de algunos protagonistas, como Maldonado, Alcaide, Rongiat, y sobre todo el mariscal Suchet. En la primera versión de la historia Collado desconocía la publicación de esta obra. Su lectura le aportó un punto de vista más técnico, que usó para completar su descripción, y que no dudó en rectificar cuando lo consideró oportuno.

Al igual que en los capítulos anteriores, los acontecimientos en Albarracín se enlazan con los que se dieron en el resto de España, y en éstos destaca la presencia de albarracinenses que se distinguieron por sus hechos de armas. Aunque se centra, como no podía ser de otra manera, en batallas y en la vida castrense, no deja de ser una narración interesante, llena de anécdotas, y de valoración de las virtudes morales de sus compañeros de armas. Se inicia con los sitios de Zaragoza, donde sucumbió la mayor parte del batallón de voluntarios de Albarracín. A partir de este momento la guerra en la Sierra de Albarracín toma un protagonismo inesperado debido a la incapacidad de las tropas regulares france-

sas, que dominaban en campo abierto, para poder perseguir a las partidas del ejército español, que organizadas a modo de guerrillas, hostigaban la retaguardia francesa. Destacaron en estas acciones el brigadier Pedro de Villacampa, que había sobrevivido a los dos sitios de Zaragoza y que había huido tras la capitulación, y el teniente coronel Gayán.

El propio mariscal francés Suchet, en sus memorias, valoró la importancia de esta guerra irregular para desgastar al su ejército: “paisanos jornaleros, propietarios, padres y jefes de familia, y hasta clérigos y frailes abandonaban sin pena sus hogares y casas, y prontos a cualquier sacrificio, aun el más penoso, no conociendo los delicados hábitos del regalo, y exentos de toda preocupación en cuanto a exigir un cierto uniforme y un cierto armamento, formaban entre sí unos cuerpos irregulares; elegíanse sus jefes, seguían los caprichos de éstos en lo tocante al guerrear y maniobrar, atacaban siempre que el número y la ocasión les ofrecían tal cual ventaja; echaban a huir sin el menor rubor cuando se sentían menos fuertes que sus contrarios, y aún desaparecían alguna que otra vez por un movimiento combinado de dispersión, en términos que se hacía como imposible el seguir o volver a encontrar su rastro”.

Albarracín fue ocupado en diversas ocasiones por el ejército francés, y la mayor parte de sus recursos fueron requisados por los bandos contendientes. Se destruyeron las fábricas de textiles, se arrasaron los campos y se confiscaron ganados. Se movilizó a la mayoría de la población y se arruinaron haciendas. Sin embargo, la derrota del enemigo todo lo justifica. La victoria, el regreso y los homenajes al rey, de vuelta de su confinamiento en Francia, marcan el punto culminante de su historia patriótica. A partir de ese momento Collado fue destinado como secretario al Consejo de Guerra de Generales, donde tuvo conocimiento de primera mano de las conspiraciones tanto realistas como liberales que marcaron el reinado de Fernando VII. Sus servicios debieron ser notables, ya que en premio le fue concedida una canongía en la catedral de Albarracín, a donde se trasladó en 1819, en vísperas del triunfo de la revolución de Riego y el Trienio Liberal.

El carácter épico y patriótico de la historia de Tomás Collado durante la Guerra de la Independencia se vuelve sombrío cuando relata el reinado de Fernando VII y la primera Guerra Carlista. El gobierno, sometido a constantes amenazas tanto internas como externas, cae bajo el poder de los generales. Se suceden los ministerios, las pardidas de bandoleros actúan con impunidad, y como consecuencia, se arruina la agricultura y la industria.

Ideológicamente, Collado se muestra muy cauto durante la narración de los acontecimientos. Como canónigo, defiende la situación de la Iglesia, y a Fernando VII lo califica de forma mucho más amable que la mayoría de historiografía del momento. Frases como

“La primera solicitud del paternal corazón del soberano fue procurar por todos los medios la felicidad de los pueblos que el cielo le confiara”; o al valorar la proclama real de 1820 por la que aceptaba la Constitución de Cádiz abolida en 1815: “el pueblo español mostró su sensatez marchando sumiso por la nueva senda que el monarca le trazara en su paternal y célebre manifiesto del diez del mismo mes”; indican su lealtad a la monarquía española. Lo mismo hará en el reinado de Isabel II, cuando a pesar de mirar con simpatía las partidas carlistas, y en especial a Cabrera, no dejó de aceptar el orden establecido, algo que en definitiva le llevó a dirigir la diócesis al huir el último de sus preladados, José Talayero, que abrazó activamente la causa carlista. Sin embargo, anotará sin ningún tipo de recriminación la disolución de los conventos de frailes de la diócesis por orden de Mendizabal.

Esta imparcialidad, por lo menos en sus escritos, le lleva a describir a un diputado liberal exaltado, como fue Juan Romero Alpuente, natural de Valdecuenca, sin hacer de él ninguna valoración negativa, reproduciendo algunas de sus célebres proclamas, de igual manera que encarece el valor de alguno de los militares más realistas, como José Asensio de Ocón, en sus esfuerzos por traer de nuevo el absolutismo a España, o alaba la denostada figura de Tadeo Calomarde, cuyos padres eran de Veguillas, por favorecer la redotación de la catedral de Albarracín. Aprovecha esta figura para cargar contra algunos de los políticos liberales del momento: “Al largo periodo en que nuestro paisano manejó las riendas del estado se le ha designado, por casi todos los publicistas, en los fastos de la historia contemporánea con las duras calificaciones de *“Ominosa década”*, o *“Tiempos de Calomarde”*, como sinónimas del más fiero despotismo. Empero los mismos escritores, en determinadas épocas, cuando en vez de dominar han sido dominados por su antagonistas, no han tenido inconveniente de manifestar que era aquello preferible a las mentidas apariencias que se han cubierto algunas veces con el nombre de libertad, cuando el más escandaloso monopolio se estaba ejerciendo bajo las doradas pero mentidas exterioridades de una igualdad completa. Lo cierto es que jamás la hacienda de España se viera en mejor estado, orden y concierto que en el que entonces la pusiera el entendido ministro de aquel ramo don Diego López Ballesteros”.

Uno de los hechos más significativos que se reiteran desde los años veinte al cuarenta del siglo XIX es la presencia constante de partidas guerrilleras actuando contra los intereses gubernamentales. El Royo de Alcañiz fue el primero de una larga lista que continúa durante las Guerras Carlistas con Carnicer, Quílez, Marconell, Tena o el Organista. En su persecución, Albarracín será ocupado por batallones y regimientos gubernamentales que sistemáticamente causarán incomodidades y altercados con los vecinos, en algunos

de los cuales fue protagonista Collado. Y es que el pueblo era mayoritariamente carlista. La desconfianza al poder que venía de Madrid, y el apego a las tradiciones que los liberales cuestionaban hacía, como dice nuestro autor siguiendo a Fernández de Córdoba para evitar decirlo con sus palabras: “las simpatías e inclinaciones estaban a favor de la causa carlista, y nada se había hecho para modificar, antes bien para exasperar, esta hostil tendencia. Los realistas dominaban donde quiera que llegaba su voz y no había cristinos. Los cristinos no tenían poder donde no se veían sus armas. El partido liberal estaba dividido en las ciudades, era nulo en los campos; y entre servir y obedecer a uno de los bandos los mozos y los alcaldes, los paisanos y los curas iban a Cabrera más de grado y de mejor voluntad. Las tropas carlistas estaban, por decirlo así, en su casa; donde quiera encontraban campamentos y almacenes. Las tropas de la reina no así.”

Para valorar a Ramón Cabrera toma las palabras de su biógrafo Buenaventura de Córdoba que lo llama “ser sobrenatural; un guerrero más admirable que Zumalacárregui, esperanza y apoyo de la causa de don Carlos; un genio privilegiado, que sin recursos, sin instrucción militar, y sin experiencia, desde los primeros pasos de su nueva carrera se presentaba temible y amenazador por su perseverancia, talento, entusiasmo y valor”. Describe con datos precisos las campañas de este general, y valora muy positivamente el sistema de fuertes con el que defendió su territorio, explicando como inevitable su derrota y la conquista de la plaza fuerte de Morella tras lo que considera una traición por parte del ejército del Norte -el conocido abrazo de Vergara-. Consecuencia de esta guerra fue la destrucción del convento de dominicos en Albarracín y del monasterio de trinitarios en Royuela. Además, la comarca se vio asolada por primera vez por una epidemia de cólera en 1835, que desconcertó a los médicos por la rapidez de su propagación y la ineficacia de medios para poderla atajar.

Los dos últimos capítulos de esta obra inacabada los dedica a describir las desavenencias y enfrentamientos del bando liberal una vez ganada la guerra carlista. Recoge con detalle el pronunciamiento de la ciudad de Teruel en contra de Espartero en 1843, extrayendo una obra de Víctor Pruneda, que hoy se encuentra perdida, y que es el único testimonio que tenemos de este singular acontecimiento, en el que destaca la participación de varios vecinos de la ciudad y su sierra en el sitio que sufrió la capital de la provincia. Es también interesante la ceremonia celebrada con motivo de la coronación de la reina Isabel II en diciembre de ese mismo año, el entierro con gran pompa militar y eclesiástica del brigadier José María Asensio de Ocón en la catedral, o los terremotos que en octubre y noviembre de 1848 produjeron importantes destrozos en casas y templos de los pueblos de Noguera, Orihuela y Monterde.

La bibliografía citada por Collado en esta parte combina las obras escritas sobre la Guerra de la Independencia junto con la prensa, casi siempre de tendencia conservadora, que recibía en Albarracín, que no duda en valorar de acuerdo con sus propias impresiones. Es la siguiente:

## LIBROS

ALVARADO Y DE LA PEÑA, Santiago de, *Elementos de la historia general de España desde el diluvio universal hasta el año de 1826 : o sea resumen cronológico de todos los principales sucesos ocurridos en nuestra Nación desde su fundación hasta el día* / por Santiago de Alvarado y de la Peña, Madrid : [s.n.], 1826 (Imp. de E. Aguado).

ALCALDE IBIECA, Agustín, *Historia de los dos sitios que pusieron á Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón: con un suplemento* / por el cronista Agustín Alcalde Ibieca, Madrid : [s.n.], 1830-1831 (Imprenta de M. de Burgos), 3 v., (XIV, 355 p. ; 364 p.; 224 p., [1] h. de map. pleg.) ; 21 cm.

CABELLO, F; SANTA Cruz, F; y TEMPRADO, R.M., *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia / escrita por F. Cabello, F. Santa Cruz y R.M. Temprado*, Madrid: [s.n.], 1845-1846 (Impr. del Colegio de Sordo-Mudos), 2 v.

*Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes para la legislatura de 1820 y 1821*, Madrid: [s.n.], 1821. En la Imprenta de D. Juan Ramos y Compañía. (según Simón Díaz, el autor es Sebastián Miñano; "Condiciones y semblanzas de los diputados a cortes (1821)", en Separata de: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, [197-], p. 197) Existe otra impresión de este año en la que en verso de la portada consta: "Será perseguido ante la ley el que reimprima este folleto."

CÓRDOBA, Buenaventura de, *Vida militar y política de Cabrera / redactada por Buenaventura de Cordoba*, Madrid: [s.n.], 1844-1845 (Imprenta y Fundición de Eusebio Aguado) 4 v.

CHATEAUBRIAND, François-René, vicomte de, El congreso de Verona, *Guerra de España: negociaciones, colonias españolas / por el vizconde de Chateaubriand; tradúcela al castellano Cayetano Cortés*, Madrid: [s.n.], 1839 (imprenta que fue de Fuentenebro á cargo de Alejandro Gomez), 2 v.

FABRAQUER, José Muñoz Maldonado, Conde de, *Historia política y militar de la guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte: desde 1808 a 1814 / escrita sobre los documentos auténticos del gobierno por el Dr. D. José Muñoz Maldonado*, Madrid: [s.n.], 1833 (Imprenta de D. José Palacios), 3v.; 8º.

*Idea ligera de la vida y caracter del ciudadano Romero Alpuente con su retrato al frente, vestido de granadero de la M.N.L.V. de esta Corte*, Madrid : [s.n.], 1822 (imprenta de Eusebio Alvarez).

NAPIER, F. P., *History of the war in the peninsula and in the South of France from 1807 to 1814*, [London], 1828-1840, 6 v.

RIEGO, Rafael del, *Carta del General D. Rafael del Riego a sus compañeros los Generales Lopez-Baños, y Arco-Agüero*, Madrid : [s.n.], 1820 (imprenta de Collado).

ROGNIAT, Barón de, *Relación del segundo sitio de Zaragoza por los franceses en la última*

*Guerra de España por el señor Barón Rogniat* ; traducida del francés por Pedro Ferrer y Casaus, Valladolid : [s.n.], 1815 (Imp. de Roldán).

SÉGUR, Paul Philippe Ségur, Conde de, *Historia Universal / por el Conde de Segur ; traducida al español por Alberto Lista con correcciones, notas y adiciones*, Madrid : [s.n.], 1830-1838 (Oficina de D. L. Amarita [etc.]) 30 v. Los cinco últimos tomos constituyen la *Historia de España* por Alberto Lista.

SUCHET, Louis Gabriel, Duc d'Albufera (1770-1826), *Memorias del Mariscal Suchet : sobre sus campañas en España : desde el año 1808 hasta el de 1814 / escritas por él mismo ; traducidas en español ... por G..... D..... M*, Paris : en casa del Sr Bossange padre, 1829 (imprenta de Gaultier-Laguionie) Reedición (facsimil) del Atlas por la IFC en 2008 con prólogo de Pedro Rújula.

## REVISTAS

*El Mensajero de las Cortes*. Esta revista fue editada por el liberal Evaristo San Miguel, que regresó a España tras la amnistía de 1834, promulgada por la reina gobernadora, Doña María Cristina, tras la muerte de su marido, Fernando VII. Llegado a España, Evaristo San Miguel fundó el periódico *El Mensajero de las Cortes* donde defendió la Constitución de Cádiz y analizó los hechos de España desde la invasión francesa.

*La Revista española*: Periódico dedicado a la Reina Ntra. Sra. Existe una edición digital, de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; Madrid: Biblioteca Nacional, 2003. Frecuencia de la publicación: Diaria (1834-1836). Frecuencia anterior de la publicación: Bisemanal (1832-1833). Esta publicación, a la que debía estar suscrito Collado, absorbió al *Mensajero de las Cortes*. Más tarde se fundió con *El nacional* (Madrid, 1835), para formar la *Revista nacional*. A partir de 1833 varios números añaden suplemento.

## BIBLIOGRAFÍA

Las obras escritas sobre la primera mitad del siglo XIX en Teruel y Albarracín, han sido, hasta fechas muy recientes, muy escasas. Domingo Gascón publicó en 1908 un trabajo titulado *La provincia de Teruel en la Guerra de la Independencia*. Su fuente principal sobre el partido de Albarracín es Tomás Collado, pues pudo acceder y copiar gran parte del manuscrito original de la obra. La referencia más importante desde este libro son los trabajos de Herminio Lafoz, así como el volumen conmemorativo del bicentenario de la Guerra publicado por el Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín.

El carlismo ha sido estudiado en profundidad, y desde un planteamiento historiográfico novedoso por Pedro Rújula. La lectura de sus obras, que insertan la guerra en el ámbito de la contrarrevolución y el descontento campesino a las transformaciones del liberalismo, es muy recomendable para situar en su contexto y entender los capítulos que dedica Tomás Collado a este conflicto. Por último, para comprender la conflictividad social y



política desde 1840, y adentrarse en la personalidad de uno de sus protagonistas, Víctor Pruneda, recomendamos consultar su bibliografía, editada por el CEDDAR:

Sobre la situación socioeconómica de Albarracín, tenemos que recurrir a las descripciones de los contemporáneos, como las de Isidoro de Antillón, recientemente reeditadas. También hay datos interesantes en las obras de Ignacio Peiró sobre los comienzos de la industrialización o en el breve, pero muy interesante estudio de Vicente Pinilla sobre la provincia de Teruel en el siglo XIX.

ANTILLÓN, Isidoro, *Descripción del partido de Albarracín en 1795*, [introducción de José María de Jaime Lorén, edición y notas de José Luis Castán Esteban], Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín, 2006.

BERGES SÁNCHEZ, Juan Manuel, (coord.), Monográfico sobre la Guerra de la Independencia, *Revista Rehalda*, 9 (2009).

CARUANA GÓMEZ DE BARREDA, Jaime, "La Sierra de Albarracín durante la Guerra de la Independencia", *Teruel*, núm. 21 (1959), pp. 93-134.

CASTÁN ESTEBAN, José Luis, "La Comunidad de Albarracín en la Guerra de la Independencia", *Rehalda. Revista del Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín*, núm. 10 (2009), pp. 15-30.

CASTÁN ESTEBAN, José Luis; Navarro Martínez, Pedro, "La Comunidad de Albarracín durante la revolución liberal", en José Manuel Latorre Ciria (coordinador) *Los fueros de Teruel y Albarracín*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 2000, pp. 241-244.

GASCÓN, Domingo, *La provincia de Teruel en la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1908. [reeditada en facsímil por el Instituto de Estudios Turolenses con prólogo de Pedro Rújula, Teruel, 2008]

LAFOZ RABAZA, Herminio, *La Guerra de Independencia en Aragón. Del motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza*, Zaragoza, 1996.

PINILLA NAVARRO, Vicente, Teruel (1833-1868): *revolución burguesa y atraso económico*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1982.

RÚJULA LÓPEZ, Pedro, *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la guerra civil en Aragón (1833.1835)*, Diputación General de Aragón, 1995.

RÚJULA LÓPEZ, Pedro, *Ramón Cabrera. La senda del tigre*, Ibercaja, Zaragoza, 1996.

RÚJULA LÓPEZ, Pedro, *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo*. Pressas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1998.

RÚJULA LÓPEZ, Pedro, *Constitución o muerte. EL trienio liberal y los levantamientos realistas en Aragón, 1820-1823*, Rolde, Zaragoza, 2000.

PEIRÓ, Antonio, *Tiempo de Industria. Las Tierras Altas turolenses, de la riqueza a la despoblación*, CEDDAR, Zaragoza, 2000.

VILLANUEVA HERRERO, José Ramón, *Víctor Pruneda: Una pasión republicana en tierras turolenses*, Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1999.



## CAPÍTULO XXXII



legamos ya a describir aquella época para siempre memorable, tan fecunda en grandiosos acontecimientos, que el punto al parecer más insignificante, y el ángulo más recóndito de la península puede presentar ufano pruebas irreparables del valor, entusiasmo y sufrimiento de sus habitantes en defensa de la más justa causa que jamás han abrazado los mortales. Vamos a hablar de aquella desigual lucha, sostenida con admiración del mundo entero, por la lealtad, constancia y decisión de los españoles contra las aguerridas, orgullosas e innumerables huestes del tirano de Europa, Napoleón Bonaparte. La gloria de haber acometido tamaña empresa pertenece exclusivamente a la nación española, y en gran parte, el feliz éxito que la coronó. En vano algunos extranjeros, émulos de nuestras glorias, intentan anonadarlas tomando para sí todo el lauro, honor y prez de los triunfos. El inglés Mr. Napier en nada tiene la cooperación de los españoles, atribuyendo todo a los ejércitos de su nación, “*que pelearon -dice-, en España y por España, y nunca con España*”.<sup>372</sup> Nuestros procederes son muy distintos. Tributamos el justo

<sup>372</sup> Los ingleses han escrito varias obras acerca de la historia de la guerra peninsular. Entre ellas se distingue por el veneno satírico, por la intención conocida de deprimir a los españoles, y por su tono de parcialidad, ingigno de la historia, la de Mons. Napier (...) Sus falsedades y denuestos pasarían a la posteridad a no haberlos contradicho victoriosamente el señor Canga Argüelles en sus

homenaje de gratitud y reconocimiento debido a las brillantes operaciones de las tropas británicas, y sobre todo, a las sobresalientes prendas de su caudillo, el inmortal Wellington. Este consumado general supo apreciar los servicios prestados por los españoles que militaron bajo su inmediato mando en tanto grado que no dudó confiarles empresas arduas, que desempeñaron bizarramente, y en la memorable batalla de San Marcial, ganada el 31 de agosto de 1813 por el ejército aliado contra los franceses que acudían en socorro de la plaza de San Sebastián, aseguró “que el lauro de aquella jornada pertenecía íntegro a las tropas españolas, que en ella se habían conducido como los mejores soldados del mundo”.<sup>373</sup>

Otros muchos españoles no tuvieron el honor de servir a sus inmediatas órdenes, y sin embargo no dejaron de contribuir a su manera para dar al traste con el colosal poder del primer capitán del siglo. En corroboración de esta verdad, y consiguiente a mi propósito de ilustrar las glorias de mi patria, intento describir aquéllas que en la Guerra de la Independencia más directamente pertenecen, formando de ellas un cuadro, en cuanto me sea dable, completo y animado. A este fin seguiré los pasos de la segunda división del segundo ejército, que como vulgarmente se dice, jamás tuvo que ver con los ingleses, y sí con mis paisanos, ya por la parte activa que en ella tomaron, ya también por ser las cercanías de Albarracín, casi siempre, el teatro de sus operaciones o el punto de apoyo y refugio en sus contratiempos. Testigo casi siempre de los sucesos que describo, procuraré hacerlo con orden, laconismo y veracidad. Así no desconfío que mis apuntes puedan ser de alguna utilidad a quien tome a su cargo la ardua empresa de transmitir a la posteridad los gloriosos acontecimientos que debe abrazar una historia imparcial y completa de la Guerra de la Independencia, pues que las que hasta el presente he visto apropiándose este atributo, todavía dejan mucho que desear,

observaciones sobre la historia de la Guerra de España. *Gaceta de Bayona*, núm. 189 del viernes 23 de julio de 1830.

373 Con estas mismas expresiones lo dijo en el parte oficial que dio de dicha batalla. “Don Manuel Freire y las tropas que mandaba, y formaban el cuarto ejército español, adquirió lauros inmarcesibles, perdió 1658 hombres entre muertos y heridos, pero la ocasionó mayor a sus enemigos”. Maldonado, *Historia de la Guerra de la Independencia*, tomo 2º, cap. 24, fol 424.

contentándose por lo general con trazar las operaciones del ejército aliado, siguiendo, digámoslo así, el tronco del árbol, desentendiéndose de las ramas, que contribuyen en gran manera a su frondosidad, para que llegase a ser sazón el apetecido fruto. Al cuidado de este diligente investigador dejó la vindicación de nuestro honor ultrajado por Napier, que siendo aliado, se atrevió a negarnos la gloria a que somos acreedores, y que nuestros mismos enemigos, más justos que él en esta parte, han confesado franca e ingenuamente. Todo el mundo sabe los esfuerzos que el gran político Taillierand hizo para disuadir a Napoleón del empeño que mostraba en apoderarse de la península, y cuando vio frustrado su intento no dudó asegurarle en tono profético “*que esta empresa ocasionaría su ruina*”, y así sucedió en efecto. La célebre francesa madame la baronesa de Staël, hija de Necker, en su obra póstuma, titulada *Considerations sur les principaux événements de la Revolution française*, al capítulo 18 del 2º tomo, que trata de *La Doctrine politique de Bonaparte* se explica en estos términos: “La empresa de España es el primer paso que dio Napoleón hacia su ruina: en ella encontró una resistencia nacional única en la que el artificio diplomático jamás llega a tener influjo alguno. No conoció el peligro que en una guerra de pueblos y montañas corría su armada; despreciaba la fuerza del espíritu, contando sólo con las bayonetas, y como en España apenas las había antes de la llegada del ejército inglés “*no supo temer la sola potencia invencible que es el entusiasmo de todo un pueblo*”. Hepreciado incorporar las anteriores citas para probar la verdad de mi aserción con autoridades sin duda más apreciables y convincentes que las de Napier en la materia. Discúlpe-seme esta digresión por vía de desahogo, que ahora por lo que a mí toca entro a dar principio a la narración de tan gloriosos acontecimientos.<sup>374</sup>

La perfidia con que el emperador Napoleón se había apoderado de nuestro idolatrado monarca el señor don Fernando VII; la ocupación de las primeras plazas de la península por el ejército francés, y los memorables sucesos de Madrid en el día dos de mayo de 1808 alarmaron por fin a los españoles, tan amantes de sus soberanos, libertad y leyes como difíciles de someter al yugo de una dominación

374 Véanse los citados autores.

extranjera. El santo grito de insurrección lanzado en la capital, y que cual fluido eléctrico se extendió hasta las columnas de Hércules y las cumbres del Pirineo, resonó también majestuosamente en las elevadas sierras de Albarracín. Los jóvenes de su partido corrieron presurosos a alistarse en las filas de la patria; yo fui uno de tantos, y al escribir ahora estas líneas, cuando ya casi ha transcurrido medio siglo, todavía siento hervir en mis venas aquellos raptos de tierna emoción y puro entusiasmo que enajenaban todos los ánimos de los noveles guerreros que se armaban para la pelea con escopetas de caza, mugrientas espadas o afilados rejonos, y marchaban ufanos en busca del enemigo. Formados en compañías, cuyo mando se confiaba a las personas que se juzgaban más idóneas, salimos a ocupar los pasos y desfiladeros de las fronteras de Castilla para hacer la oposición que se pudiese a diez mil franceses que ocupaban la ciudad de Cuenca, si intentaban penetrar por aquella parte de Aragón. Vinieron en nuestro auxilio todos los mozos del partido de Teruel, organizados y armados en la misma forma que lo estábamos nosotros; y cuando vimos llegar de refuerzo el batallón del Campo de Cariñena, que venía armado de fusiles, nos juzgamos invencibles. ¡Entusiasmo sagrado, heroísmo sin tacha, patriotismo puro, cuán lleno de franqueza, desinterés y abnegación, pero cuán fecundo en grandiosos hechos te presentaste entonces a hacer alarde de tus virtudes, sufrimiento y resignación en todas las vicisitudes que habías de experimentar en la contienda contra el común enemigo! ¡Cuán pequeñas, despreciables y mezquinas me han parecido después en su comparación todas las parodias y mentidas apariencias con que se ha querido que volviese a resucitar para servir de emblema en nuestras disensiones domésticas y fraticidas luchas a encarnizados odios, pretensiones bastardas y mal encubiertas ambiciones!

Mientras los albarracinenses y sus compañeros de armas se ejercitaban en los primeros ensayos de su militar ejercicio, era ya la capital del Reino de Aragón, la inmortal Zaragoza, teatro de los más grandiosos acontecimientos. Aunque abierta, y desmantelada, y sin más fortificaciones que los pechos de sus habitantes, se disponían éstos a la más gloriosa resistencia que ofrece la historia moderna de nuestra patria, confiados en su valor, en la justicia de la causa y en la nunca desmentida protección de su augusta patrona María San-

tísima del Pilar. El entusiasmo popular removió de sus destinos a varios jefes y autoridades que juzgó adictos al gobierno del intruso, y nombró por capitán general de su ejército y reino al Excelentísimo Señor don José de Palafox y Melci, que llenaba todos sus deseos. Para corresponder éste a la confianza sin límites que en él habían depositado sus paisanos, convocó a Cortes con la premura que la urgencia del caso requería, a las que asistió diputado por parte de Albarracín don Juan Navarro, y en la única sesión celebrada en el nueve de junio se acordaron las medidas más urgentes para proceder a la jura del legítimo soberano y atender a la salvación de la patria, único objeto al que todos dirigían sus miras y operaciones.<sup>375</sup>

Un impulso sobrehumano todo lo pone en acción en aquella ciudad inmortal: unos abren zanjias irregulares; los otros levantan desaliñadas trincheras; afilan éstos sus antiguas espadas; preparan aquéllos sus certeras carabinas: los que sólo habían manejado la estera y el arado se familiarizan con el cañón; quien toma el espegue; quien hace la puntería; quien aplica el botafuego y al caer exánime, se ve reemplazado por alguna heroína; y todos mandan, todos obedecen; y todos, todos, con arrojo temerario están resueltos a dar una lección sublime a la Europa entera, haciéndole conocer que Napoleón también puede ser vencido, y que jamás se insulta impunemente el sufrimiento, honradez y valor aragonés. No nos es permitido entrar a detallar tan grandiosos acontecimientos, el que preciándose de español quiera satisfacer sus deseos podrá conseguirlo consultando la juiciosa historia que sobre las ocurrencias de ambos sitios ha dado voz el cronista don Agustín Alcaide. Baste decir a nuestro intento que no tardaron en ponerse a la vista de esta ciudad los ejércitos franceses mandados por los generales Lefebre y Berdier, y después de dos meses de vanos esfuerzos para tomarla, los vencedores de Jena, Austerlitz y Marengo levantaron el sitio y huyeron cubiertos de ignominia al verse vencidos por un puñado de valientes. Entre ellos se hallaban algunos beneméritos hijos de Albarracín. Mariano Lozano, que se distinguió en la memorable batalla de las Eras, dada el 15 de junio. El teniente de voluntarios de Aragón don Rafael de Arcas, que mereció ascenso por sus proezas al empleo de teniente

<sup>375</sup> Alcalde, *Historia del primer sitio de Zaragoza*, tomo 1º, cap. 3, fol. 33.



coronel, y murió después cubierto de honor en la defensa de Lérida. Y don Pedro Valero, natural de Pozondón, que fue después obispo de Gerona, y se hallaba entonces gobernador del arzobispado, con cuyo carácter concurrió en compañía de otros sujetos condecorados a solemnizar el acto de prestar el juramento que hicieron los zaragozanos de sepultarse todos en las ruinas de la patria antes que doblar la cerviz a las tropas de Napoleón.<sup>376</sup>

Mientras Aragón consiguiera estos triunfos, Moncey fue rechazado de las puertas de Valencia, y el soberbio Dupont rendía sus armas al valor español en los campos de Bailén. Los restos del ejército francés y el intruso José con su corte se fueron entonces replegando hacia la Navarra. Respiraron con esta retirada las provincias del interior, y deseando unidad en el mando designaron sus respectivos representantes para la formación de la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino durante la ausencia del soberano, cuya instalación se verificó el 25 de septiembre en Aranjuez, desde donde se trasladó poco después a Sevilla.

Evacuadas que fueron por los franceses las Castillas, los jóvenes de Albarracín y su partido regresaron a la ciudad, en donde de la gente más robusta se formaron algunas compañías, que marcharon a incorporarse al ejército, y quedamos en ella los de menor talla ocupados en la custodia del depósito de prisioneros enemigos y almacén de pertrechos y municiones de guerra, para lo que se había juzgado por su localidad punto muy conveniente. Nuestras tropas se dirigían a Navarra, las valencianas, mandadas por Saint Marc, pasaron por Albarracín a reunirse con aquéllas. “El emperador Napoleón, visto el fin desastroso de su primer intento para la conquista de la Península, se vio precisado a destacar del ejército grande acantonado en Prusia y en Polonia, una gran parte de sus mejores y más aguerridos soldados, y aún él mismo vino en persona con la Guardia Imperial a ponerse en el mes de noviembre al frente de las fuerzas reunidas en el alto Ebro. Arrollando al ejército español en todas sus posiciones, ocupó nuevamente la corte el invasor; en ella permaneció algunas horas Napoleón, y dando las disposiciones que creyó oportunas para

376 Alcaide, *Historia del primer sitio*, fol. 60, 107 y 282.



la pronta conquista de España, regresó aceleradamente a Francia. Los cuerpos tercer y quinto del ejército francés, al mando del mariscal del imperio Lannes, se dirigieron reunidos contra Zaragoza, donde tuvieron que luchar y vencer los más heroicos esfuerzos de la terquedad o constancia española. El general Palafox había hecho tomar las armas a toda la juventud robusta, cuanto ardiente del pueblo aragonés, y encerrada en la capital luchaba allí todos los momentos del día, palmo a palmo, cuerpo a cuerpo, de casa en casa y aún de una habitación a otra, contra la habilidad, la perseverancia y la osadía de los soldados franceses, a quienes guiaban y dirigían los zapadores e ingenieros, los más valientes, como los más decididos. Los pormenores de este sitio memorable, con el cual ningún otro pudiera compararse, deben leerse en la relación Rogniat”.<sup>377</sup> Esto no lo digo yo, que lo dice un autor de toda nota y libre de amor propio y de toda pasión, cual es el mariscal Suchet, y como en estos sucesos no intervinieron los ingleses, algo debemos conceder a los españoles en las glorias de esta contienda.

En ella, la mayor parte de los aragoneses cupo, como acabamos de demostrar, pasando ahora a individualizar otras que resultan en honor y prezo de mis compatriotas albaracinenses. Mientras los principales cuerpos del ejército francés se ocupaban en estrechar la plaza y combatirla con todos los elementos que tenían a sus disposición, y que sin género de duda, eran superiores a los que se necesitaban para el logro de la empresa, varias columnas volantes, apostadas en diferentes puntos, recorrían sus avenidas, ahuyentaban nuestras partidas de guerrilla, y proporcionaban víveres a los sitiadores. “El general Bathier, dice el barón Rogniat, destacado a Fuentes con seiscientos caballos y mil doscientos infantes para sostener las operaciones, enviar víveres al campo de Zaragoza y recibir noticias del enemigo, se adelantó a Alcañiz, del que se apoderó después de un ataque bastante sangriento”.<sup>378</sup> “Y tan vivo como fue -añade el traductor-, pues perdió el general Bathier en esta jornada cerca de seis-

<sup>377</sup> *Memorias del Mariscal Suchet, duque de la Albufera, sobre sus campañas en España desde el año 1808 hasta 1814, escritas por él mismo y traducidas al español por G.D.M., tomo 1º, cap. 1º.*

<sup>378</sup> *Historia del segundo sitio por el barón Rogniat, traducida por Casajus, fol. 28.*

cientos hombres, entre muertos y heridos, no obstante que los españoles que defendían las calles de Alcañiz era setecientos, y casi todos paisanos". En efecto, por tales podían reputarse aún aquellos mismos que llevaban como ya el conotado de soldados, pues no eran otros los que tuvieron parte en esta gloriosa y desigual pelea, más que las dos compañías formadas de los bisoños, pero valientes, serranos de Albarracín, que iban a cargo de dos hijos de la misma, don José Asensio de Ocón y don Juan José Navarro y Monterde. Señalose de un modo muy singular en esta acción el teniente don José Gómez de Valdecuenca, tanto por el tesón con que sostuvo el puesto que se le había confiado, llenando de entusiasmo a los suyos, como por el estrago que ocasionó al enemigo con sus bien dirigidos tiros que le dirigió con su carabina, llevando al propio tiempo los dos cargos de oficial y de soldado. Falleció algún tiempo después este benemérito patricio a resultas de las fatigas de la campaña, queriendo aventajar a todos en exactitud, ardor y patriotismo.

Seguían entre tanto los franceses descargando su infernal furia contra la heroica y desgraciada Zaragoza. Cien bocas de fuego de grueso calibre puestas en batería lanzaban por todas partes el estrago, el horror, la desolación, la muerte. La bala rasa abría brechas en las débiles tapias, mientras el globo preñado de muerte se desgajaba sin interrupción sobre las cabezas de los impertérritos defensores. Los franceses montaron con arrojo inaudito diferentes brechas y lograron alojarse en ellas y en algunos edificios inmediatos, pero a costa de tan grandes pérdidas que "percibimos -dice el barón Rogniat-<sup>379</sup> que el acometer a viva fuerza a un enemigo pertrechado y animado de la firme resolución de defenderse hasta morir sería una temeridad que nos costaría mucha sangre, sin poder responder del éxito. Resolvimos pues caminar a cubierto en cuanto nos fuese posible para atacar a un enemigo encubierto, y marchar lentamente, pero con seguridad, para no acobardar las tropas con pérdidas demasiado considerables y frecuentes. Diose pues principio a la guerra subterránea: aplomábanse manzanas enteras de casas, y los conventos, que venían a ser como otras santas ciudadelas. Sin embargo las minas no producían en la moral de los enemigos tanto efecto como esperá-

379 Rogniat, *Historia del segundo sitio*, fol. 45.

bamos; estos entusiastas, decididos a sepultarse en las ruinas de sus casas, no se aminalaban por las voladuras; no abandonaban los edificios destruidos por las explosiones, y su vivo fuego nos impedía muchas veces permanecer en ellos". Hasta en la guerra subterránea quisieron los zaragozanos habérselas con los ingenios de los franceses, construyendo varias contraminas, yendo en busca de los sitiadores con tal decisión y arrojo que lograron en diferentes ocasiones desalojarlos al arma blanca de sus atrincheramientos. Empero estos alentados heroes, en quienes tantos estragos no hacían mella alguna, se vieron vencidos por la falta de asilos donde precaverse de la inclemencia, por el hambre desastrosa que los devoraba, y por la fetidez de los cadáveres, que hacinados en las calles, impregnaron el aire de miasmas pútridas, y engendraron una epidemia tan mortífera que fue casi la sola causa del fallecimiento de 53.873 personas que murieron en los sesenta y un días que duró el sitio, hasta el 20 de febrero de 1809 en que se rindió por capitulación. Los franceses, según Rogniat, perdieron 4.000 hombres; los españoles hacen, con mayor fundamento, ascender a un duplo su pérdida, en la que se contaban gran número de jefes e ingenieros; y no me parece exagerado su cálculo, cuando el mismo Suchet confiesa: "Que el ejército francés durante el sitio había experimentado numerosas pérdidas y sufrido horriblemente". En él también sucumbieron 150 voluntarios de la tierra de Albarracín, logrando sobrevivir a tales penalidades tres beneméritos hijos de esta ciudad, a saber, el teniente coronel don José Alonso, que vino entonces desde el norte a servir a su patria; don Joaquín Tobías, que se halló en la acérrima defensa del reducto del Pilar, y sirvió la plaza de capitán en toda la campaña de la Independencia; y don Domingo Asensio, que obtuvo después el empleo de teniente en el Imperial Alejandro, y vino por fin a terminar sus días en la lucha fraticida que terminó en los campos de Vergara.

Perdida Zaragoza, el ejército español se replegó hacia la raya de Cataluña, en donde se mantuvo algún tiempo en inacción para reponerse de sus fatigas; volviendo empero a tomar la ofensiva, obtuvo algunas ventajas no despreciables sobre el enemigo. Saliose éste al encuentro, en intento de desalojarlo de la posición que había tomado en Alcañiz. Mientras diferentes columnas amagaban las alas de nuestra línea, el general Fabre, al frente del 114 y del 1º del Vístula,

formaba el ataque verdadero y se dirigía en columna contra el centro y la altura de las Horcas, que defendía una línea de infantería con algunos cañones. “Nuestras tropas -dice Suchet- animadas por el ejemplo de sus jefes, principiaron por el pronto este ataque con serenidad y con valor, y aún llegaron al pie de la colina mal grado un bien vivo y bien terrible luego de los enemigos. (...) Una zanja que éstos habían hecho abrir recientemente detuvo impensadamente y obligó a hacer alto a la columna, la cual no tardó en titubear replegándose en desorden poco después, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para empeñarla de nuevo a combatir. *El ningún fruto de este ataque equivalía a una derrota con respecto a unas tropas acobardadas e intimadas ya de antemano*”. Y seguramente lo fuera si Blake, aprovechando tan feliz coyuntura, hubiera seguido el alcance de los enemigos, pues difícilmente habrían podido sufrir la presencia de nuestras tropas los que hallándose de ellas a cuatro leguas de distancia, por sola la voz “*que vienen*”, se hallaron de repente sobrecogidos por un terror pánico; al favor de las tinieblas de la noche la alarma se propaga rápidamente y llega a ser general; disparan unos contra otros, y echan a huir en la mayor confusión y desorden. Hombres, caballos, cajones y equipajes, todos mezclados y revueltos, llegaron de tropel y montón a Samper, punto convenido de retirada, y a donde el general en jefe, herido ligeramente en un pie, se dirigía también, con el objeto de establecer allí su campo. Mas la claridad del día hubo de disipar y desvanecer los espectros e ilusiones de la noche, y avergonzados y confusos los soldados, se replegaron y reentraron de nuevo en las filas”.<sup>380</sup>

Se perdió pues, según expresión del mismo Suchet, el momento favorable, y después se pagó a buen precio en las desgraciadas jornadas de María y de Belchite. Desapareció entonces el ejército de Blake; empero sus restos que o se volvieron a sus casas o se dispersaron por el país, sirvieron de alimento y de refuerzo a las numerosas bandas de guerrilleros organizados ya, y que adquirieron con este motivos buenos oficiales y soldados viejos y aguerridos. En esta época principió realmente en el norte de España este nuevo sistema de resistencia y de guerra, en el cual se distinguieron y mostraron

<sup>380</sup> *Memorias de Suchet*, tomo 1º, cap. 1º.

una rara habilidad muchos jefes en lo sucesivo, y que defendió el país mucho más eficazmente que los ejércitos disciplinados, organizados según reglas, porque es mucho más adecuado, tanto a las localidades como al carácter de los habitantes. Esta es una verdad que sola la configuración topográfica de España patentiza, y que prueba además la historia desde Sartorio hasta nuestros días. Viose entonces que el *espíritu de los tan famosos celtíberos antiguos animaba aún a sus descendientes*, cuando el emperador Napoleón, después de haberles ofendido en lo más vivo de su orgullo, se propuso someterlos por medio de la conquista. Cada cantón, por decirlo así, formaba su guerrilla para proteger su territorio y cooperar a la defensa común. Paisanos, jornaleros, propietarios, padres y jefes de familia, y hasta clérigos y frailes abandonaban sin pena sus hogares y casas, y prontos a cualquier sacrificio, aún el más penoso, no conociendo los delicados hábitos del regalo, y exentos de toda preocupación en cuanto a exigir un cierto uniforme y un cierto armamento, formaban entre sí unos cuerpos irregulares, elegíanse sus jefes; seguían los caprichos de éstos en lo tocante al guerrear y maniobrar; atacaban siempre que el número y la ocasión les ofrecían tal cual ventaja; echaban a huir sin el menor rubor cuando se sentían menos fuertes que sus contrarios, y aún desaparecían alguna que otra vez por un movimiento combinado de dispersión, en términos que se hacía como imposible el seguir o volver a encontrar su rastro.<sup>381</sup>

381 *Memorias de Suchet*, tomo 1º, cap. 2, § 2º.



## CAPÍTULO XXXIII



Acabamos de ver descritos con toda precisión por Suchet los muchos y buenos elementos que en sí encerraba este país para prolongar la guerra por tiempo indefinido. Queriendo el gobierno español explotarlos en beneficio de la nación juzgó oportuno comisionar al efecto un jefe experto y de prestigio, bajo cuyo mando y dirección tomasen aquellas informes y aisladas masas una organización metódica y adecuada a las circunstancias. Designó a este intento al brigadier don Pedro Villacampa, quien de tal manera supo corresponder a la confianza que en él se depositara, que el mismo Suchet confiesa que cual activo partidario guerreó en Aragón casi todo el tiempo que hubo de durar la campaña, haciéndolo con tal tino e inteligencia que sirvió de obstáculo no pequeño para el logro de sus empresas, como lo atestiguan casi todas las páginas de sus memorias.<sup>382</sup> Las palabras de *partidario* y *jefe de banda*, y otras de este jaez con que le designa varias veces deben, según entiendo, tomarse como expresivas de la especie de guerra guerreada con que le molestaba, sin que fuese su intención tener en menor la reputación de un general que tanto le dio que hacer, y cuya división fue siempre considerada como parte integrante

<sup>382</sup> *Memorias de Suchet*, tomo 1º, cap. 2º.



del ejército español. Sirvió de núcleo para su formación el regimiento de la *Princesa*, que habiendo marchado al norte a las órdenes del marqués de la Romana, regresó con el mismo en la escuadra inglesa para defender la causa de su patria, y después de las diferentes vicisitudes y encuentros que sostuvo en Galicia, vino desde Santander a continuar sus servicios en Aragón. A éste se unieron el Provincial de *Soria* y los de *Cariñena* y *Molina*, de nueva creación; cuya fuerza total disponible ascendía a 1.200 plazas, y un escuadrón de caballería con las de 60, y que era conocido con el título de *Húsares de Daroca*. Mientras en la ciudad de Albarracín, Gea y Jabaloyas se instruían y disciplinaban los reclutas extraídos para el completo de la división, entretuvo Villacampa al enemigo con varias marchas y contramarchas, logrando sorprender y hacer prisionera en el puerto de la Condesa una compañía de granaderos franceses, que con su capitán y dos subalternos se hallaban de avanzada en aquel punto. Desde él incomodó por algunos días a la guarnición que tenían en La Almunia; pero reforzada ésta considerablemente, juzgó oportuno trasladarse a un paraje cómodo y seguro donde pudiera por algún tiempo ocuparse en la organización, descanso, aumento y equipo de su tropa, con cuyo objeto fijó su residencia en Orihuela del Tremedal.

Estas acertadas disposiciones, y la continua deserción que los franceses experimentaban en sus filas, decidió a sus generales a desalojar a Villacampa de aquella respetable posición. Para conseguirlo marchó a su encuentro desde Daroca el general Henriod, puesto a la cabeza de 3.000 infantes, 250 caballos y tres piezas de artillería. El 24 de octubre se avistaron con nuestras tropas, con quienes tuvieron algún insignificante tiroteo, replegándose aquéllas por las sierras de Rodenas hasta Orihuela. El 25 por la madrugada el enemigo continuó su movimiento, y Villacampa tomó sus disposiciones para recibirlo. Frente al pueblecito indicado, lamiendo su base, serpentea el río Gallo por un frondoso valle, y del lado opuesto da principio el encumbrado monte del *Tremedal*, cubierto por todas partes de corpulentos pinos e intrincados matorrales. Una calzada tortuosa, pero bien construida, conduce hasta la cima de la montaña, cuya cúspide, coronada con el magnífico santuario de nuestra Señora, y de sus edificios adyacentes, proporcionaba a la tropa española albergue cómodo y un punto céntrico de unión y resistencia. Villacampa ocupó aquellas



entradas del bosque que creyó más oportunas, e hizo avanzar por toda la falda diferentes cuerpos de guerrilla. A las ocho de la mañana se dejó ver el enemigo, y sus volteadores desalojaron de las avenidas de Orihuela a sus patriotas habitantes, que por largo rato las defendieron, hasta que acosados por el mayor número se acogieron al resguardo de la tropa. Los franceses formaron dos líneas paralelas, apoyando el ala derecha contra el costado de la población, protegiendo su izquierda con la artillería que sobre la altura de la herrería colocaron. Rompió un vivo fuego de guerrillas en toda la extensión de la línea, intercalando algunos cañonazos, lanzados contra el regimiento de la Princesa. Defendía éste la carretera y posición de Santa Bárbara, y al avance de una gruesa columna enemiga cedió algún tanto de terreno; entusiasmado empero por la voz de su general, volvió a recuperarlo. Quiso otra penetrar en el bosque por el costado derecho de nuestra línea sobre el camino de Bronchales, mas se vio también arrojada de él con pérdida considerable por el regimiento de Cariñena, y principalmente sus granaderos, que la persiguieron a la bayoneta y la obligaron a retirar una pieza que habían adelantado para proteger el movimiento de sus tropas. Repitieron otras varias tentativas en todo el transcurso del día, aunque en ellas no mostraron tanto ardor ni empeño. Muy entrada la noche principió un horroroso fuego de artillería, disparando granadas y bala rasa contra el santuario. Simulaban adelantar lentamente por la carretera para llamar sobre aquella parte la mayor atención de los defensores. Entre tanto, un espía francés que conocía a palmos el terreno por haber venido muchas veces con ganado mular a la feria del Tremedal, condujo por senderos casi ignorados de los habitantes, y que por lo tanto se hallaban descuidados, la mayor parte de la fuerza enemiga hasta los edificios del santuario. De uno de ellos salía Villacampa, que se dirigía hacia los franceses juzgando que eran los suyos, cuando advirtiéndolo oportunamente la equivocación, pudo burlarlos, y no atreviéndose a empeñar en medio de la oscuridad un combate que juzgaba ya arriesgado para sus tropas, emprendió con buen orden su retirada por Bronchales y Calomarde a Albarracín. El espía, siguiendo los pasos a nuestra tropa, quedó sorprendido al dar de improviso sobre una de sus avanzadas, en donde fue descubierto a pesar del disfraz y traje del país que le cubría; conducido a la ciudad y reconocido por todos, confesó

de plano su delito, que pagó con la vida, siendo juzgado militarmente y ejecutada la sentencia en el campo de San Juan.

La pérdida por nuestra parte no llegó a cincuenta hombres fuera de combate, a los franceses les costó más de un cuádruplo la victoria. Henriod encomió sobremanera este hecho de armas, que celebró con el incendio del santuario y de la población, y quiso, cual otro Nerón, cantar su triunfo al resplandor de las llamas, pues pidió para ello una guitarra al presbítero don Juan Valdemoro, que lo acompañó con los acentos del más crudo dolor, y pudo por fin alcanzar con sus lágrimas que se librase de la catástrofe la hermosa iglesia parroquial y algunas casas contiguas. Henriod supone que gran parte del incendio fue casual, y Suchet pretende también excusar la ferocidad de su subalterno. Después de referir en sus memorias la toma del santuario, añade: “todas las provisiones de que estaban atestados aquellos edificios cayeron en nuestro poder; pero como no podíamos transportarlos ni permanecer largo tiempo en aquella posición los hubimos de destruir. La pólvora y los mistos para el uso de la artillería depositados en el santuario eran hartos considerables y la explosión fue horrenda. El fuego que voló a lo lejos se comunicó en parte a los bosques vecinos, y sobre todo a la ciudad, que hubiera podido muy bien arder y consumirse si nuestros soldados, en ausencia de los habitantes, no se hubieran esforzado en cortar sus progresos”.<sup>383</sup> Otras inexactitudes y aún errores se advierten en la narración de este suceso. Cuantos conocen el país están plenamente convencidos que por la distancia que media entre el santuario y el pueblo, éste hubiera quedado ileso si a él no se hubiera aplicado la tea incendiaria por los franceses. Los 3.000 paisanos que Henriod afirma le opusieron resistencia serían, a lo sumo, un par de cientos. Dice además en el parte que las tropas francesas mantuvieron todo el día el punto ventajoso de que se apoderaron en el bosque; siendo la pura verdad que los granaderos de Cariñena los arrojaron de él a la bayoneta con tanto denuesto, que he oído a un testigo presencial del hecho la ocurrencia de un granadero nuestro, que no pudiendo alcanzar a un francés en su huida al salir del bosque, arrancó la suya del fusil y se la arrojó con tal violencia y acierto que lo atravesó de espaldas a

<sup>383</sup> *Memorias de Suchet*, tomo 1º, cap. 2º, § 4.

pecho, y cayó cadáver a sus pies. Estas aclaraciones son indispensables para que las cosas queden en su verdadero punto.

Después de algunos insignificantes movimientos en diversas direcciones, Villacampa fijó su cuartel general en Teruel, apostando en el río de Cella la caballería, que sostuvo ventajosamente contra la francesa varios encuentros parciales, en tanto grado que obligó a Suchet a relevar aquellos escuadrones con otros de mayor confianza por el arma cuyo uso todavía no conocían los nuestros, y que debía por lo tanto darles al menos al pronto sobre ellos algunas ventajas. Eran los lanceros polacos. La infantería francesa ocupaba a Daroca, desde donde se destacó una gruesa columna al mando del general Laval, y llegó a Albarracín por la vez primera el 26 de diciembre. Anticipadamente se habían trasladado a punto seguro el depósito de prisioneros y los pertrechos de guerra y efectos de almacén, y con alguna celeridad y pocas horas antes evacuara la ciudad el hospital militar y el corte de vestuario de la división Villacampa establecidos en ella, y que se trasladaron al Cuervo. El enemigo causó a los habitantes algunas extorsiones, e hirió de muerte a la fábrica de la Industria popular, a la que arrebató noventa piezas de paño, dando de ellas, es cierto, el recibo correspondiente, pero que todavía está sin cubrir a pesar de haberse convenido, al tiempo de firmar las paces generales, que se harían las correspondientes indemnizaciones. Logrado su objeto regresó a Daroca, en cuyas inmediaciones contaban ya los enemigos con fuerzas muy respetables.

Decidido Suchet a emprender con ellas la conquista de Valencia, marchó con su ejército sobre Teruel. Replegose Villacampa a Villel, donde había construido algunas fortificaciones y reductos de campaña, de las que fue desalojado por el general Laval después de algunos encarnizados encuentros el 16 de febrero de 1810. La pérdida fue igual de ambas partes; porque al abandonar sus posiciones nuestras tropas para retirarse hacia El Cuervo se ahogaron algunos soldados en el paso del Guadalaviar, que iba bastante caudaloso. Suchet hizo al partido de Albarracín un exorbitante pedido de paños, víveres y metálico, conminándolo con los terribles efectos de su indignación si no se prestaba pronto a sus exigencias. Hiriose con estas amenazas el pundonor de sus habitantes, y valuando sus fuer-

zas por su patriotismo, creyeron que podrían rechazarlo con las armas. Villacampa, secundando el pronunciamiento, había enviado en su auxilio al regimiento de Soria. La junta de armamento y defensa de la ciudad y su partido, a fin de animar y preparar a sus subordinados para el combate, les dirigió una entusiasta alocución, que tal como la pude conservar en la memoria decía sustancialmente lo siguiente:

Albarracinenses: llegó el momento para vosotros tan deseado de acreditar a la faz de la nación que todavía corre por vuestras venas la ilustre sangre de aquellos valerosos antepasados que lucharon en cien combates en defensa de su religión y patrias leyes. Gime el monarca español en el duro cautiverio que con inaudita perfidia le preparara el usurpador Napoleón. Los caudillos de sus huestes mercenarias pretenden seduciros con falaces promesas o intimidaros con terribles amenazas. Hacedles ver que menospreciáis éstas, y conocéis el valor de aquéllas: que ni unas os intimidan, ni las otras os seducen. El célebre Santuario del Tremedal, donde se quemaba incienso al Redentor y se tributaban homenajes de adoración a su Santísima Madre, y era el mejor ornamento del país, se halla reducido a paveras, aún humean las cenizas de los hogares de vuestros compatriotas de Orihuela, abrasados por esos incendiarios, y por lo mismo fueron saqueadas las fábricas de Albarracín, que eran el patrimonio de los pobres y daban el sustento a muchas familias. Escusado es ponderar hechos tan recientes que os dicen en alta voz qué podéis esperar de tan generosos protectores. Bien pronto el sudor de vuestros afanes de toda la vida apenas bastará a satisfacer momentáneamente la insaciable codicia de estos ambiciosos; y vuestros hijos, arrancados a la fuerza del seno maternal, se verán precisados a servir de vil instrumento al usurpador, cuando trate de llevar su dominación a las glaciales regiones del Norte. Antes que sufrir tal baldón blandid las armas en defensa de vuestra propia seguridad y en defensa de la más sagrada de las causas. Contad con el auxilio del Cielo, con la fragosidad del terreno, con el apoyo decidido del ejército, con vuestro valor y patriotismo, y con la decidida cooperación de la Junta de armamento y defensa de la Ciudad y su partido, que procurará por cuantos medios estén a sus alcances acreditaros que son sus individuos acreedores a la confianza que en ellos habéis depositado.

Sin embargo, fácil es calcular el resultado que daría una contienda tan desigual. De una parte varios grupos o pelotones de pai-

sanos dirigidos por los más prácticos, pero que todos o en la mayor parte eran padres de familia, y que si conocían el uso de la escopeta en el ejercicio de la caza, iban ahora por la vez primera a servirse de ella para contrarrestar el ímpetu de las más aguerridas huestes. El general Laval desde el campo de Villel cambió de dirección para venir a este punto. Pernoctó en Gea el 17 de febrero; el 18 a las 11 de la mañana emprendió su marcha hacia Albarracín. Al aproximarse al paraje denominado la Calera rompieron fuego los escopeteros, que ocupaban las riscas y desfiladeros, y causaron al enemigo alguna pérdida. Prontamente sus volteadores los desalojaron de sus posiciones. Los que conocían el terreno se emboscaron en el pinar; los menos prácticos corrieron en dirección a la ciudad, y hubieran sido acuchillados por la caballería francesa a no haberla contenido una guerrilla del regimiento de Soria, colocaba en el cerro de la Horca. Un soldado de a caballo mató de una lanzada a un paisano de Calomarde, en el mismo camino, junto a las tapias de la Canaleja; iba en su compañía otro de Albarracín, ya bastante anciano, llamado el tío Motos; éste se ladeo, dirigiéndose a las heredades que se dicen de Asna muerta. Fue acometido por un capitán de la misma arma que mandaba aquella fuerza; el anciano empero lo aguardó con serenidad, y asentándole la puntería a la frente, lo derribó cadáver de un carabinazo. El regimiento de Soria y algunos paisanos se hallaban formados en batalla a espaldas del muro y dando frente al arrabal, y sostuvieron con su fuego, bastante vivo, el ímpetu de la columna que por aquél lado amagaba a los defensores. Entre tanto la que lo era en verdad de ataque atravesó la vega por el puente del Cerrado, y por la era del Palmadero intentó coger el flanco de nuestra tropa y sobreponerse a su posición. Ésta empero se anticipó a ganar la cúspide de la montaña, en donde se rehizo y hostilizó al enemigo, a quien ocasionó alguna pérdida, y se retiró después hacia Torres, en cuyo camino murió herido de balas un paisano de Albarracín.

Los franceses saquearon la ciudad conquistada, robando y profanando hasta lo más sagrado de los templos; atropellando e insultado a las personas que en ella habían permanecido, sin atentar empero contra su vida. A media noche la dieron fuego por catorce o dieciséis parajes distintos. Divulgose al momento la noticia por toda la circunferencia, y cuando llegó a oídos de don Juan Navarro, que poseía en

ella una de las mejores casas, exclamó lleno de alborozo: “*Me alegro; ésta es la única cosa buena que hasta de ahora han hecho los franceses, obligándonos a trasladar nuestro domicilio a paraje más cómodo y adecuado; levantaremos de nuevo la ciudad en el arrabal*”. Sin embargo no hubo necesidad de tanto, porque los enemigos se retiraron de madrugada. La calma que afortunadamente reinó fue tal que el fuego quedó concentrado en las casas incendiadas; los habitantes, que estaban en observación, volaron inmediatamente a prestar su auxilio y lograron contener sus progresos.

A estas operaciones, al parecer tan insignificantes, dio no obstante el general Suchet la importancia que en sí tenían, como puede conocerse por las siguientes expresiones con que las dejó consignadas en sus memorias:

“Teruel y Albarracín eran los solos puntos de Aragón que no hubiese penetrado aún el tercer cuerpo. La ocupación de estas dos ciudades de una grande influencia fue como un *triunfo real* que ganamos sobre la incredulidad española. La vista de nuestras tropas, su excelente equipo, su disciplina, y los discursos y actos de la autoridad hubiera de dejar maravillados a aquellos habitantes y les hicieron maldecir a Villacampa y a la Junta que los instigaban a hacer la guerra, y que no sabían defenderlos después. El país hizo entrega de las armas y de las municiones que se encontraban en él, y nosotros le impusimos las mismas contribuciones que se hallaban ya establecidas en el resto de Aragón. Así íbamos poco a poco obteniendo primero la neutralidad, y enseguida la sumisión de los habitantes. *Estos nombres de un carácter altanero y duro e incapaces de doblar la cerviz ni de doblegarse ante el capricho o el insulto apreciaban la justicia reunida a la fuerza, y sabían resignarse a las cargas de un estado de cosas que ellos no podían impedir*”.

Deshechos estos obstáculos, únicos que juzgó Suchet que le podían embarazar la conquista de Valencia, dirigió hacia ella su marcha con un respetable ejército y el correspondiente tren de artillería. La empresa era arriesgada, y tal vez la hubiera visto coronada de buen éxito si las operaciones militares de la división aragonesa no hicieran variar muy pronto el aspecto de los negocios. Villacampa trató de cortar la vía militar establecida por el enemigo entre Aragón



y Valencia, obstruyendo algunos de los puntos fortificados que le servían de apoyo. Fijó sus miras sobre Teruel, y resuelto a atacarlo, salió el 7 de marzo de Ademuz, y por El Campillo continuó su marcha hacia Concud, donde pasó la noche en acecho de 300 infantes y 50 caballos que, con dos piezas de montaña con sus pertrechos, veían escoltando un convoy desde Zaragoza. Al amanecer del día siguiente se dio vista al enemigo, mas la precaución con que caminaba hizo que sus caballos descubriesen con bastante anticipación el movimiento de nuestras tropas, siendo difícil el poderseles ocultar por lo llano y despejado del terreno. Intentaron pues la fuga por el mismo camino que habían traído, notando empero lo largo y penoso de su retirada y la dificultad de ejecutarla aprovechándose de las ventajas que el acoso proporciona, y de las que muchas veces el valor y serenidad de los jefes ha sacado gran partido, ocuparon prontamente la venta llamada de Malamadera, situada en la misma carretera, que les sirvió de asilo, y colocada al punto la artillería a la puerta, y distribuida la infantería por las ventanas y tapias del corral, se defendieron obstinadamente, hasta que acosados por nuestras tropas se vieron obligados a rendirse a discreción. Algunos, veinte coraceros, huyeron hacia la vega de Teruel, mas fueron alcanzados y hechos prisioneros por nuestros húsares. Se cogió, además de otros efectos menos apreciables, un botiquín completísimo y gran cantidad de ron y quesos de Flandes que sirvieron de refocilación a nuestros soldados, que lloraron la pérdida de tres de sus camaradas del regimiento de la Princesa, muertos de un cañonazo, y alguno que otro herido de fusil.

Villacampa emprendió acto continuo el ataque de la ciudad, y redujo a los enemigos al recinto del fuerte, que lo era el colegio que lo fuera de jesuitas; dejó en el sitio los regimientos de Soria y Princesa, y con los de Cariñena y Molina sorprendió e hizo prisioneras dos compañías de granaderos que guarnecían un reducto fortificado construido sobre una pequeña altura que domina Albentosa, y que defendido con tres piezas de grueso calibre, que inutilizaron por considerarlas más de embarazo que de utilidad en aquellas circunstancias. Volvieron sobre Teruel para estrechar más el sitio; se adelantaba en los aproches a punto de ocupar ya nuestras tropas la iglesia de San Martín, cuyo coro y campanario tenían los enemigos. Parapetados

unos y otros, pocos tiros se dispararon al aire; el que padecía un descuido lo pagaba con la muerte. Ya los franceses se hallaban próximos a sucumbir, principalmente por la escasez que tenían de agua, cuando llegó a Suchet la nueva de tan inesperados contratiempos, y cediendo su orgullo a la imperiosa ley de la necesidad, abandonó la empresa de Valencia y volvió a marchas forzadas sobre Aragón; mas sin atreverse a confesar de plano en sus memorias la causa de esta retirada, da por excusa de su mal éxito el “haber hecho un movimiento excéntrico.”<sup>384</sup>

Privada del lauro y complemento de su empresa, la división Villacampa, a la aproximación de las tropas de Suchet marchó a Vilel, y desde allí a la sierra de Albarracín. Allí dio orden el general para que fuesen filiados en el regimiento de la Princesa todos los jóvenes del partido que habían quedado útiles para el servicio de las armas; y así se efectuó algún tiempo después. Los franceses, con el objeto sin duda de espiar los movimientos de Villacampa se dirigieron hacia Albarracín. Divulgada la noticia de su aproximación se consternó toda la ciudad, huyeron las autoridades y varios sujetos acomodados, quedando los demás en una completa anarquía. Juntáronse en la plaza pública todos los ciudadanos para proveer a su seguridad y gobierno. Al llegar a ella Joaquín Martínez, cardador, que en diferentes ocasiones había desempeñado honoríficamente varios cargos de magistratura, fue por un movimiento espontáneo y unánime de toda la concurrencia respetuosamente saludado, designado y aclamado para ejercer entonces todo el pleno de autoridad y jurisdicción que la urgencia del caso requería. Esta prueba incontrastable de amor al orden dada por los ciudadanos de Albarracín fue denigrativa y calumniosamente censurada por algunos de sus émulos ausentes; empero indagada imparcialmente la verdad por una comisión militar enviada por Villacampa al efecto, informó de ello a la Junta Superior de Aragón, encomiando, como era justo, la prudente manera con que se habían conducido en tan críticas y apremiantes circunstancias. En efecto, a corto rato de haber hecho la elección de justicia llegaron los franceses; salen todos a recibirlos al regajo de la Canaleja; hace alto la columna, y el jefe, que marchaba a la cabeza, dirigiéndose a

<sup>384</sup> *Memorias de Suchet*, tomo 1º, cap. 3, párrafo 8º.



los eclesiásticos y personas más notables de la población les dijo en claro y bien pronunciado latín: “*Venio nunc ad puniendos venatores*”. Consternados con estas palabras los ciudadanos, quedaron inmóviles y sobrecogidos de terror; tomando empero por ellos la palabra el tesorero de la catedral, mi tío don Pedro Antonio Fernández, le contestó para implorar su clemencia: “*Stulte egerunt cives obsistendo copiis potentissimi Imperatoris, sed fecerunt necessitate coacti: eis poenitet de facto et poseunt indulgentiam*”. “*Do veniam*” -contestó el jefe francés-, *dum modo in posterum pacifice se gerant et nunc militibus meis praebeant necessariam anoram*. “*Sic domine promittunt*”, -añadió mi tío-, y el jefe terminó diciendo: “*Eamus; et dicito eis, ne timeant, pacificus enim erit ingresus meus*”. Se detuvieron dos días en la ciudad, y salieron al encuentro de sus tropas, que continuaron su marcha a Zaragoza.

Para indemnizarse Suchet del mal éxito de su expedición a Valencia, puso sus miras sobre Lérida, que combatió desde luego con todo su poderío. Los rigores del asedio atormentaban ya a los sitiados, y una división del ejército español que venía a su socorro fue completamente deshecha en Margalef. Suchet intimó la rendición el gobernador de la plaza añadiendo a las triviales y sabidas expresiones de toda intimación esta circunstancia que debía desalentarlo a no esperar ya cooperación alguna de la parte exterior de su recinto. La respuesta a esta carta, dice el mariscal en sus memorias, fue bien lacónica, y pinta bien el carácter de una nación a la cual no pudiera negarse sin injusticia una cierta elevación y grandiosidad en sus sentimientos. He aquí los términos en que estaba concebida:

“Lérida, 24 de abril de 1810. Señor general. Esta plaza no ha contado jamás con el socorro de ejército alguno. Tengo el honor de saludar a V.S. con la más perfecta consideración. Su más atento servidor, Jaime García Conde”.

“Si el desenlace hubiera correspondido a este lenguaje, o si ante el tribunal de la historia, -añade el mariscal-, hubieran de juzgarse las personas en acción por solos sus discursos, este rango pudiera tal vez ser digno de figurar y de que se le citase al lado de aquellas expresiones tan sentenciosas y notables que Roma y Esparta

legaron a la admiración de los siglos venideros". Nosotros añadimos ahora que este benemérito jefe llenó completamente sus deberes, como se deduce del contexto de las mismas memorias, y nadie extraña que su heroica resolución tuviese el resultado que tuvo, y que de cierto no podía ser otro. El mal éxito en nada menoscaba el mérito de la defensa; y me complazco en describir ahora la no pequeña parte que en aquélla cupo al benemérito albarracinense don Rafael de Arcas. "El 13 de mayo, después de una terrible defensa, montaron por fin la brecha los franceses que sitiaban la plaza de Lérida. Los sitiados se batieron todo el día en sus calles, en tanto que el enemigo se entrega al saqueo más horroroso y a cuantos excesos pueden imaginarse; la noche aumenta los horrores de este terrible asalto, y los míseros soldados dispersos en el pueblo intentan penetrar en el castillo; mas a cada paso que dan oyen el "¿quién vive?" de los enemigos y, aunque batidos y sin esperanza, responden con firmeza *"España hasta la muerte"*, y hacen fuego. Algunos logran subir hasta el castillo; otros mueren peleando; y solo del batallón de Huesca se encontraron muertos en las calles al día siguiente más de 400 hombres con 10 oficiales, incluso su comandante don Rafael de Arcas".<sup>385</sup>

La muerte de este patriota, y el saqueo, tropelías y profanaciones que anteriormente sufriera la ciudad que le vio nacer, tardaron bien poco en ser vengadas. Tres días después del asalto de Lérida, a saber, el 13 del mismo mes, salió de Calatayud para Zaragoza el regimiento francés 114, escoltando un convoy. Marchaba bien ajeno de que se le hubiera armado una celada. Al descender del puerto llamado de la Condesa, oyó algunos tiros a retaguardia, que despreció con el mayor desdén, creyendo que quien hostigaba era la partida de Fidel. Empero se equivocaba torpemente. Viendo que el fuego arreciaba y era más nutrido, pues que lo hacían dos batallones de la división Villacampa, trató de ganar las alturas de enfrente, mas allí encontró otros dos batallones que lo rechazaron con igual fuerza. Sin embargo se resistió a la desesperada, prefiriendo la muerte a la suerte de prisionero, y logrando algunos, sesenta de sus individuos, llegar

<sup>385</sup> *Historia de la guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte*, por el doctor don José Muñoz Maldonado, tomo 2º, cap. 19, fol. 347.

con gran trabajo a La Almunia, quedando sobre 600 heridos o muertos en el campo. Así expió terriblemente los desacatos que cometiera en el saqueo de Albarracín, de que fue el principal autor. Enfurecido Suchet con este descalabro, destacó una gruesa división en seguimiento de la nuestra, con orden expresa de acosarla incesantemente hasta obligarla a empeñar una acción decisiva o forzarla a una completa dispersión. El general francés secundó también las órdenes de Suchet, que a pesar de la celeridad con que Villacampa había de antemano emprendido su retirada, sorprendió e hizo prisionera en el pueblo de Jaraba una avanzada de cincuenta hombres y dos oficiales del regimiento de la Princesa. Continuó a los alcances de la división, cuya retaguardia picó segunda vez en Terriente, y no la dejó descansar día y noche hasta penetrar en Castilla, y escudarse al abrigo de la del general Basecourt, que ocupaba las inmediaciones de Cuenca.

Villacampa, habiendo reunido su división y dándola algún descanso, volvió de nuevo al teatro de sus operaciones, dejándose ver el 16 de julio en el puerto de la Virgen del Águila, frente a Cariñena, ocupado por una guarnición enemiga harto considerable. La hostigó cuanto pudo, viniendo empero en su auxilio el general Coplistki, se retiró oportunamente, protegido de la caballería, que en aquella jornada hizo prodigios de valor, siendo digno de particular mención el esfuerzo de uno de nuestro húsares, llamado *Tocino*, y que era natural de Molina, que de un solo tajo hendió el casco y cabeza de un coracero francés. Volvió Villacampa al Señorío de Molina y sierras de Albarracín, y atravesando rápidamente a las de Montalbán, país que a la sazón talaban los enemigos para conducir víveres al sitio de Tortosa, sorprendió con el batallón de Cariñena una de sus partidas en el pueblo de Andorra, tomándole gran cantidad de grano, matándole algún soldado, y haciéndole treinta prisioneros, huyendo los restantes. No fue tan feliz otra que se hallaba en Villarluego, compuesta de 150 hombres, que después de oponer una audaz resistencia, se vio forzada a rendirse, rescatando 8.000 cabezas de ganado lanar que conducían. Igual red se había tendido al arrogante Plik, que hubiera caído sin duda en nuestras manos en las sierras de Villaseca si no se hubiera dado orden terminante a Villacampa de que abandonase estas operaciones, que reputaba insignificantes el

nuevo jefe de Aragón, don José María Escaria de Caravajal, y tratase con toda brevedad de reunir sus tropas en Montalbán, a donde pasaría a revisarlas. De esta maniobra tan trascendental esperaba sin duda que se decidiese el feliz éxito de la campaña. Ya nos hallamos presentes a ella los reclutas extraídos del partido de Albarracín, incorporados al regimiento de la Princesa, al que fuéramos destinados, pues como de antemano estábamos bastante instruidos en el manejo del arma y más precisas evoluciones, el complemento de instrucción lo adquirimos en Teruel en muy breve tiempo, y enseguida marchamos a nuestro destino. De la parte de Cataluña se incorporó también a la división el batallón llamado Reserva de Palafox, compuesto de trescientas plazas, cuyo mayor número era asimismo de jóvenes de los dos partidos de Albarracín y Teruel. Villacampa estuvo ocho días acampado en Escucha, y a la aproximación del enemigo se retiró a Aliaga, donde lo esperaba en posición; más las copiosas lluvias impidieron el ataque, y haciendo salir de madre el río detuvieron a los franceses, que no pudieron incomodarnos en nuestra marcha, pues que el puente había sido oportunamente cortado por los gastadores. Continuamos nuestro retrógrado movimiento por Villarroya de los Pinares a Rubielos y Mora, en cuyos pueblos descansamos algunos días.

Con el objeto de vengar a los aragoneses en el llano (según Caravajal manifestaba en sus proclamas) había dispuesto traer a Teruel una brigada de artillería de campaña. La división se hallaba acantonada en Alfambra y Escorihuela, y Gayán con su regimiento en la Sierra de Albarracín. Prevalido Coplistki de la posición céntrica que ocupaba, marchó con tal rapidez sobre Teruel, que pudo apenas retirarse la tesorería y demás dependencias del ejército. Conoció Villacampa que su objeto era apoderarse de la artillería por un golpe de mano, y marchó aceleradamente a impedirlo con su tropa, y adelantándose un largo trecho de ésta llegó a Sarrión, donde encontró a Caravajal a quien sobre la marcha preguntó qué se había hecho con la artillería. Contestóle aquél con tono irónico: "*¿Pues que yo me mamo el dedo?*" ya habrá a estas horas pasado de Segorbe. Tranquilizado Villacampa con esta contestación siguió hablando con Caravajal un pequeño rato; observando empero la agitación de éste, lo enigmático de algunas palabras que soltó a sus edecanes, y prisa que tenía

en retirarse, le dejó, y saliendo del pueblo se dirigió hacia la parte de Teruel, acompañado de dos ordenanzas. Pocos pasos llevaba andados cuando dio de improviso con el grueso de la caballería enemiga, que a toda rienda se dirigía a ocupar el pueblo. Esta idea de que iba preocupado, el no presentir quién fuese aquel jinete y sus compañeros, y la velocidad de sus caballos, sacaron a Villacampa de aquel apurado trance. Los franceses siguieron su marcha con toda celeridad, y sorprendieron completamente el tren de artillería en Albentosa, con que volvieron ufanos, pues que su conquista solamente les había costado el dar un escape de algunas leguas. Condujéronse a Cariñena, y Caravajal hubo de reconocer, aunque tarde, que todavía no era tiempo de ocupar las llanuras, pues que no nos era lícito reposar con seguridad sobre la cima de las montañas, de donde venía a desalojarnos con temerario arrojo el enemigo.<sup>386</sup>

La división Villacampa ocupó de nuevo Teruel; noticiosa empero del regreso del enemigo, se replegó a Villel, pasando a ocupar el valle de la Fuensanta, donde acampó el diez de noviembre. El once pasó sin novedad alguna. El doce se tuvo pronta la noticia de que el enemigo venía a nuestro encuentro, y las tropas tomaron posición anticipadamente en las alturas contiguas al santuario. Formaba el ala izquierda de nuestra línea el regimiento de Cariñena, cuyo flanco terminaba sobre el barranco de la ermita. Soria ocupaba el centro, y el ala derecha la Princesa, quedando a retaguardia en segunda línea los batallones de Molina y Cazadores de Palafox. A las nueve de la mañana se dejaron ver los enemigos sobre la altura que domina las eras de Villel, cuyo punto quedó protegido por su retaguardia, adelantándose la fuerza restante hasta el llano de La Fuensanta. La infantería formó en batalla en primera y segunda línea en toda la extensión de la llanura, y los escuadrones de lanceros polacos se apostaron en masa al costado derecho, poniéndose a cubierto de nuestros fuegos en cuanto se les permitían las tapias de un viñado. Recorrió con velocidad indecible un oficial de estado mayor la posición de nuestro campo. Iba montado en un caballo blanco, y causa admiración que lograra salir ileso de los innumerables tiros que se asestaron contra él. Dispuesto por Coplistki el plan de ataque, se

<sup>386</sup> Véanse los manifestos que por esta época publicaron ambos generales.

pusieron en movimiento dos respetables columnas, que adelantaron compactas, en cuanto la escabrosidad del terreno lo permitía, sobre las dos alas de nuestra línea, yendo flanqueadas de las guerrillas respectivas. Viendo empero la firmeza con que por todas partes se les resistía, la columna que amagaba nuestra derecha cambió de dirección, y fue a reforzar a la que efectuaba el verdadero ataque de la izquierda. El fuego fue tan vivo y nutrido que por el espacio de dos horas resonó sin intermisión en aquellas montañas y valles un trueno de muerte, horrible y espantoso. Lograron por fin con el costoso sacrificio de 800 hombres entre muertos y heridos, apoderarse de la posición, quedando tan escarmentados de su imaginaria victoria que renunciaron a otra tentativa contra nuestras tropas, que segunda vez tomaran posición en las montañas inmediatas a El Cuervo. Nuestra pérdida fue insignificante comparada con la del enemigo. Murió el capitán de Cariñena, Frasno, y algunos otros oficiales y soldados de este regimiento. La segunda compañía de granaderos de la Princesa, donde me hallé con el cuadro de su batallón, mandado todo por el intrépido capitán Luna, que rechazó por tres veces las guerrillas enemigas, padeció mucho quebranto, perdiendo entre muertos y heridos dos oficiales, un sargento primero y veinte hombres de su fuerza, que no pasaba de setenta. En Molina y Palafox fue casi ninguna, porque apenas pudieron tomar parte en la acción.



## CAPÍTULO XXXIV



Volvió la división a ocupar el pueblo de Villal con el objeto de pasar al campo de batalla, en donde con aparato y estruendo militar solemnizó el acto de haberse instalado en veinticuatro de septiembre en Cádiz, e isla de León, la Regencia del reino y las Cortes generales y extraordinarias, que con toda impavidez principiaron sus tareas, y entre el estruendo del cañón y estampido del colosal mortero dictaron providencias y promulgaron leyes, cuales juzgaron entonces adecuadas a libertar la nación del yugo de la dominación extranjera y asegurar su independencia.

Coplistki, para reponer sus fuerzas y curar sus heridos se retiró a Daroca. Caravajal fijó su cuartel general en Albarracín; algunos días después se trasladó a Orihuela, y destacando dos batallones de la división Villacampa a la Tierra Baja para hacer requisición de granos y gente, acantonó el resto de su infantería en Ojos Negros, y en Blancas la caballería. Coplistki, a quien no era desconocida la guerra guerreada que con tan buen éxito le hacían sus contrarios, no quiso dejar pasar desapercibida la favorable coyuntura que se le presentaba para intentar por un golpe de mano destrozar la caballería antes que la infantería pudiera venir en su auxilio. Salió pues de Daroca con todo sigilo y burlando en la oscuridad de la noche las avanzadas situadas en Tornos, cayó al amanecer sobre Blancas,

donde sorprendió a nuestros doscientos jinetes, en los que hizo gran número de prisioneros, lográndose salvar los más bizarros oficiales y algunos, sesenta soldados, que con arrojo y decisión rompieron, espada en mano, por entre las lanzas enemigas.

Caravajal se situó en Moya con los cuadros de los pequeños cuerpos que marchaban siempre con su cuartel. La división ocupó los pueblos de Ademuz y Gea. Coplistki se hallaba en Teruel y Monreal. Amagamos simultáneamente estos dos puntos, y los abandonó, replegándose a Daroca. Todas nuestras fuerzas de infantería, que ascendían a 7.000 hombres, se concentraban entonces en Albarracín, que vio con este motivo reunidos en su corto recinto a cuatro generales, a saber, Caravajal, Marco de Pont, Villacampa y Martínez (El Empecinado). Verificase esta entrevista el veintiséis de enero de 1811. El día treinta nos hallábamos en Checa. Todo anunciaba la proximidad del enemigo.

Así era, en efecto. Nuestra caballería, unida a la del Empecinado se había ya encontrado con la francesa, cuyo impetuoso ataque no pudo resistir, y le dio precipitadamente la espalda, para que la acuchillase más fácilmente. Al pasar en desorden por el pequeño puente de Traid gritaron algunos jinetes a un piquete de infantería apostado en una pequeña altura: "*Huid blanquitos, que vienen degollando*". El cabo primero José Garrido, natural de Monterde, que lo mandaba, dijo entonces con toda formalidad a sus soldados: "*Vamos, Princesa, irse quitando los corbatines*". ¿A qué fin? le preguntaron éstos, no atinando al pronto con el motivo de aquella orden. A cuya reconvención satisfizo prontamente Garrido, contestándoles: "*¿No oís de boca de esos caballeros que vienen degollando? Pues bien, estando sin corbatines nos hallamos de antemano ya preparados para que nos hagan más a su placer la fiesta*". Esta serenidad del cabo dio tal ánimo a sus soldados, que hicieron desde sus parapetos un vivo fuego al enemigo y lograron contenerlo.

Al día siguiente desplegamos batalla, tomando por centro de nuestra línea el pueblo de Checa y las alturas contiguas. Los generales franceses Paris y Abbe, que nos igualaban en fuerzas, conociendo lo fuerte de nuestra posición, no queriendo obtener un soñado lauro a tanta costa como en la Fuensanta, mandaron desplegar varias



guerrillas, que hostilizaban a las nuestras en toda la extensión de la línea, y los cazadores de Palafox dieron en este día pruebas inequívocas de lo prácticos que se hallaban en este género de guerra, defendiendo a palmos el terreno. El centro, ocupado por la Princesa, y la derecha, en que se hallaba Cariñena, sostuvieron el puesto contra las columnas enemigas; la izquierda, ocupada por Soria se vio acometida por retaguardia por fuerzas superiores, y aunque el batallón de Molina pasó a reforzarlo, no fue bastante a contener el ímpetu del enemigo, y temiendo Villacampa verse envuelto, mandó tocar retirada. Ésta fue harto penosa a causa de la copiosa nieve que cayó, y causó la muerte de algún soldado débil que se congeló, y no pocos llegaron a Guadalaviar estropeadísimos de los pies por habérseles inutilizado el calzado. Los franceses persiguieron tenazmente a la división por espacio de quince días, en que los trabajó en reducido círculo de pocas leguas en lo más escabroso de las sierras de Albarracín y Cuenca, y cuando la juzgaban estrechada por sus cuatro costados, se encontraron burlados por uno de aquellos movimientos de combinada dispersión que no les dejó el más pequeño rastro de sus huellas.

La Junta Superior de Aragón se trasladó a Utiel, el Empecinado marchó hacia Sigüenza; y los franceses destruyeron algunas fábricas que en lo más fragoso de las sierras se hallaban establecidas para atender a la recomposición del armamento. Dieron tal importancia a estos acontecimientos que los consideraron como una conquista decisiva del territorio de Albarracín. Ocuparon militarmente la ciudad y su partido, nombraron por su corregidor a don Francisco Camporredondo, e impusieron a aquélla ocho mil duros de contribución, y a éste treinta y un mil. Vejaron, para efectuar su exacción, a las autoridades y notabilidades del país, convocando a junta popular, a fin de que se hiciese el reparto con toda la equidad detallada. El día primero de marzo hicieron a los religiosos dominicos dejar sus hábitos y vestir como los eclesiásticos seculares, precisándolos a la exclaustación. La guarnición de la ciudad se confió al regimiento número 121, y para su seguridad fortificaron el convento de las monjas, a donde todas las noches se recogían los cuerpos de guardia que durante el día hacían el servicio. Como durante la Guerra de la Independencia puede asegurarse que todos los pueblos de la península se hallaban animados de un mismo espíritu, puede demos-

trarse la efímera dominación que en ella ejercían los franceses por lo que entonces acontecía en Albarracín, pues sus habitantes se creían durante el día subyugados por las bayonetas que tenían a la vista, y llegada la noche se juzgaban libres porque había desaparecido la fuerza que los oprimía. Hacían sin embargo los conquistadores cuanto podían de su parte a fin de captarse la benevolencia de los pueblos, lisonjeando sus inclinaciones y sus usos, y para celebrar una noticia plausible quisieron, digámoslo así, hacerlo a la española, con iluminaciones, corridas de toros y bailes, en que pasaron los últimos días de marzo.

El veintitrés del mismo marchó Villacampa sobre la izquierda del Tajo y atacó el puente de Auñón, que tenían los enemigos fortificado en forma de castillo, con algunas trincheras a retaguardia. Se juzgaban así en completa seguridad, y de esta parte, desde donde se simulaba el ataque, lo estaban en realidad; mas vadeando el río con temerario arrojo el regimiento de Cariñena los embistió bruscamente por la espalda cuando menos lo pensaban, y poseídos de un pánico terror abandonaron la fortificación y parapetos, queriendo huir precipitadamente al pueblo; empero se vieron alcanzados por nuestra caballería, y apenas logró salvarse alguno de los trescientos hombres que defendían la posición. El Empecinado debía atacar simultáneamente al pueblo, mas halló obstáculos que retrasaron su movimiento y cuando unidas las fuerzas se intentó, estaban ya muy apercebidos para la defensa. “*Vamos cadetes* -dijo Villacampa a los de Princesa que iban a vanguardia de su regimiento, que en masa marchaba al ataque por la carretera-, *éste es el día de ganar crédito y ascenso*”. De tal modo nos entusiasmaron estas palabras, que arma a discreción nos arrojamos sobre el enemigo, a quien hicimos algunos prisioneros y tomamos dos piezas de artillería. Estrechado por todas partes se concretó a la defensa de su último recinto, formado por la iglesia y una manzana de casas, de que no nos fue dado desalojarlo porque no contábamos ni con los útiles ni con el tiempo que la empresa requería, pues se aproximaban fuerzas en su auxilio, y perdimos inútilmente en esta tentativa algunos prisioneros y otros heridos y muertos. Nos retiramos a los pueblos de Moya y Landete, donde permanecimos acantonados algunas semanas. Caravajal fue reemplazado por don José Obispo, que organizó

la división Villacampa en esta forma: el escuadrón de caballería se llamó Húsares españoles; dos regimientos de infantería de línea, Princesa y Soria, y dos de tropas ligeras, 2º de Voluntarios de Aragón, y Molina. Formó otra a sus inmediatas órdenes, con su competente escuadrón de caballos y cuatro cuerpos de infantería, Cariñena, Doile, Daroca y 1º de Voluntarios, a que también contribuyó la tierra de Albarracín con trescientos hombres, únicos restos de su juventud que se hallara en estado de empuñar las armas. Las fábricas de paños tomaron entonces algún impulso, pues que en ellas se elaboraron los necesarios para el vestuario de estas tropas, que se encontraron entonces en un estado muy regular de equipo y disciplina.

Suchet entretanto aprestaba lo necesario para la conquista de Valencia. A sus primeros amagos nuestra división pasó a situarse en Begís, y Princesa pasó destacado a Torás al mando de su nuevo jefe, el noble, intrépido, entendido y patriota coronel don Ramón Alvear. Vino a revistar estas tropas en sus respectivos acantonamientos el teniente general don Joaquín Blake, presidente que era a la sazón de la regencia del reino, y desde allí marchó para Valencia, a donde se iba concentrando el ejército, en tanto que Suchet formalizaba el sitio de la plaza de Murviedro. Nuestra división hostilizaba su campo con escaramuzas continuas, y en una de ellas, en que el batallón 2º de Aragón se condujo con arrojo y decisión admirable, perdió algunos soldados, al capitán Terrer y a mi paisano y amigo el cadete don Manuel Aramburu, natural de El Cuervo, joven apreciable por las bellas cualidades de que se hallaba adornado. El diez de octubre se formalizó algo más el asunto; puesto Suchet a la cabeza de sus mejores tropas, protegido de competente caballería y alguna artillería de campaña, vino a encontrar a las nuestras, que tomaron posición en las cercanías de Benaguacil. Acosadas en ésta por las enemigas, se retiraban por los flancos, dejando otras tropas de refresco en segunda línea, y en esta forma sostuvieron todo el día una acción continuada por escalones, batiéndose con el mayor orden la división Villacampa, y otra valenciana, al mando de don Carlos O'Donell, hasta tanto que al aproximarse la noche se replegaron los enemigos en dirección de su campo.

Ya fueran éstos rechazados por dos veces de las murallas de la plaza de que intentaran apoderarse por escalada, y viendo que por este medio salieran frustrados sus intentos, adelantaron los aproches y lograron al impulso de las baterías, abrir brecha practicable. Blake juzgó que era el momento de preparar sus fuerzas para una acción decisiva, y al efecto les dirigió una proclama que Suchet, harto pródigo en esta ocasión, calificó con el aventajado epíteto de modelo de elocuencia militar. El ejército del centro acababa de llegar a Villarroya el veintidós de octubre, descansó el veintitrés, y el veinticuatro marchamos hacia el enemigo, decididos a empeñar la batalla al día siguiente. Como difícilmente un individuo particular, sujeto a las filas, puede describir cuanto ocurre en la extensión de una dilatada línea, me limitaré a hacerlo de aquellos sucesos de que fui testigo ocular. Nuestra división, que llevaba la vanguardia, se veía sostenida por la de Obispo, que formaba el ala izquierda del ejército; ésta batía a los franceses con tal feliz éxito que llegó a penetrar en su campamento, mientras que aquélla lo hacía, con éxito no menos feliz, marchando en masa al paso de carga Princesa y Soria flanqueados de Voluntarios de Aragón y Molina contra una ventajosa posición que ocupaba el enemigo, de que lograron desalojarlo no obstante el horroroso fuego de cañón y fusilería que encontraron. Y se sostenían en ella con tenacidad, en columna cerrada, un respetable cuerpo de infantería, sostenido de algunos caballos, empeñados en no cejar, pero que mal de su grado se vieron precisados a hacerlo, llegando el jefe de éstos y el coronel de Princesa a batirse en combate singular a pistola. Ocupada la posición todo quedó tranquilo por un breve rato. Nuestras líneas avanzaban con orden y serenidad. Viose empero algunos minutos después pasar rápidamente por delante de nuestra vista un torbellino de polvo. Era la caballería francesa que cargó con tal ímpetu a la nuestra, que no pudiendo resistir el ataque volvió grupas y dio a huir, arrastrando en pos de sí la infantería, que siguió el movimiento retrógrado, dando en ésta ocasión oportuna a la caballería francesa para que cercase y rindiese en la carretera de Bétera una masa de dos mil hombres. El fruto de nuestro decidido arrojó se había malogrado; se nos mandó abandonar la posición a tanta costa ganada, pues solo mi regimiento de Princesa perdiera cerca de doscientos hombres en el encuentro, y acelerar cuanto fuese dable la retirada,

que aunque con dificultad, se efectuó sin contratiempo.<sup>387</sup> Fue para mí este día uno de los más penosos que pasé en la carrera de las armas. Hacía cuarenta y ocho horas que solo comíamos sardinas saladas, que unidas a un poco de aguardiente que había bebido antes de la acción, al sarro de la pólvora, y gran polvareda levantada por los caballos y trenes esparcidos en todas direcciones, de tal modo me sofocaban, que me hallaba ya a punto de sucumbir, cuando por fortuna encontré a un cabo de mi compañía llamado Fullán, que condolido de mi situación, me dio ánimo y condujo por medio de unas labores a una alquería, y sacando del pozo un cubo de agua, lo apliqué a mis labios y no lo solté hasta haberlo agotado completamente. ¡Tal era la sed que me devoraba! Descansé unos instantes, volví a beber,

387 Véase la grande analogía que guarda la antecedente relación de esta jornada con la que de ella no da Suchet en sus memorias, tomo 3º, cap. 11, paragrafo 15 y 16: "La división Villacampa - dice-, formaba con las de Miranda y San Juan la izquierda del ejército a las órdenes del general Mahi. Dicha ala izquierda se extendía por detrás y al abrigo de un barranco llamado del Picador paralelamente al camino de la Calderota hasta una colinita aislada dicha los Germanells, cubriendo así el camino que conduce a Bétera. Tenía por reserva el cuerpo del general Mahi, y aún a su extremo se viera flanqueada a lo lejos por la división Obispo en la dirección de Náquera. El mariscal se había adelantado hasta los Hostalets cerca de Puzol a fin de descubrir mejor los movimientos del enemigo por entre los olivos y garroferos que cubren cual si fuera un bosque aquellas llanuras de una rica y esmerada cultura. Observó entonces sobre la derecha una altura redondeada (...) y decidió a ocuparla sin tardanza; dirigióse a ella a galope con los cincuenta húsares que formaban su escolta, haciendo al mismo tiempo avanzar la división Arispe para que estableciese allí su derecha (...) Pero los españoles llegaron con prontitud al pie de la altura, subieron y se apoderaron de ella sin que nuestros húsares pudieran oponerles una seria resistencia (...) Poco después vimos a los españoles que nos habían ganado la mano avanzar en columnas por el camino real y por Puzol con una resolución y un orden cual no hubieran mostrado jamás antes en campo raso. Estos primeros movimientos daban a su ejército en marcha una cierta aptitud de confianza y superioridad que parecía precursora del triunfo (...) Llegado que hubo la división Arispe delante de la altura la atacó sin perder minuto (...) los generales se pusieron al frente de las columnas (...) La resistencia fue viva y al llegar a la cima de la altura se empeñó un combate sangriento. El general Paris resultó herido gravemente, así como los ayudantes de campo Peridon y Troqueneau. El general Arispe, el coronel Meselop, y muchos oficiales perdieron sus caballos en la acción. El mariscal marcha volando hacia los coraceros, porque sabía bien lo que podía esperar de una reserva de esta naturaleza (...) Les trae a la memoria a Margalef y demás lugares en que su choque había decidido la victoria (...) arremetieron entonces contra la caballería española, la arrollaron, y acularon contra la infantería (...) el centro de Blake fue enteramente rompido (...) Las divisiones Arispe y Coplistki siguieron vivamente el alcance al general Mahi, y nuestra caballería aún pudo llegar a tiempo para obligar a rendir sus armas a algunos batallones enemigos antes de que pasasen y atravesasen el barranco del Carraixet".

lavame después la cabeza, y quedé expedito para continuar sin novedad la retirada hasta el pueblo de Villarroya.

Los franceses dejaron el avance y regresaron a su campo; y los defensores de la plaza, desesperanzados de obtener socorro, la rindieron por capitulación. Enseguida avanzaron aquéllos a dar vista a Valencia, e incomodaron sin tregua a nuestras tropas ocupadas en trazar y fortificar su línea de defensa a lo largo del Guadalaviar por Mislata, Cuarte, Manises y Santo Onofre. Estas escarmuzas se vinieron a convertir en acción formal el dos de noviembre a la una de la tarde, en que se presentaron frente al puente de Cuarte en tres columnas respetables. Dieron con bastante resolución el ataque, que resistieron el regimiento de la Corona y otros cuerpos del ejército del centro que cubrían aquel punto. Reforzados los enemigos, volvieron a la carga con mayor ímpetu. Princesa y Molina fuimos en auxilio de aquéllos, y protegidos de la artillería, se logró tenerlos a raya hasta anochecer, en que cesó el combate. Desde entonces reinó por espacio de dos meses la mayor tranquilidad en toda la extensión de la línea, y los cuerpos avanzados españoles y franceses, separados únicamente por el insignificante obstáculo del río, se contentaban con observarse mutuamente con la misma serenidad y calma que si estuvieran disfrutando una paz octaviana. En este intermedio era la tierra de Albarracín, si no el campo de sucesos tan estrepitosos, por lo menos de otros que estaban con ellos estrechamente enlazados. Villacampa había mandado algunas partidas, que burlando la vigilancia de los enemigos, extraían granos y carnes para atender a nuestra subsistencia, al propio tiempo que ellos por su parte hacían otro tanto, y así dejaron la tierra en la mayor penuria y escasez. A esta aflicción se siguieron otras no menos sensibles. Un infame delator calumnió a varios eclesiásticos, que corrieron un riesgo inminente; su inocencia, empero, triunfó ante el corregidor puesto por el intruso, que se llamaba don Francisco Camporredondo, quien los trató con consideración, y los absolvió de los supuestos crímenes. No fue tan feliz otro ciudadano llamado José Buena, que en su juventud fuera sargento de caballería, y que a pesar de sus muchos años era todavía tan ligero de cascos como de lengua. Su amor a la patria lo había empeñado, con buen éxito hasta entonces, en seducir algunos extranjeros, que desertando de las filas de Napoleón, venían a engrosar



las nuestras, mas en esta ocasión se dirigió a un italiano que lo vendió pérfidamente, llevándoselo con su delación al suplicio, que sufrió con heroicidad en Teruel el día diez de diciembre, en que fue fusilado contra las tapias del convento de San Francisco.

Durante la estancia de las tropas italianas en Albarracín, sirvió mi casa de alojamiento a don Amadeo Scotti, caballero de recomendables prendas, y muy estimado del general Palombini. Era capitán de la compañía de Voltisires del 2º batallón ligero italiano. Supo por mis padres que yo me hallaba en el ejército de Valencia, y cuando recibieron orden de dirigirse hacia este reino para cooperar a su conquista, tomó señas de mi persona y les ofreció que si me cabía la suerte de prisionero, procuraría hacérmela más soportable empleando su influjo hasta el punto de restituirme, si de ello gustaba, mi libertad. En efecto marchó para Valencia, y poco después le siguió la división Severoli y otros cuerpos, que se hallaron reunidos y descansados para el veinticinco de diciembre. En la tarde de ese día se notó un movimiento general en toda la extensión de la línea. Nuestro ejército pudo entonces ejecutar su retirada al Júcar con todo sosiego, y éste era el digno dictamen que emitieran varios generales, y debiera en mi concepto haberse seguido, mas el general en jefe don Joaquín Blake fue de contraria opinión, apoyándola sin duda en aquellos poderosos motivos que no están al alcance de un triste subalterno. Un cuerpo grueso de caballería enemiga se apostó a nuestro flanco izquierdo amagando querernos envolver por retaguardia. La división obispo ocupaba Manises, Villacampa Santo Onofre; de ésta empero se había segregado nuestro regimiento Princesa, a quien se confiara el interesante punto intermedio entre Cuarte y Mislata. El primero de estos pueblos lo defendía una división del ejército del centro, y el segundo la llamada *expedicionaria*, compuesta de la Guardia Real y otros cuerpos preferentes del ejército. Frente a la avanzada llamada de la Isleta, que estaba a cargo del teniente de la compañía de cazadores de nuestro regimiento, don Joaquín Roca, natural de Teruel, construyeron los enemigos durante toda la noche una batería con todo sosiego, pues a los repetidos partes que diera este oficial, se le contestó que estuviese a la expectativa sin hacer fuego, a no ser que aquellos intentasen vadear el río, en cuyo caso defendiera el puesto a toda costa. Cumplió valerosamente Roca las



órdenes que se le habían comunicado, sin que el incesante fuego que desde el amanecer rompió la batería hiciese desamparar el puesto a un solo soldado, hasta que muerto o heridos la mayor parte de ellos, una bala de cañón nos privó desgraciadamente de tan benemérito oficial. La división Palombini pasó el río sin otro obstáculo por este punto, y formada en columna cerrada se presentó para dar el ataque en el espacioso campo que hay frente a Cuarte. El 2º de la Princesa y el batallón de Tiradores de Cádiz formados en batalla delante del pueblo, la esperaban arma al brazo con la mayor serenidad. Las fuerzas se hallaban ya próximas a chocar, y los resortes que las daban impulso ofrecieron en esta ocasión un bello asunto que debiera, a mi parecer, eternizar el más delicado pincel. El coronel del 2º ligero de italianos, que marchaba a vanguardia, venía lleno de arrogancia montado en un hermoso caballo, a alguna distancia de sus soldados; empero el de la Princesa no quiso cederle la plaza de valiente, y picando espuelas al suyo salió al encuentro del competidor. Ambos dan entonces ánimo a sus soldados con palabras lacónicas y llenas de entusiasmo: "*Vive France; vive l'empereur; voltigeurs, a la bayonette*", grita el jefe francés, y le replica el español: "*Viva España; viva Fernando VII; granaderos al sable*". Y recíprocamente iban a embestirse con el ademán caballeroso de los antiguos tiempos... cuando el capitán de cazadores, Villa, ansioso de vengar la muerte de su teniente, tomando en su manos el fusil del soldado que tenía a su lado, asestó el tiro con tal acierto a la frente del jefe francés que cayó al suelo cadáver. Volviese Albear a la cabeza del regimiento, que entusiasmado con la presencia del coronel, y no menos el de Tiradores de Cádiz, cuyo jefe se mostró con igual valentía, recibieron ambos con tal firmeza al enemigo que introdujeron en sus filas el desorden, y le obligaron a retroceder. En tan críticas circunstancias presentose sobre lo alto del pueblo el regimiento Alcázar de San Juan con dos piezas de artillería, haciendo un fuego tan acertado sobre la columna enemiga que la mayor parte de ella se arrojó al río en un completo desorden; y este ataque, en que también tuvo alguna parte el regimiento de la Corona, hubiera completamente desconcertado a Palombini si la división Severoli, que no sin gran quebranto había obligado a la expedicionaria a replegarse sobre Valencia (que le opusiera una tenaz resistencia) vencida ésta, no hubiera venido después

en socorro de aquélla. Reconcentradas y reorganizadas estas fuerzas, volvieron segunda vez a la carga, y fue preciso ceder el campo al enemigo. El regimiento Princesa emprendió su retirada hacia Chirivella, llevando consigo la artillería que se le confiara. En las inmediaciones de este pueblo el coronel, que marchaba a retaguardia, se hallaba ya en poder de unos jinetes franceses, mas a él, al capitán Villa y a otros oficiales los libró del apuro una guerrilla mandada por mi primo, el sargento Lorenzo Domingo, natural de Alobras, que logró ahuyentarlos con su temerario arrojo, y les causó alguna pérdida.<sup>388</sup> El ataque se había ya generalizado en toda la línea. El gran cuerpo de caballería enemiga, arrollando la nuestra a pesar de la re-

388 Veamos como Suchet describe esta jornada en el tomo 3º citado. "A la división italiana acampada entre Benimamet y Campanar se le había dado el encargo de atacar los atrincheramientos de Mislata (...) Mientras la caballería verifica sus encuentros con la española (...) un vivo fuego de fusilería se viera entre tanto empeñado en los bordes del Guadalaviar (...) El general Palombini a las diez de la mañana puso en movimiento sus tropas a fin de atravesar el río y las acequias que le separaban de Mislata, ocupado por la división de Zayas (...) El 2º ligero italiano pasó el primero por sobre la estacada de un molino (...) y el 4º de línea, que marcharon hacia delante a pesar de cuantos esfuerzos hizo el enemigo para rechazarlos (...) y bajo la protección de la artillería que teníamos en batería en la orilla izquierda, la brigada Saint Paul se lanzó hacia el río y marchó en derechura contra los atrincheramientos de Mislata (...) Pero el enemigo dirigió un tan vivo fuego contra nuestra columna antes que pudiese pasar del todo y desplegarse, que se desordenó un momento y aún cejó y retrogradó hasta el Guadalaviar. El general Palombini reunió y formó de nuevo su tropa y logró conducirla por segunda vez al combate (...) Al mismo tiempo que las posiciones de Manises y Santo Onofre se veían atacadas por el general Musnier, que después de alguna resistencia fueron evacuados por Mahi, Obispo y Villacampa. A beneficio de estas disposiciones la posición de Mislata en que el general Palombini se veía empeñado aún se vio al punto desembarazada, y pudo hacer un movimiento hacia delante: los italianos de Palombini hubieron de saludar y dar la bienvenida a sus compatriotas de la división Severoli sobre el campo mismo de batalla (...) El resultado de esta jornada hubo de costarnos como unos cuatrocientos hombres entre muertos y heridos de la división Palombini casi todos, y entre ellos cuarenta oficiales. El combate de Mislata que influyó poderosa y felizmente en la victoria de aquel día hizo mucho honor al valor italiano. El coronel Barbieri murió gloriosamente a la cabeza de su regimiento". Me he detenido en referir con toda extensión estos dos parajes de las citadas memorias para comprobar la verdad de mis asertos y vindicar por confesión propia de Suchet a Villacampa del conotado de *partidario* con que le designaba, y que en nada menoscaba sus talentos militares. El mismo mariscal se felicitaba al Cap. 15 § 1º. Tomo 2º de sus memorias "*de poder ver a Villacampa en línea en el ejército de Blake sin tener que temer sus correrías a su espalda y retaguardia*". Y en honor sea dicho de Villacampa y su tropa, que no fue, como queda demostrado por confesión de parte, menos funesto a sus enemigos obrando incorporado a las grandes masas que hubiera podido serlo en su sistema favorito de guerra guerreada, añadiendo ahora, para remachar más el clavo, que el 2º de Princesa, parte inte-

sistencia que le opusieron algunos escuadrones, tomando la rambla de Torrente, se dejó caer sobre la carretera de Alcira para cortar la retirada al ejército. Sin embargo el teniente general Mahy y los mariscales de campo O'Donell, Villacampa y Obispo lograron con la mayor parte de sus tropas y algunos cañones penetrar por medio de tantas dificultades hasta ganar a Alcira y márgenes del Júcar. Valencia, después de estos sucesos, se sostuvo algunos días contra los ataques de sus agresores, y su guarnición, numerosa, con facilidad hubiera podido incorporarse al resto del ejército. En la noche que intentó su salida, la vanguardia, mandada por el brigadier Michelena rompió las líneas enemigas y se salvó, los demás cuerpos se replegaron sobre la plaza, que se rindió por capitulación el diez de enero del año que empezaba a contarse de 1812.

Las tropas que se salvaron de la anterior catástrofe cubrieron a Alicante y Cartagena. De esta última plaza salió Villacampa a mediados de dicho mes en dirección a Murcia. Al salir de esta ciudad para la de Orihuela dio de improviso sobre la caballería enemiga del ejército de Sebastián, a quien abandonó sus equipajes en la carretera, de que se desvió para buscar su seguridad en una pequeña altura, en que reconcentró su columna. Corrió la caballería francesa hacia la ciudad, cuya entrada le disputó la nuestra mandada por el general Lacarrera, quien incomodado de la respuesta poco caballerosa del jefe francés, que desafiado por aquél a singular batalla le contestó “*que venía a mandar y no a batirse*”, se olvidó de los deberes de general, que tan bien sabía desempeñar, y se puso heroicamente a llenar las partes de soldado, con tan denodado arrojo que situándose en medio del puente sólo con sus ordenanzas, disputó por largo tiempo el paso a sus enemigos, hallando en él la muerte cuantos intentaban forzarlo. Acosados finalmente por el grueso de la columna, fueron cediendo el terreno palmo a palmo, blandiendo el acero a dies-

grante de la división Villacampa, fue el que retirándose hacia Chirivella hirió mortalmente al capitán den estado mayor d'Heronville, y al joven de Villeneuve, primo de Suchet, y jefe de la escolta de treinta caballos que acompañaban a éste cuando subió a la torre de la iglesia de este pueblo para observar lo que pasaba a derecha e izquierda del Guadalaviar. Si el coronel Albear hubiera podido presentir tal evento, bajo mi palabra aseguro que habría perecido en la demanda, o a Suchet costara caro su arrojo.

tro y siniestro, hasta tanto que rendido el uno, fatigado el otro, herido éste y muerto aquél, el general se vio solo con su espada cercado en una calle y cubierto su cuerpo de una multitud de heridas. Sucumbió a un pistoletazo que traidoramente le descargaron por la espalda, siendo las últimas palabras que profirió al expirar: “*vengadme compatriotas; viva España; viva Fernando VII.*”



## CAPÍTULO XXXV



a conquista de Valencia fue, digámoslo así, el apogeo de la gloria militar de Suchet, a quien entonces se elevó al alto grado de mariscal del Imperio, y se condecoró además con el honorífico al par que lucrativo título de duque de la Albufera. Los españoles decayeron de ánimo por la pérdida de una ciudad en que mucho tiempo tenían cifradas ilusorias esperanzas, que luego se desvanecieron cual una grata ilusión, que los halagaba en un sueño, para dejarles al despertar la realidad de amargos recuerdos. Hasta los tenaces aragoneses se iban ya conaturalizando con el nuevo orden de cosas, que no les era dado evitar, y sufrían con resignación, al menos aparente, la ley impuesta por el vencedor, cuando la inesperada noticia de la llegada de la división Villacampa a las sierras de Albarracín volvió nuevamente a reanimar su abatido espíritu, haciéndoles presentir que ella vendría a ser en breve la restauradora de su independencia. La Junta Superior, errante por los confines de Castilla se puso otra vez en acción, y todos a porfía se esmeraban en hacer cuantos sacrificios estaban a sus alcances en obsequio de la justa causa. No quiso el general mantenerse mucho tiempo en la inacción, y ansioso de corresponder a las justas esperanzas que los aragoneses concibieran al verlo reaparecer en el teatro de sus antiguas glorias, entre tanto que varios destacamentos al cuidado de oficiales activos trabajaban incesantemente en la recolección de soldados dispersos, se presentó con seiscientos hombres de pelea en el pueblo de Alhama, amagando atacar a los enemigos que se hallaban en Bubierca, sosteniendo toda la

tarde contra ellos un buen nutrido fuego de guerrilla. Permaneció en su posición hasta hora avanzada de la noche, a cuyo favor, por medio de una rápida contramarcha, se dejó caer sobre el pueblo de Campillo, y cercando en él a doscientos cincuenta enemigos venidos en busca de raciones, los hizo a todos prisioneros. Fueron estas ocurrencias en los días siete y ocho de marzo. El veintidós del mismo mes, burladas las avanzadas de Ateca, entró en el pueblo de división a tiempo que los franceses estaban formando en la plaza al toque de diana. Arrose al albor del día una reñida refriega en sus calles y plaza, de cuyas resultas quedaron algunos muertos y ciento sesenta prisioneros, y nos retiramos sin querer emprender tentativa alguna contra las restantes tropas que, ocupando un cuartel fortificado, podían defenderse hasta recibir oportunos socorros de los cantones inmediatos.

Conoció Villacampa que estos sucesos decidirían a los franceses a reunir sus fuerzas para venir con él a las manos, y en ademán de huir el cuerpo a semejante compromiso, disfrazó sus verdaderos designios fingiendo una larga marcha hacia la Rioja. Contramarchando empero repentinamente y sin intermisión por espacio de treinta y seis horas llegó a las once de la noche del veintisiete de aquel mes a Alustante, donde comió y descansó la tropa un pequeño rato, y continuó su camino para Pozondón. Fácilmente se deja conocer cuan poco a propósito sea este pueblo para que pueda con ventaja efectuarse en él una sorpresa, pues colocado en una espaciosa llanura, el más pequeño objeto se deja ver a una legua de distancia. Sin embargo la fortuna quiso presentarnos su faz risueña en esta ocasión; los enemigos, que ya se hallaban próximos a marchar, habían replegado sus avanzadas, y se hallaban comiendo los ranchos y con las armas en pabellones. Llegamos con precaución y sigilo y tomamos todas las avenidas del pueblo; los pocos caballos que teníamos habían ido a situarse en el camino de Monterde, y el profundo silencio que reinaba casi nos hizo creer que habían sido inútiles nuestros pasos. Villacampa empero, que tenía entera confianza en sus exploradores, mandó al valiente ordenanza que siempre lo acompañaba, penetrarse a todo escape en la población, y al descubrir al enemigo diese la señal de ataque con un carabinazo. Media un corto espacio de tiempo, suena aquél, y en el mismo instante se ve lanzarse al enemigo una columna por cada uno de los cuatro ángulos del pueblo. El ataque



fue tan repentino y simultáneo, que aquél se halló totalmente confuso y sorprendido. Algunos de sus soldados todavía llegaron a tomar las armas, y entraron en la iglesia, que tenían fortificada, mas sobreco- gidos de terror, atándoles las amos para la defensa los vecinos que se hallaban en los divinos oficios y en el momento crítico que las campanas anunciaban la resurrección del Señor y celebraban nuestro triunfo se rindieron a discreción, como los demás, tan luego como se convencieron de que era Villacampa con quien se las habían. Quedó pues prisionero de guerra el 2º ligero italiano, con su comandante, veintiséis capitanes y oficiales subalternos, treinta músicos y sobre seiscientas plazas, con algunos empleados de hacienda con las arcas bien surtidas de metálico y otros objetos preciosos.

Confiada su custodia al batallón ligero Daroca y a las compa- ñías de fusileros de Princesa, el general, con el resto de su tropa, marchó sobre Monterde. El batallón enemigo que se hallaba en este pueblo tuvo mejor suerte, pues estando ya dispuestos para marchar a incorporarse con sus compañeros, pudo, al descubrir nuestra mar- cha, ganar una altura inmediata, y Villacampa, contemplando la fatiga de su tropa y lo ventajoso de la posición desistió del ataque, con- tentándose con apresarles sus trenes y equipajes y la escolta de veinte soldados que iba en su custodia. De estos descabros, a la verdad harto notables, apenas se digna Suchet hacer mención tan sucinta en sus memorias, que con razón puede tildarse de historiador harto lacónico de todo lo que le es desfavorable. ¡Tan difícil es aún al hombre del mérito más sobresaliente vencerse hasta el punto de prestarse a hacer una franca manifestación de aquello en que debe resentirse algún tanto su amor propio! En comprobación de mi aserto será justo citar las pocas palabras con que refiere estos sucesos: *“El general Palombini recibió orden de dirigirse hacia Navarra, pero antes de partir había sufrido alguna pérdida en Ateca y Pozondón, y aún con motivo de ésta su ausencia una mitad del Aragón quedó expuesta a las correrías y como a la merced de Villacampa y de Durán.”*

Los días siguientes a tan felices resultados, alcanzados todos con sola la pérdida de un infante por nuestra parte, presentaron al general y sus tropas trabajos casi insoportables, por manera que ésta

creo sea, sin dificultad alguna, la época en que el primero acreditó una consumada previsión y conocimientos nada vulgares, y las segundas una firmeza y sufrimiento sin igual. En efecto, los inconvenientes que se presentaban para la conducción de los prisioneros eran tantos que con sobrado fundamento se temía ver frustrados los frutos de tantas fatigas. Más de mil trescientos de ellos, habidos en los anteriores encuentros, escoltados por cuatrocientos hombres escasos debían atravesar parte de Aragón, Castilla, Mancha y Murcia, inundado de guarniciones enemigas, sin poder contar con otro apoyo más que con los novecientos infantes y treinta caballos que quedaban a la división. Las diferentes maniobras ejecutadas por las tropas hacen tanto honor al general como al jefe de su estado mayor don Manuel Rodríguez Fito, que las hicieron para ocultar la verdadera dirección de la columna conductora de los prisioneros, y no es menos digno de elogio el arrojo y serenidad que unos y otros desplegaron el día seis de abril para contrarrestar en las inmediaciones de Villalba al general francés D'Armagnac, gobernador de Cuenca, que con mil quinientos infantes, doscientos caballos y dos piezas de artillería, salió a quitarnos la presa de las manos. El combate fue reñido y sangriento, nuestras tropas entusiasmadas, apostadas por escalones en la montaña, se batieron con tal denuedo, que intimidado D'Armagnac, y precisado a cuidar de armas y trenes que les servían más de embarazo que de provecho, se retiró a la ciudad sin conseguir el objeto de libertar los prisioneros, que no dejaron de prescindir lo que pasaba por la precaución y velocidad con que se les hizo caminar hasta que felizmente se consiguió libertarlos del peligro. La serenidad y denuedo de nuestra tropa en la acción de Villalba chocó tanto a D'Armagnac, que hallándose con otros varios jefes y oficiales franceses de superior graduación en una tertulia, donde recayó la conversación sobre diferentes generales españoles, uno de los concurrentes llamó por desprecios "*brigand*" a Villacampa. Incomodado D'Armagnac de tan grosero insulto lo vengó diciendo: "Muy bien se conoce que usted no se ha batido con él, pues en tal caso ya sabría que Villacampa es un bravo oficial, tengo experiencia de su serenidad, valor y pericia militar, y con el mayor gusto le daría un abrazo delante de todos ustedes para manifestarle el alto aprecio que justamente tributo a su mérito". Así lo refirió don Pedro Gómez

Cordobés, natural de Albarracín y residente en Madrid, que se halló presente al suceso. Volvamos a nuestra explicación.

Un día de aquéllos que vagábamos por las sierras de Cuenca, hicimos alto en un molino para comer un bocado y tomar un corto descanso. Desempeñaba yo entonces las funciones de abanderado de mi regimiento, y como tal iba encargado del bagaje y ranchos, que marchaban a retaguardia de la columna. Trabé conversación con algunos oficiales prisioneros, y les brindé a tomar parte en mi corto refrigerio. Mi franqueza y su necesidad les hizo aceptar, y correspondieron al obsequio con las muestras del más fino reconocimiento. Al tiempo de continuar la marcha separose un poco de sus compañeros uno de ellos, a quien yo había dispensado la mayor consideración, atraído de un particular hacia su persona por aquella cualidad oculta a que dan nombre de simpatía. Llegase a mí muy atento, preguntándome si tenía inconveniente en manifestarle cual fuese mi destino. Contestele que ninguno, y que como abanderado que era del regimiento de la Princesa podía mandarme cuanto gustase.

- Es usted aragonés -me replicó-.

- Si señor, y natural de Albarracín.

- ¿Por ventura será usted el sobrino del señor tesorero don Pedro Antonio Fernández?

- Soy el mismo -le dije-, y por tal coincidencia no creo equivocarme reconociendo en usted al protector de mi casa, al que tanto había ofrecido hacer por mí, al capitán don Amadeo Scotti, edecán del general Palombini.

- Ciertamente.

- ¿Cómo pues -le repuse- no se hallaba usted a las inmediaciones del general?

- El día anterior a nuestra sorpresa -me contestó-, salí de Albarracín y casa de usted a comunicar a los batallones acantonados en Pozondón y Monterde las órdenes de aquél, a fin de concentrarnos para ir en persecución de Villacampa, a quien conceptuábamos en la Rioja, y así se lo dije a su mamá al tiempo de despedirme, reiterándole las mismas ofertas que anteriormente le tenía hechas.

- Es tanto mayor mi sentimiento -de dije- en ver la suerte que a usted le ha cabido, cuanto menos la tiene merecida, y mi imposibilidad es absoluta para poderle corresponder en la misma moneda; nada empero omitiré para que sea menos penosa su situación.

Así efectivamente lo verifiqué, prestándole cuantos auxilios pude, que no dejaron de hacer más soportable una situación que a algunos infelices costó la vida, ya por la penosa fatiga de la marcha, ya también por la suma escasez de víveres, a cuyos dos objetos pude atender por las ventajas que me proporcionaba mi destino de abandonado. Tal es la mudanza de los sucesos de la guerra, que el mismo que pocos días antes vendía protección, halló la recompensa en manos del protegido. Aviso muy útil a los vencedores, para que aprendan a ser compasivos y humanos con los vencidos, considerando la inconstancia de la fortuna, y que en el día de mañana están expuestos a sufrir el ludibrio y venganza de aquellos a quienes en el día anterior trataron con baldón y menosprecio.

Llegamos felizmente a Orihuela de Murcia, donde se hallaba el cuartel general del 2º ejército, hicimos en él la entrega de prisioneros, y habiendo descansado cuatro días en Hellín, volvimos a cortas jornadas a reunirnos con la división, que entonces vivaqueara entre Sigüenza, Guadalajara y Molina. Desde este punto salió con gran cautela el batallón de Aragón al mando de Latre, y el veinticinco de junio a media noche escaló la ciudad de Teruel, empero no logró sorprender el fuerte principal, contentándose con hacer algunos prisioneros de los soldados que guarnecían la torre Bombardera y a varios afrancesados, entre ellos al corregidor de Albarracín Camporredondo. Fue el gobernador de Teruel, Vázquez, más afortunado, pues logró librarse aquella noche, para morir pocos días después a los filos de un puñal con harta desventura. Villacampa se apostó poco después en Cella, en cuyo pueblo hizo su tropa el juramento de guardar la constitución política de la monarquía española, promulgada en Cádiz a diecinueve de marzo anterior. Verifícase este acto el día 26 de julio, solemnizándolo con salvas y todo el aparato militar que las circunstancias permitieron, y el cuatro de agosto se trasladó a Gea, a fin de que la Junta Superior de Aragón,

la Intendencia y demás empleados de la Real Hacienda reunidos en Albarracín pudieran efectuarlo, como lo verificaron en los días seis y nueve de dicho mes. Dijo el discurso adecuado el doctor don Pedro Antonio Fernández, tesorero, y quedaron sobremanera sorprendidos todos los circunstantes de que en las pocas horas que tuvo de tiempo para prepararse hubiera podido hacer una oración tan acabada sobre un asunto de tal interés y novedad. Marchó la división al reino de Valencia, y en Chelva se le incorporó la partida del guerrillero Pendencias. En Domeño hubo una pequeña escaramuza con las tropas de Panatier, empleando después el tiempo en algunas expediciones sin resultado, y en dar algunos descansos a la tropa, que le eran de gran utilidad para su reorganización y disciplina.

Su respetable fuerza ascendía a mediados de agosto a cuatro mil infantes y doscientos caballos, que daban fundadas esperanzas a su jefe de poder emplear con lucimiento una acción tan luego como se le presentase ocasión oportuna. No tardó mucho a verificarse. Ganada por Wellington la célebre batalla de Arapiles, las tropas aliadas avanzaron hacia Madrid, y el rey José con su ejército se replegó sobre Valencia. Villacampa, apostado a las inmediaciones del camino real espiaba sus movimientos, y se decidió a embestir su retaguardia, mandada por el general Maupoint. Éste quiso eludir el golpe, y casi creía haberlos conseguido cuando hubo doblado sin oposición la cuesta de Rabudo. Sin embargo se vieron frustrados sus designios, porque informado con certeza Villacampa de la dirección del enemigo, caminó sin cesar día y noche, y al anochecer del veinte de agosto se situó oportunamente en los campos inmediatos a la villa de Utiel. Eran los intentos del general darles un golpe de mano, atacándolos de improviso, a fin de que no pudieran valerse de su superioridad en cualidad, número y armas; mas la precaución con que caminaban hizo inútil la emboscada, y fue preciso batirse en regla y al descubierto. Hasta la misma disposición del terreno les favoreció, pues alarmados por algunos tiros disparados por sus descubiertas, tuvieron tiempo para formar su batalla en una pequeña colina prolongada, cuyos flancos cubrieron con la artillería, quedando a retaguardia la reserva, la caballería y equipajes. Ocupaba nuestro

flanco izquierdo el batallón ligero de Molina, que hallándose más próximo a los enemigos, y queriendo cargarlos, sufrió un fuego terrible, y se hubiera visto acosado por la caballería francesa si a este tiempo, saliendo la nuestra, que casi se hallaba ya a espaldas del enemigo, no lo hubiera impedido. El regimiento de la Princesa, que formaba el centro, fue desde entonces el blanco de sus tiros, pero lejos de arredrarse siguió a la carga a pesar de la gran resistencia que aquéllos le oponían, y logró desalojarlos de las tapias de un viñado en que se habían parapetado. Este arrojo costó la vida al sargento mayor don Baltasar Araujo, que fue el primero en saltar la tapia y lanzarse al enemigo. A su lado murió el capitán Aineto y fue herido Oseñaldi, de la misma graduación. Yo no sé como salí sano y salvo, pues me hallé de los primeros, envuelto como éstos en una nube de balas y metralla. Secundaron nuestro movimiento los regimientos de Soria y Aragón, que ocupaban el ala derecha, y conseguimos desalojar a los contrarios de su posición, haciéndoles sobre doscientos prisioneros, tomando dos piezas de cañón de a ocho, y un equipaje y botín de gran consideración. Deshechos los franceses, rebasaron en pelotón el batallón de Molina y marcharon sobre nuestro flanco izquierdo, acosados por nuestras tropas, que fueron sucesivamente desalojándolos de sus posiciones, cogiéndoles algunos prisioneros, y causándoles mayor número de heridos y muertos, que se aproximarían a cuatrocientos. La caballería francesa hizo prodigios de valor para proteger los restos de su infantería, y la nuestra de aquel arma cargó varias veces con arrojo, siendo el alférez Millar quien más se distinguió después del capitán Jacome, que recibió una porción considerable de heridas. Por fin lograron doblar el camino de Requena, para escudarse del punto que tenían allí bien fortificado. Villacampa reunió sus tropas y marchó a Utiel, a donde hizo conducir los heridos españoles y franceses de que había quedado cubierto el campo, y los colocó todos en el espacioso local que le ofreció un convento que se destinó para hospital. El buen comportamiento y humanitario trato que tuvo siempre nuestro general con los prisioneros enemigos, y más particularmente con los heridos, hizo que los generales franceses observasen con los nuestros igual correspondencia. En medio de los horrores que lleva consigo una desastrosa guerra,



con corazón sensible no puede menos de complacerse en aplaudir y recordar con emoción aquellos filantrópicos rasgos que tienden a dulcificar o al menos a hacer más llevaderos sus funestos estragos.<sup>389</sup>

Incorporado el ejército del rey José con el de Andalucía, volvía a ocupar nuevamente las Castillas. Nuestra división regresó a sus acostumbrados acantonamientos, y a su tránsito fue revistada en la sierra de Cuenca por el general jefe del 2º cuerpo don Francisco Javier Elío, que quedó satisfecho de su buen orden, y mandó a Villacampa hiciese las propuestas de ascenso que juzgase oportunas, y en ellas fui incluido para el empleo de subteniente. Hiciéronse grandes acopios de granos en las sierras de Albarracín en los meses siguientes para evitar que sufriera la tropa la escasez que había sufrido en el invierno anterior. Pasaron algunos meses sin ocurrencia notable hasta que el veintiuno de noviembre la compañía de cazadores del 2º de voluntarios sorprendió e hizo prisionera una avanzada de veinticinco hombres y un oficial de la división Panatier acantonada en Segorbe. Al día siguiente nuestra caballería acuchilló junto Alcuéllas la compañía de guías de Soult, compuesta de cien jinetes andaluces, apenas quedó quien pudiera ir a contarlos. Sólo el alférez Millar despachó a trece por su parte. Los franceses amagaron una incursión a la sierra de Albarracín, Villacampa voló pronto a su socorro y re-

389 "El veintitrés de agosto -dice el mariscal Suchet al referir este suceso en sus memorias- nos llegó por la vía de Requena un destacamento de caballería con pliegos en que se nos comunicaba de oficio la pérdida de la batalla de Salamanca, la evacuación de Madrid, y la marcha del rey y de su corte hacia Valencia con el ejército del centro. El general Arizpe recibió al punto la orden de salir hacia Almansa a fin de facilitar dicho movimiento, y el veinticinco se dieron la mano ambos ejércitos. El mismo día el general Maupoint, procedente de Madrid, con el 16 de línea y una compañía del 4º de húsares partió de Cuenca después de haber libertado su guarnición, bloqueada hacía ya diez y ocho días. Mas cuando se disponía a atravesar el río, cerca de Utiel, he aquí que Villacampa le ataca de improviso al frente de cuatro mil hombres. Su pequeña columna rodeada por todas partes se defendió con la mayor bizarría, pero perdió sus bagajes, dos piezas de campaña y cerca de doscientos hombres entre muertos y heridos. El intrépido jefe de batallón Romfort rompió por entre las líneas enemigas y vino a reunirse con el general, quien después de haber hecho sufrir a Villacampa una pérdida considerable logró conducir su columna a Requena". (Tomo 3º Cap. 16, § 14). Se ve que en la descripción de esta acción, aunque lacónico, quiso ser algo más franco que en lo de Ateca y Pozondón, que hería más de cerca su amor propio. Le faltó, sin embargo, exactitud en la pérdida de muertos y heridos, y omitió los prisioneros. El gobierno concedió por esta victoria al general Villacampa y al capitán Jerome la cruz laureada de San Fernando, y a su tropa una cruz de distinción.



suelto a defender sus trojes a todo trance, hizo venir a esta ciudad la artillería cogida en Utiel. Llegó a ella el trece de diciembre; habiendo empero los franceses desistido de su empeño, la mandó retirar, y continuó observando sus movimientos dirigiéndose a Calatayud, donde se hallaba el general Sarfield con algunas tropas que había traído de Cataluña. Unidas unas y otras, marcharon al Campo de Cariñena, donde Villacampa y Severoli, que nunca se perdieron de vista, tuvieron la política de no incomodarse en algunos días, hasta que, habiendo sido reforzado Villacampa con la división Durán y regimiento de Cariñena, bloqueó La Almunia, y dio principio a una mina con el intento de volar la casa fuerte guarnicionada por el enemigo. Severoli vino en su auxilio, y nuestro general obró, no sé por qué motivo, con tal circunspección, que se retiró sin comprometer una acción que ofrecía a su favor muchas posibilidades de buen éxito. Durán marchó hacia Tarragona, Sarfield a Calatayud, y Villacampa desfiló por el Bajo Aragón e inmediaciones de Cataluña al reino de Valencia. En estas excursiones se cogió un correo dirigido a Suchet, entre cuya correspondencia se halló un imperceptible papel con estas solas palabras: "Horroroso suceso el de Moscow", cuyo enigmático sentido nos descubrió después el tiempo, cuando se supieron detenidamente los pormenores de esta campaña desastrosa para Napoleón, que perdió en ella el más grandioso y brillante ejército que alcanzaran a ver los tiempos modernos.

La gloria de este guerrero decaía visiblemente; a un infortunio sucedía otro mayor; y las armas de los aliados obtenían por doquiera los más completos triunfos; y la situación de sus ejércitos en la península lo evidenciaba claramente. Villacampa reforzaba su división con nuevos reclutas, y los ejercitó por espacio de tres meses en los cantones de Aras y Titaguas. El conde Suchet meditaba su retirada a Cataluña, y nuestro general, que espiaba de cerca sus maniobras, avanzó a Villar del Arzobispo, y fue el primero en ocupar Valencia el día seis de julio de 1813, llegando todavía a picar la retaguardia del ejército francés. Iba en esta ocasión a la vanguardia el regimiento de la Princesa, compuesto en la mayor parte, como queda dicho, de jóvenes de la sierra de Albarracín. Entró por la puerta de Serranos, y volvió de este modo a reproducir los títulos con que en otras ocasiones adquirieran ya aquellos gloriosos timbres que esta puerta les

recuerda, por haber libertado a esta hermosa ciudad del yugo de sus opresores. A los tres días dejó Villacampa la ciudad para que la ocupase el ejército inglés mandado por lord Wentinch, y pasó a Liria y a Segorbe, donde fue extraordinario el júbilo con que nos recibieron sus habitantes, erigiendo arcos triunfales y haciendo otras sinceras demostraciones de entusiasmo que duraron cinco días, al cabo de los cuales nos dirigimos a Cataluña.

Nuestro movimiento fue tan pausado que llegamos el veintiocho a las márgenes del Ebro, y situados en Amposta, protegimos el paso de las tropas. Hallábame un día inmediato al embarcadero, embelesado con el encantador espectáculo que ofrecía a mi vista el ejército inglés acampado en una extensa llanura al opuesto del río; al reflejo del sol brillaban extraordinariamente las lucidas armas; el uniforme encarnado de sus soldados avivaba el fuego de aquel bélico aparato, y el regimiento de caballería Dragones de la muerte, vestido de negro y colocado en el centro, parecía un emblema del luto y una imagen del terror y desolación con que el dios de la guerra llena las campiñas en que ejerce su malhadado influjo. Estaba casi fuera de mí cuando repentinamente me sentí asido de los hombros por detrás, y al querer volverme me vendaron ambos ojos con las manos. Creí que era chanza de algún compañero; logré sin trabajo desasirme, y me encuentro con un inglés como una loma. Mirábalo yo de hito en hito, y quería reconocer sus facciones. Él se reía a carcajada tendida, y por último exclamó...

- ¡Ah! ¡Que tú ya no reconocer a Domingo!- Era el asistente del capitán Scotti.

- ¿Cómo, pues, así?- le dije.

- ¡Oh, Señor! -me contestó- el trato de prisionero de guerra es muy cruel, y me ha precisado a tomar de nuevo las armas.

- ¿Y el amo?- le pregunté.

- Es un oficial de honor y sigue con resignación la suerte que le ha cabido... Pero yo..., antes italiano..., después piamontés..., luego francés..., ahora inglés... y soldado toda la vida.-

Diome noticias circunstanciadas del capitán Scotti y de sus compañeros de infortunio; recordamos los trabajos y ocurrencias de

nuestra expedición; sonaron cajas y clarines en el campo; óyese el estampido del cañón en la plaza; correspondióle en sentido amenazador la escuadra inglesa surta a las bocas del Ebro, y entre este militar y estruendo nos dimos un a Dios que fue regularmente el postrero.

Verificado el paso del Ebro por las tropas, en la noche del cuatro de agosto salió de Amposta la división, y por los mismos arrabales de Tortosa llegó a Cherta a la madrugada del cinco. Los pocos franceses que guarnecían el pueblo se embarcaron apresuradamente y se refugiaron a la plaza. Gobernador de ella era Robert, que cerciorado por sus espías de que Amposta quedaba desguarnecido por algunas horas, aprovechó los momentos para incendiar los pontones que habían servido para el paso del ejército. Retrocedió sin dilación a Cherta, y armó con nuestras avanzadas un sostenido fuego de guerrillas que duró todo el día, e iba sucesivamente creciendo al paso que la noche se aproximaba, por lo que el general hizo tomar posición a sus tropas en las alturas cercanas a Cherta, camino del Pradeconte. Una respetable columna enemiga vino a las manos con el batallón de Voluntarios, que rechazó su ataque con denuedo. Los albarracinenses Carlos Alba, sargento de éste, Manuel Rivera, que lo era de Princesa, salieron heridos en esta ocasión. La artillería enemiga cañoneó, aunque sin causar notable daño a nuestras columnas hasta las diez de la noche en que cesó el fuego, replegándose aquellos a la plaza, y nosotros a Pradeconte. Sucesivamente fueron aproximándose las tropas, con las cuales se bloqueó aquélla completamente, ocupando nuestra división a Cherta y Adobes, entre cuyos dos pueblos construyó una línea de defensa bastante fuerte, guarnecida de artillería. Hubo encuentros bien frecuentes entre sitiados y sitiadores; sería empero empresa hartó prolija detenernos en su narración, y dejamos de hacerlo porque no dicen a nuestro intento. Villacampa fue nombrado algún tiempo después capitán general de Castilla la Nueva; y los regimientos de Soria y Princesa destinados a la guarnición de Madrid, a donde uno en pos de otro llegaron a principios de 1814, cuando poco antes fijara allí su residencia el gobierno, pues los gloriosos triunfos que por todas partes consiguieran nuestras tropas ofrecían ya al efecto la competente seguridad. Con arreglo a los decretos de las Cortes se instaló un Consejo de Guerra

de oficiales generales para entender en las causas de infidencia contra la patria, y de él fui nombrado secretario, cuyo destino desempeñé los cinco años siguientes y consecutivos, hasta que agraciado con mi nuevo empleo me separé del servicio militar para consagrarme al de la Iglesia.



## CAPÍTULO XXXVI



arrojadas ignominiosamente de la península las águilas francesas, todos sus esfuerzos fueron impotentes para detener en las cumbres del Pirineo al ejército anglo-hispano, que tremolando sus victoriosos estandartes en el territorio sagrado del Imperio, avanzó hasta Burdeos. Al mismo tiempo los ejércitos aliados del norte ocuparon París, y vengaron a las capitales de Europa de la humillación que habían sufrido recibiendo la ley dictada por el capricho del usurpador. ¡Loor eterno a los augustos soberanos, valerosos caudillos y aguerridas huestes que derrotaron al coloso y lograron reestablecer en la capital del orbe cristiano la silla del vicario de Jesucristo y la excelsa casa de Borbón en los más floridos tronos de Europa, que por tantos siglos habían ocupado! Libre ya la familia real de España del cautiverio en que yaciera sumergida, pisó por fin el territorio de sus dominios el veinticuatro de marzo. En breve se extendió tan plausible nueva por toda la nación, y sus habitantes rebosaron de júbilo al ver en su seno al deseado Fernando, objeto de todos sus afanes. Antes de dirigirse a la capital, quiso nuestro católico monarca contemplar los esfuerzos del patriotismo y tesón aragoneses, y en unión de los compañeros de infortunio, los infantes don Antonio, su tío, y don Carlos, su hermano, pasó a Zaragoza, donde todos tres, después de dar gracias a María Santísima

del Pilar por los beneficios y protección que les dispensara, pagaron con lágrimas de admiración y reconocimiento los heroicos hechos de que era irrefragable testimonio aquel montón de escombros. Pasados algunos días se dirigieron a Valencia por vía de Teruel, a donde llegaron el trece de abril. Fueron a felicitarlos seis dignidades y canónigos de Albarracín, y se unieron al cabildo de Teruel, procediendo en todo con la buena armonía que ha reinado siempre entre ambas corporaciones. El deán de Albarracín ocupó el segundo lugar, detrás del obispo de Teruel, al recibir y besar la mano de su majestad, y cuando le plugo trasladarse a la catedral a dar gracias al Todopoderoso, llevaron el palio las dignidades y canónigos de ambas iglesias, habiendo merecido el deán de Albarracín el alto honor de que se le diera la primera vara. El mismo miramiento se le dispensó en los demás actos que tuvieron lugar en los regocijos públicos con que se solemnizó tan fausto acontecimiento, y por parte del cabildo no omitió diligencia alguna para corresponder a tanta fineza; franqueando todos los tapices, damascos, doseles y colgaduras de la iglesia, que contribuyeron en gran manera al lucimiento y adorno de la carrera que llevaron su majestad y altezas,<sup>390</sup> a quienes en un vistoso carro triunfal se ofrecieron alegorías harto expresivas para significarles cuanto grato sería a la nación el que se acomodasen al sistema constitucional que entonces tenía, y contra el cual se descubrían ya conatos encaminados a derrocarlo, y que produjeron poco después el apetecido efecto.

Desde Teruel se trasladaron las reales personas a Valencia, en cuya ciudad recibió el monarca multitud de representaciones en las que corporaciones y personas más respetables y hasta sesenta y ocho diputados de las mismas Cortes le suplicaban usase de su soberanía y absoluta autoridad para lograr cicatrizar las profundas llagas que la desastrosa guerra de tantos años, y las innovaciones introducidas durante ella habían causado a la nación. Movido de estas consideraciones, el día cuatro de mayo expidió un decreto anulando la constitución y demás actos de Cortes depresivas de sus reales derechos y prerrogativas. Recibió después de parte del general en jefe del segundo ejército, don Francisco Javier Elío, tales pruebas de adhesión

390 Libro 3º de resoluciones capitulares, fol. 368.



a su real persona, que mandó formar de las compañías de preferencia de las tropas de su mando, una columna de honor, con la cual se dirigió a la Corte, donde hizo su entrada pública el día trece de mayo, en medio de tan cordiales aclamaciones, tales y tantos regocijos, que logramos ver reproducidas en esta ocasión las magníficas pompas triunfales de la antigua Roma.<sup>391</sup>

La primera solicitud del paternal corazón del soberano fue procurar por todos los medios la felicidad de los pueblos que el cielo le confiara, y volviendo sus ojos a las vastas posesiones de América, despedazadas por la anarquía, dispuso el armamento y equipo de una brillante expedición, que a las órdenes de don Pablo Morillo, se hizo a la vela el dieciocho de febrero de 1815 del puerto de Cádiz para Costa firme.<sup>392</sup> Marcharon en ellas algunos voluntarios de Albarracín y su tierra. El subteniente Cristóbal Domingo, de Jabaloyas, que hizo la guerra con honor mientras se pudieron sostener aquellos estados, y regresando después a la península los continuó en ella, obteniendo en recompensa el empleo de coronel. El cadete de Pozondón Valero, que murió de capitán; y de Albarracín los sargentos Jordán, Moreno y Gregorio Marconel, logrando este último ascender a los primeros empleos de la milicia por sus relevantes servicios, sin que a punto fijo me haya sido dado indagar su paradero, ni si sobre el grado de brigadier, con que nos le han hecho conocer datos oficiales, obtuvo después superior ascenso.

El rey y el infante don Carlos contrajeron su enlace con doña Isabel de Braganza y doña María Francisca de Asís, su hermana, el veintiocho de septiembre de 1816. Al día siguiente se hizo la augusta ceremonia de las velaciones en la Iglesia de San Francisco el Grande, a cuyo acto se halló presente, entre otros prelados y magnates, el ilustrísimo señor don Carlos García Palomares, que poco tiempo antes fuera consagrado obispo de Albarracín.<sup>393</sup>

391 Alvarado, *Elementos de la Historia de España. Reinado de Fernando VII. Época novena*, fol. 411 y siguientes.

392 Id. Id. id, fol. 426.

393 *Gaceta extraordinaria de Madrid* de 29 de septiembre de 1816.

Entre tanto se trabajaba incesantemente para que las nuevas doctrinas volviesen a recuperar el terreno que habían perdido. Sus tentativas, por largo tiempo inútiles, se estrellaron en la vigilancia de las autoridades. Espoz y Mina vio frustrado su plan de tomar por escalada la ciudadela de Pamplona. No tuvieron mejor éxito las sublevaciones de Porlier en Galicia, de Laci en Cataluña, de Vidal en Valencia, ni el atroz proyecto de Richard y cómplices en Madrid, de querer atentar contra la sagrada persona del rey. Todos estos planes, al parecer aislados, estaban muy enlazados entre sí, pues mi destino de secretario del Consejo de Generales, que continuaba desempeñando en el año 1817 de que al presente nos ocupamos, me hizo adquirir tan exactos conocimientos de los planes y proyectos revolucionarios, que creo ser el único que pudiera haberse ocupado con acierto de ilustrar esta parte de nuestra historia si cuadrase al objeto que me he propuesto para la presente, pues que ya no existe el que en ello me aventajaba, y era el coronel fiscal don Luis García, a cuyo cargo estuvo el desempeño de tan arduos negocios. En ellos tuvieron también una no pequeña parte, pues a juicio de tan prudente juez, llegué a soportar en algunas ocasiones un trabajo tan extraordinario que rayaba, al parecer, en lo imposible. El fiscal propuso entonces ciertas medidas de precaución que, sin ser violentas, hubieran libertado a la nación de sacudimientos y trastornos, fueron empero rechazadas por extraordinarias y atentatorias a los derechos individuales, en transgresión con la ley, por cuya delicadeza vino después a verse en peligro la primera y fundamental de todas, que es la salvación del estado. "*Salus populi suprema lex est*".

En medio de tantos disgustos tuvo el rey otro mayor con la prematura muerte de su esposa, que falleció de alferecía el veintiséis de diciembre de 1818, y lo mismo el feto de una niña, que se le extrajo de sus entrañas por medio de una operación cesárea;<sup>394</sup> viniendo después a acrecentar tanto dolor la infausta nueva de la muerte de los reyes padres, acaecida en muy corto intervalo. El cabildo, ciudad y comunidad de Albarracín hicieron unidos las exequias debidas a tan augustos personajes en los días seis y siete de febrero del año inmediato 1819, y en el primero de ellos dijo el elogio fú-

394 Gaceta extraordinaria de Madrid de 27 de diciembre de 1818.

nebre de la reina doña María Isabel de Braganza el doctoral don Juan Pérez de Allue, que se dio después a la prensa. Solícito el monarca por procurar la sucesión directa de su trono, contrajo nuevo enlace con doña María Josefa Amalia de Sajonia, que entró en Madrid el veinticuatro de octubre. Por tan plausible acontecimiento, y en premio de mis cortos servicios, fui agraciado entonces con una canonjía de la santa iglesia catedral de la ciudad de Albarracín, mi amada patria, prefiriendo en ello dar esta completa satisfacción a mis amadísimos padres, a obtener en Córdoba o Granada otra prebenda mucho más pingüe, y que hubiera logrado entonces sin dificultad alguna.

Entre tanto se fraguaban por las sociedades secretas nuevos planes de subversión. El fuego atizado por el oro americano cebaba ya en el ejército expedicionario de la isla de San Fernando, cuando llegó a oídos del gobierno la circunstanciada noticia de los sujetos que entraban en la conjuración. Perplejo e indeciso se hallaba el Consejo de Ministros sobre el partido que debía abrazar en negocio de tanta trascendencia, cuando al de la Guerra se le ocurrió la feliz idea de consultar al fiscal García, a quien siempre recurría en los mayores apuros. No fue defraudado en su confianza, pues los grandes hombres salen siempre de las situaciones más críticas y cumplidas por los medios más fáciles y sencillos. García aconsejó al ministro que, ocultando parte del proyecto, se pasase a arrestar a los jefes y masas más comprometidos, y así lo hicieron aquellos mismos que eran el primer móvil de la asonada, quedando satisfechos y pagados del servicio que prestaran, y persuadidos que no se había traslucido su complicidad. Conseguido este objetivo, propuso García que hasta la hora crítica del embarque, se diseminasen las tropas por las poblaciones de Andalucía para entorpecer la confabulación y apartar de su vista la escuadra, piedra de toque con que fácilmente se conseguiría seducir de nuevo al soldado. La calma aparente que había sobrevenido hizo que no se llevase a cabo este pensamiento en toda su extensión, y el suceso justificó los presentimientos de aquel gran político, pues el día primero de enero de 1820 una parte del ejército acantonado en la ciudad de San Fernando se sublevó contra el régimen y orden de cosas entonces existente, proclamando al efecto la abolida constitución del año doce. Sin embargo, las tropas de Cádiz

se mantuvieron fieles y adictas al soberano, rechazando los ataques de los constitucionales, y se vio por primera vez, con acerbo dolor, herirse mutuamente como encarnizados enemigos aquellos mismos que siendo hijos de una misma patria debieran juntos haber esgrimido las armas en su defensa. Justo será recordar que presentándose delante de Cádiz una cañonera con algunos soldados sublevados, mi primo Lorenzo Domingo, sargento segundo que era del regimiento de Valençay, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar en el curso de esta historia, y de quien volveremos a ocuparnos más adelante, hallándose entonces a bordo del navío *Numancia*, les salió al encuentro acompañado de algunos leales a una insinuación del jefe de la escuadra, y sin disparar un tiro abordaron y rindieron a la contraria a la voz de “Viva el rey”. Este suceso, al parecer insignificante, reanimó el abatido espíritu de la escuadra, que se hallaba casi amilanada; se hizo por toda ella el justo encomio de aquella proeza, por la que se elevó a su majestad la propuesta de subteniente para el sargento Domingo, y de otras recompensas para sus subordinados, que quedaron no obstante sin efecto por haber cambiado las circunstancias en demérito de la acción que pocos días antes fuera tan aplaudida. ¡Tales son las vicisitudes de las cosas humanas, principalmente en tiempos de revueltas!

## CAPÍTULO XXXVII

---



El fuego de la insurrección que se inflamaba en la isla iba por falta de pábulo extinguiéndose en su mismo foco; la columna volante que al mando de don Rafael de Riego había salido a entusiasmar las Andalucías estaba ya disuelta,<sup>395</sup> cuando el pronunciamiento simultáneo de algunas otras tropas y de varias ciudades a favor del nuevo orden de cosas, y la agitación que reinaba en la misma Corte decidieron por fin al rey Fernando a abrazar el sistema constitucional el día siete de marzo. En ninguna nación, a decir verdad, puede efectuarse un cambio total de gobierno de un modo más satisfactorio y pacífico, y el pueblo español mostró su sensatez marchando sumiso por la nueva senda que el monarca le trazara en su paternal y célebre manifiesto de diez del mismo mes.<sup>396</sup>

Convocadas las Cortes Generales de la nación, y elegidos por las provincias los diputados que debían representarlas, dieron principio a sus tareas parlamentarias el día nueve de julio. En esta asamblea tomó asiento en calidad de diputado por Aragón don Juan Romero Alpuente, natural de Valdecuenca, pueblo de la diócesis de Albarra-

395 Véase la memoria que de dicha expedición publicó dicho jefe y se imprimió en Madrid, imprenta de Collado, en el mismo año.

396 *Gaceta extraordinaria* del 12 de marzo de 1820.

cín, hombre original y cuya celebridad nos empeña ahora en hacer de él una reseña biográfica. Nació este esclarecido patricio el doce de marzo de 1762, y decidido a seguir la carrera de las leyes, cursó algunos años en Alcalá de Henares. Graduado doctor en derecho civil en la Universidad de Valencia el veinte de mayo de 1783, se presentó en enero del 1785 a hacer oposición a la canonjía doctoral de la catedral de Albarracín. Estaba tonsurado, y aunque no tenía la edad competente, el cabildo le dispensó y habilitó para el puro efecto de poder ejercitar.<sup>397</sup> Pasó después a Zaragoza, en cuya Universidad fue doctor en leyes. Nombrado fiscal de la Audiencia de Valencia, se opuso con la fortaleza que formaba su carácter a varias providencias del capitán general, por juzgarlas arbitrarias, con cuyo motivo fue preso en aquella ciudad. Disipada esta nube obtuvo plaza de oidor, y después de gobernador de la sala del crimen de la chancillería de Granada, donde no tardó en concentrarse con el regente de la misma y el capitán general de la provincia, por cuya causa fueron todos removidos de sus destinos. Romero Alpuente debía pasar a la Audiencia de Canarias, empero las extraordinarias circunstancias ocurridas con motivos de la invasión francesa hicieron que este viaje no tuviese efecto. Quedose pues en España, y vuelto a su país fue nombrado presidente de la junta instaurada en la ciudad de Teruel, desde donde se trasladó a la Andalucía, y asociado al gobierno, intentó probar con un escrito que todas las desdichas que aquejaban a las tropas nacionales eran hijas del poco acierto que presidía a las disposiciones de la Suprema Junta Central, de cuyas resultas fue puesto en una prisión, en la cual escribió un opúsculo titulado *“El grito de la razón”*. Los franceses ocuparon las Andalucías, y Romero, so color de someterse al gobierno intruso, desempeñó el peligroso papel de espía, hasta tanto que descubiertos sus designios tuvo precisión de evitar su desgracia por medio de la fuga. Los enemigos destacados en su persecución, desesperados de no haberlo podido alcanzar, llevaron el exceso de su rabia hasta quemar su estatua en la plaza de Sevilla. Después de los peligros consiguientes a una situación tan crítica pudo entrar en Cádiz, y en el tiempo que allí permaneció escribió un folleto bajo el título de *Wellington en España*

397 Libro 9 de resoluciones capitulares del cabildo de Albarracín, fol. 17.

y *Ballesteros en Ceuta*. Concluida la guerra permaneció algún tiempo en Madrid por medio de mil ardides y estratagemas, y removido su amigo Ballesteros del ministerio, fue aquél confinado a Murcia, y poco después trasladado a las cárceles de la Inquisición, por suponersele iniciado en los arcanos más recónditos de alguna sociedad secreta implicada en negocios políticos y proyectos de innovación. Su majestad le confirió una plaza en la Audiencia Territorial de Castilla la Nueva, y la provincia de Aragón lo eligió por su representante en el Congreso Nacional. En este último destino es donde el señor Romero Alpuente desplegó todo el lleno de su patriotismo; los diarios de Cortes de las legislaturas de 1820 y 1821 están llenos de sus discursos; en ellos, cuando no una pomposa y estudiada elocuencia, se veía brillar toda la expresión, toda la grandeza de un alma libre. Allí ostentó aquella original elocuencia que le era peculiar y característica. Con la misma imperturbabilidad combatía los principios antiguos y los argumentos con que sus sostenedores querían disfrazar los abusos que la hipocresía introdujera, como las erróneas o interesadas opiniones de algunos llamados liberales, sostenidas o apoyadas en elocuentes disertaciones, periodos pulidos y frases almibaradas. Su estilo, unas veces nervioso y elevado, bajaba otras hasta el punto de ser familiar y aún trivial, pero esta misma naturalidad y desaliño lo hacía insinuarse más en el ánimo de sus oyentes que todos, en sentir de anónimo que extractamos, decían: “Romero Alpuente tiene razón”. El irlandés O’Connell es, a mi modo de ver, el orador que más puntos de contacto presenta con nuestro compatriota, y uno y otro hubieran, en los tiempos de la República romana, desempeñado a las mil maravillas el honorífico destino de tribunos de la plebe. Tal era la influencia que sobre ella tenía, que las anchas calles de Madrid se vieron obstruidas por la multitud el día en que, alistado en la milicia nacional y destinado a la compañía de granaderos del primer batallón, concurrió el año 1822 a hacer guardia a la puerta del Congreso, en que se había dejado oír su voz en las dos anteriores legislaturas, defendiendo siempre las públicas libertades. El entusiasmo llegó hasta el punto de dar a la luz pública un folleto en que se compendió su biografía, precedida de su retrato, de que es imperfecta muestra la que acompaña, porque a más no alcanzan mis adelantos en la materia en calidad de pobre y corto aficionado. El



anónimo que continuamos analizando bosqueja así a Romero Alpuente: “su figura es singular; parece que la Providencia se complació en formar el contraste de la hermosura con la fealdad, y concediendo la primera al alma, dispuso que la segunda presidiese el cuerpo, de suerte que de nadie se puede decir mejor que es “un alma mal alojada”. La hermosura empero de ella ha destruido los caprichos de la naturaleza, y ha hecho interesante aún su misma fealdad”.<sup>398</sup>

Otro célebre escritor anónimo, que en dos pinceladas, imitando a Goya, como él mismo dijo, nos presentó las condiciones y semblanzas de los diputados de estas dos legislaturas, nos describe a nuestro paisano por estas palabras: “Romero Alpuente. Alto, seco, frío y feamente feo. Pero siempre sereno y siempre imperturbable; habla de todos los asuntos; habla sobre cualquier punto; habla desde la tribuna; habla colgado de ella; habla de cualquier modo, y tan fresco se queda de una manera como de otra. Ministro de justicia, se conoce que la ama sedientamente, pero también debe amarse al pueblo más que al aura popular. Es piedra de toque de todas las discusiones, pues al punto que en ellas se oye el metal de su voz no hay nadie que no distinga si se ensaya oro, plata o arsénico. Tiene sus ciertos rasgos de originalidad, y sería con el tiempo un mediano orador con solo que se le mudase la figura, con que no bajase tanto el estilo, y guardarse constante decoro. Gasta gorro y anteojos de hierro, mas sólo por ceremonia, o por el bien parecer, pues por el un lado no los necesita, y por el otro no los quiere necesitar”.<sup>399</sup>

Empero por atrevidas que parezcan estas pinceladas, jamás igualarán en expresión y viveza de colorido al retrato que de sí mismo hizo en un solo chafarrinado. Acabadas que fueron las sesiones de las dos legislaturas, vino a Teruel a visitar a un su hermano, chantre que era de aquella catedral, cuya dignidad ridiculizó no mucho tiempo después en uno de sus folletos, para recompensar sin duda el agasajo y favores que siempre le debió. Desde Teruel pasó a Valdecuenca, su patria. Paseábase una tarde solo y tan preocupado, que no advirtió una reunión de los sujetos más visibles del pueblo, que saliendo con

398 *Idea ligera de la vida y carácter del ciudadano Romero Alpuente*. Madrid. Imprenta de Don Mariano Álvarez, año 1822.

399 *Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes para la legislatura de los años 1820 y 21*.

el mismo objeto, habiéndole divisado, le llamaban con desaforados gritos. Vuelto en sí, y hostigado por sus paisanos para que les dijera, si se podía, en qué pensaba, les contestó: "Acá para mis adentros me entretenía en sentar algunas bases para plantear una revolución perpetua". ¡Vaya un pensamiento filantrópico!

De regreso a Madrid, quiso sin duda hacer un ligero ensayo de sus proyectos, y para ello escribió un opúsculo titulado *Discurso sobre la Suprema Junta Central de Conspiradores*, que fue terriblemente combatido en algunos de sus más principales puntos por el mesurado y científico periódico que entonces se publicaba titulado "El Censor".<sup>400</sup> Hasta fuera de España llamaron muy particularmente la atención de los gobiernos las máximas disolventes que en él se proclamaban, y el célebre ministro de estado de Luis XVIII, el vizconde de Chateaubriand, se explicó sobre el asunto en cuestión con estas palabras: "El partido exaltado se hacía notable por la descompostura de su lenguaje: Alpuente publicó un libelo en que pretendía denunciar una trama urdida dentro y fuera de España contra la libertad. No nombraba a Fernando VII y a don Carlos, pero bien claramente los señalaba. Pedíase la sangre de 15.000 habitantes de Madrid: Alpuente era el busto de yeso de Marat".<sup>401</sup> Lo cierto es que enardecidos los ánimos y exaltado el populacho con estas especies y otras análogas que incesantemente se le repetían, se dirigió en masa a la cárcel de la corona el día cuatro de mayo de 1821, y en ella asesinó vil y cobardemente al presbítero don Matías Vinuesa, a quien se suponía complicado en la trama, y quien sin embargo había absuelto el tribunal competente de la pena ordinaria, por no hallar pruebas bastantes a condenarlo. El rey mismo temió en aquella tarde por su vida, que consideró amenazada por la furibunda caterva de sicarios, y arengó en persona a la guardia. Las mismas Cortes se estremecieron de este atentado inaudito, contra el cual declamaron enérgicamente varios diputados, pero el crimen quedó impune y sus perpetradores ufanos y dispuestos a hacer otro tanto con quien se les antojase.

400 *El Censor*, núm. 65.

401 *El Congreso de Verona*, por el vizconde Chateaubriand. Traducido al castellano por don Cayetano Cortés, tomo 1º, § 10. Impresión de Madrid, 1839.

Repitiéronse de nuevo otras asonadas, siendo entre ellas la más notable la que se verificó en la tarde del dieciocho de septiembre, en que se paseó en triunfo el retrato de Riego por todas las calles de Madrid, hasta tanto que la guardia nacional, mandada por el jefe político San Martín, dio fin a la farsa arrancándolo de sus manos. Continuaron sin embargo los desafueros; el rey se veía privado hasta de los derechos que le señalaba la Constitución; las tropelías eran sin número, y multiplicadas las expatriaciones de las personas más respetables. Se oían a cada paso canciones indecentes y chocarreras; algunos periódicos, olvidando su honrosa misión, sólo contenían artículos inmorales y subversivos. Gran parte de la nación, aterrada de ver a sus plantas abierto un profundo abismo, quiso tomar por áncora de salvación el trono, y varias partidas de facciosos (voz sinónima de realistas en aquella época) dieron principio a una civil, sangrienta y obstinada lucha contra los constitucionales. En la misma Corte se notaron síntomas de efervescencia. El día treinta de junio de 1822, en que su majestad cerró las Cortes, al retirarse a su palacio, por medio de las tropas que cubrían la carrera y principalmente en los regimientos de su guardia se oyeron las voces de "*Viva el rey absoluto, muera la Constitución*". Don Mamerto Landaburu, oficial de guardias, que reprendió a sus subordinados aquellas palabras al retirarse de la formación, fue perseguido y muerto por ellos, sin que le valiera de asilo el Real Alcázar, a que se acogiera, y que nunca, hasta aquella fatal época, se viera profanado por un asesinato. Madrid desde este momento se puso a la expectación de graves acontecimientos; sus presentimientos no fueron defraudados; en la madrugada del dos de julio dos regimientos de la guardia dejaron secretamente sus cuarteles, y conducidos por sus jefes acamparon en el bosque del El Pardo. El gobierno constitucional conoce el inminente peligro de que se ve amenazado, y se dispone, en caso de ataque, a repeler la fuerza con la fuerza; toma la milicia nacional por centro de sus operaciones la plaza mayor, situando artillería para defender sus avenidas. Al alborear el día siete se verifica la invasión con el mayor silencio, y el horroroso estruendo del cañón dio la señal de alarma a los pacíficos habitantes. Los guardias acometieron por dos veces denodadamente la plaza mayor, y ambas fueron con vigor rechazados. Frustrado su plan se replegaron a la plazuela de Palacio, donde se

mantuvieron pasivos hasta las cuatro de la tarde, en que se pronunciaron en retirada, siendo tenazmente hostigados en ella por la milicia nacional y tropas de la guarnición, que hicieron en ellos un estrago horroroso, dispersándose algunos, y quedando los restantes prisioneros.<sup>402</sup> Entre ellos se contaba al oficial don Miguel Navarro de Arzuriaga, natural de Albarracín. Su compañero de armas don Teodoro Goifien había subido al cadalso por la parte que se le probó haber tenido en la muerte de Landaburu y sublevación de los batallones. La causa formada a los demás oficiales seguía los trámites legales, y para mitigar algún tanto a Navarro su penosa situación, marchó a la corte su hermano don José, acompañado de su primo el teniente coronel don José Asensio de Ocón. Pasado algún tiempo salió este último para París con instrucciones secretas de su majestad, a fin de activar el deseado momento de poner término a tantas ansiedades. Puesto de acuerdo Luis XVIII con los soberanos del norte, acercó a las fronteras un ejército de observación y auxilió los esfuerzos de los realistas, que organizaron su gobierno de Regencia y fueron regularizando y aumentando sus partidas.

El regimiento provincial de Sigüenza, que secundando el plan de los cuerpos de guardia se había armado y proclamado en aquella ciudad al rey absoluto, frustrado el proyecto de la Corte, se vio perseguido por el general Espinosa, y se retiró a Molina de Aragón, donde lo sorprendió la sección de la milicia activa de Soria, mandada por don José María Araujo, que le tomó los equipajes, la caja militar y algunos prisioneros. Los que lograron salvarse de la refriega marcharon hacia Alustante, y de allí al río de Cella, en cuyos pueblos permanecieron algunos días recogiendo los caballos que juzgaron a propósito para sustituir en hora para ellos menguada un arma por otra, pues bien pronto fue su perdición. Entre tanto la ciudad de Albarracín, tachada de adhesión al rey, hizo una noche de demostraciones de júbilo por la derrota de los guardias para desarmar por este medio la prevención con que la miraban algunas tropas y las autoridades superiores de la provincia. El veintinueve de julio Joaquín García, alias Vomitapán, vecino de ésta, salió al encuentro de los señores don José Puerto y don José Barberá, del comercio de la

402 Alvarado, *Historia general de España*, desde el folio 430 al 43. Extracto de sus elementos.

misma; les tomó los caballos y marchó con ellos a incorporarse en la facción. El día primero de agosto, a las once de la mañana, volvió con diez caballos, y entrando en la plaza a la voz de "*Viva el rey*", hizo pedazos la lápida constitucional, que era de jaspe negro de Rillo con letras de oro, y tan bonita que cuantos forasteros la vieron le dieron la preferencia sobre todas cuantas conocían. A este primer paso se siguieron otros atentados, emprendiendo a tiros algunas puertas, y robando, según se dijo, al señor chantre don Antonio la Cerda, anciano respetable y noble caballero, quien no debía más que favores, cinco mil duros, que se apropió en casi su totalidad, dando a sus compañeros muy corta parte en el botín. Hecha la paz, volvió muy ufano a Albarracín a hacer el hombre en las fiestas del Cristo, mas le salió mal su necio proceder, pues aprisionado por la autoridad, y con formación de causa, se le probaron éste y otros crímenes que lo condujeron al suplicio. Por la tarde de aquel día en que se ejecutó la hazaña que dejamos descrita, se marchó con sus colegas, entre tres y cuatro de la tarde, por el camino de la Vega. El capitán don Clemente Laconcha, que con cuarenta soldados de Gerona venía de Torres, persuadido sin duda por algún mal informe de la cooperación de los ciudadanos en aquel atentado, llegó a la ermita del Carmen, hizo alto, y cerciorado de la salida de los facciosos de la ciudad, descendió aceleradamente a ella, y calando bayoneta su tropa al llegar a la puerta de Molina, entraron hasta la plaza a paso de carga, e hicieron fuego sobre los pacíficos habitantes que salieron al encuentro. Éstos, sin recibir afortunadamente lesión alguna, huyeron despavoridos en todas direcciones. Joaquín Garcés corre por el Toril hacia el Rastro, síguele de cerca un soldado, y asestándole el fusil lo hiere gravemente en un brazo. Los vecinos empiezan a dar muestras, harto significativas, de su desagrado; las autoridades calman su efervescencia, echan en cara a dicho jefe su tropelía, manifestándole la dirección que tomaran los enemigos en quienes debía descargar su furia; hizo ademán de seguirlos, mas llegando a Valdevécar cambió de dirección y se volvió otra vez a Torres. ¡Grande hazaña!

Ocho días después de esta ocurrencia entraron en Albarracín los provinciales de Sigüenza; pasaron en la ciudad todo el día, destruyeron la lápida constitucional que provisionalmente habían colocado en madera, imitando a la anterior, recogieron algunos caballos, y se

marcharon a hacer noche a las masadas de los Pajares ¡Qué sitio para maniobrar la caballería! El desierto parece que presidía a todas sus operaciones. Continuaron su marcha a Terriente, y de allí a Salvacañete, en cuya vega los alcanzó y acuchilló una columna constitucional de caballería mandada por el capitán Clavería. Allí murió matando el capitán realista Morillejo; otros muchos tuvieron igual suerte; quedaron varios prisioneros, y los restantes se dispersaron en varias direcciones. Tal fue el fatal desenlace del pronunciamiento de los realistas de Sigüenza.

Reemplazada en Albarracín la segunda lápida por otra provisional igual a la anterior, tuvo la misma suerte que aquellas. Una partida de facciosos mandada por Otonín la hizo pedazos, y casi todas las de la sierra cayeron al impulso de sus soldados. Fijó su residencia en Noguera; desde donde hizo algunas incursiones a esta ciudad, en que fueron molestadas algunas personas respetables, hasta tanto que salieron en su persecución los nacionales voluntarios y una partida del infante don Antonio, mandada por el teniente don José Trillo, oficial digno de todo aprecio. Lograron alcanzarlos en Bronchales, donde les mataron un realista valiente llamado Villacampa, hirieron algún otro, y dispersaron los restantes, con lo que quedó tranquilo todo el partido.

Volvamos ahora de nuevo la vista hacia la corte, donde nuestro insigne paisano Romero Alpuente esgrimía su satírica y mordaz pluma escribiendo un folleto contra el ministerio, al que él pintaba como incapaz de manejar las riendas del estado después de los acontecimientos del siete de julio. Su epígrafe era: “*¿Conviene el actual ministerio? Apuntes para decidir esta cuestión*”. Lo cierto es que el prestigio del ministerio desapareció, y los que le sucedieron tampoco supieron desplegar las dotes que reclamaba lo crítico de las circunstancias. Cataluña y las provincias sufrían los horrores de la guerra civil, y su fuego se había ya comunicado al Aragón, que fue declarado también en estado excepcional. Adán Trujillo, León, el Pulsador, Miralles, el Trapense, Chambó, Rambla y otros muchos guerrilleros trabajaban por todas partes con sus respectivas guerrillas a las columnas patrióticas. Empero el que a todos estos aventajó en esta especie de guerra peculiar de los españoles fue Capapé, vulgarmente



llamado el Royo de Alcañiz. El informe grupo que mandaba se fue regularizando bajo la dirección de Martínez, que adiestrado en las campañas de la Independencia y América, amaestró su infantería, quedando la caballería a cargo de Tena, que en clase de sargento primero de este arma prestó ya muy arriesgados y distinguidos servicios, ya separado, ya unido a la división Villacampa. Empero sería distraerme demasiado de mi objeto querer extenderme a referir tales sucesos, concretándome a hacerlo con uno que hace referencia a nuestra patria.

A principios de enero de 1823, unidas las facciones de Be-bieres y Capapé, avanzan hacia Castilla; penetran en la provincia de Guadalajara y amenazan Madrid. El gobierno se cree en peligro y trata de enviar fuerzas bastantes a contener y castigar tal osadía. Tres mil hombres, compuestos de infantería de línea, de la milicia nacional de Madrid y provincial de Bujalance, pertrechados de artillería y algunos caballos, a las órdenes del general don Demetrio O'Dali, parten llenos de entusiasmo a encontrar al enemigo. Éste toma posición en Brihuega y los espera; lo atacan impetuosamente y resiste con firmeza la carga; la artillería, colocada en terreno blando, se hunde hasta los cubos y no puede hacer daño alguno a los realistas. Éstos, a su vez, acometen denodadamente a los provinciales de Bujalance y milicia nacional de Madrid, que principian a desordenarse, y una segunda carga de los lanceros completa la derrota, haciéndoles huir despavoridos. Los vencedores, no obstante, fueron generosos con los vencidos y dieron libertad a los milicianos prisioneros para que marchasen a sus casas, a donde volvieron, en efecto, después de mil trabajos y miserias trayendo en pos de sí el desaliento y terror que inundó la Corte.<sup>403</sup> El gobierno reunió a toda prisa nuevas tropas, y confió su mando a manos más expertas, cual lo eran las del conde de Bisbal. Sin embargo, todavía le pararon frente a Huete y pasos del Tajo, desde el cinco al doce de febrero, hasta tanto que cargando sobre ellos fuerzas muy considerables, se dividieron a la entrada de Aragón en diferentes grupos y direcciones. Uno de ellos vino a hacer noche en Pozondón el día quince. Este pueblo ha sido en nuestros días y por dos veces teatro de aconteci-

403 Alvarado, *Elementos de la Historia de España*, fol. 453.



mientos militares, para los que parece muy poco a propósito habiendo alguna vigilancia; pero en ambas ocasiones el descuido ha ocasionado la perdición de las tropas en él alojadas. Vimos anteriormente como Villacampa sorprendió, en la guerra de la Independencia, al batallón 2º ligero de italianos. Del mismo modo pues el brigadier Torres, comandante de los nacionales, saliendo de Orihuela, cayó al amanecer del dieciséis sobre Pozondón, cercó y rindió a casi todos los realistas que lo ocupaban. Doscientos infantes y algunos caballos quedaron prisioneros; pocos se escaparon; murieron el comandante don Raimundo Monclús, natural de Calaceite, y algunos otros jefes y soldados que quisieron ponerse en defensa. Continuaron después en Aragón las cosas de la guerra con vario suceso, y la ciudad de Teruel se vio hostigada por los facciosos desde el veinticuatro hasta el treinta de marzo, en que marcharon a unir sus esfuerzos con sus compañeros de armas, que trabajaban a Valencia.

El gobierno desechaba entretanto con arrogancia las notas de los gabinetes extranjeros, aparentado tener fuerzas bastantes a rechazar la invasión. Las palabras empero no iban acordes con las obras, pues inmediatamente se trasladó a Sevilla, desde donde poco tiempo después pasó a Cádiz, en cuyo intermedio algunas escenas desagradables mortificaron algún tanto al rey, a quien aquejaba un fuerte ataque de gota. El duque de Angulema entró en Madrid el veinticuatro de mayo, y el grueso de su ejército avanzó aceleradamente sobre Cádiz. Otro cuerpo numeroso de ejército francés a las órdenes del conde Monitor seguía los pasos del general Ballesteros, que con sus grandes y bien organizadas divisiones atravesaba el Aragón, y marchando unas por Albarracín y su tierra, y otras por la carretera en dirección a Teruel, se replegaban hacia Valencia. Capapé se presentó a fines de mayo al frente de Teruel, y desde los cerros inmediatos a la carretera de Valencia lanzó algunas granadas a la ciudad, en que además de su acostumbrada guarnición se hallaba la división Valdés; en Gea la de Balanzat, y en Albarracín la de Irribarren con la columna patriótica de Zaragoza; todos, empero, se mantuvieron tranquilos, sin hacer gestión alguna para vengar el insulto. Marchó enseguida el jefe realista a encontrar al ejército de Monitor, y puesto a su vanguardia, le hizo no despreciables servicios, hasta tanto que desbaratados por todas partes los intentos de los consti-

tucionales; acosado y estrechado su gobierno en el recinto de Cádiz, y no pudiendo ya salvar a nadie, sólo pensó en salvarse a sí mismo, disolviendo las Cortes el veintisiete de septiembre y declarando al rey libre y en toda plenitud de los derechos de la soberanía.<sup>404</sup>

Al reconocer estos sucesos, se explica así un ilustrado y juicioso historiador de nuestros días: “El general Mona fue el único que en Cataluña puso algún obstáculo a la marcha triunfante del ejército invasor favorecida por los facciosos, y aplaudida en todas partes por el vulgo. Las gentes sensatas, aunque callaban según su costumbre, no llevaban a mal la destrucción de la tiranía presente, bien que los más previsores temían la futura; pero el enfermo se vuelve de un lado a otro en el lecho del dolor, no por buscar una mejor situación, sino por variar la que en la actualidad le atormenta. Tal era el estado de la desgraciada España”.<sup>405</sup> Y por cierto, que desde entonces acá los adelantos del paciente han mejorado poco su posición. Sigamos empero nuestra narración. El día primero de octubre, a las doce y veinte minutos de la mañana, desembarcaron su majestad y real familia en el puerto de Santa María, donde fue aquél recibido por su libertador y augusto primo el señor duque de Angulema, y saludado por todas las tropas de mar y tierra con los honores debidos a su rango. El trece llegó a la Corte, donde fue recibido con las más expresivas demostraciones de júbilo, en que tomaron parte los pueblos todos de la monarquía.

El rey procuró remunerar poco después a sus fieles servidores; entre ellos debe contarse el muy ilustre señor don José Asensio de Ocón, que como ya dijimos, salió para Francia con misión especial de su majestad a efecto de acelerar la entrada del ejército francés, con el cual volvió a regresar a España en calidad de coronel adicto al estado mayor de la división de don Vicente Quesada, y fue después destinado a mandar un batallón de la guardia provincial de infantería con el empleo de brigadier de los reales ejércitos. Asimismo los muy ilustres señores don Dionisio Catalán, natural de Albarracín, y don Joaquín Almazán, de Terriente, que desempeñaban antes de la re-

404 Alvarado. Elementos citados, desde el fol. 457 al 466.

405 *Historia Universal* de don Alberto de Lista. *Historia de España*, tomo 3º, cap. 59 y último.

volución honoríficos cargos de magistratura, a saber el primero el corregimiento de Cuenca, y el segundo una plaza de alcalde de casa y corte; y ambos durante ella quedaron cesantes por no ser adictos al sistema constitucional, calidad indispensable para ocupar entonces los destinos. El rey honró sus padecimientos agraciándolos con dos plazas de consejeros en el Supremo de Castilla. El segundo la disfrutó poco tiempo, pues falleció no mucho después. Dio también en primero de mayo de 1824 un decreto concediendo indulto general a todos los extraviados por delitos políticos, exceptuando sólo a los autores y jefes del movimiento, tan aplaudido cuando se efectuó, y que entonces se miraba como anatematizado.

A pesar del esmero que puso el soberano en recompensar con premios y distinciones a los realistas, no faltaron algunos que creyendo desatendidos sus méritos, o seducidos tal vez por especiosos pretextos, manifestasen síntomas de descontento. Las tropas de Capapé fueron las primeras que alzaron el grito en Teruel y otras partes, y reunidas en Zaragoza fueron desarmadas y su jefe confiado a una ciudadela. Siguió a esta tentativa otra igual de su compañero de armas don Jorge Bebieles, que saliendo de Madrid el dieciséis de agosto de 1825, quiso hacer gente en Guadalajara y Sigüenza, más aprehendido por el conde de España, fue pasado por las armas en Molina poco tiempo después. Igual suerte cupo al coronel constitucional don Pedro Fernández Bazán y los suyos en Guardamar el veintiuno de febrero de 1826. Mayor cuidado dio al gobierno la alarma casi general suscitada al año siguiente en el Principado de Cataluña, en la cual se vieron comprometidos varios jefes y distinguidos realistas, que pagaron con la vida su atentado. Empero la presencia del rey y de sus esposa calmaron en breve aquella tempestad, y para evitar el contagio visitaron las provincias limítrofes, y en todas lograron afianzar la tranquilidad. Pasaron algunos días en Zaragoza dando orden en todo, y haciendo una novena a María Santísima del Pilar, a quien pidieron con fervientes súplicas dispensase al reino su benéfica protección. Todas las corporaciones de Aragón se apresuraron a felicitar a sus majestades, y el cabildo de Albarracín dio comisión a tres individuos de su seno, que pasaron personalmente a reiterar a sus reales plantas el homenaje de su firme adhesión e inalterable fidelidad. Recibió al propio tiempo esta ciudad un nuevo

motivo de complacencia sabiendo la honorífica distinción que su majestad había dispensado a un hijo suyo, de quien como es justo, vendremos a ocuparnos un poco más adelante.

Debió también el cabildo en esta ocasión particulares muestras de benevolencia y distinción a nuestro paisano el excelentísimo señor don Francisco Tadeo Calomarde, ministro de Gracia y Justicia, que, aunque natural de Villel, traía su origen de Veguillas, pequeño pueblo de esta diócesis, no muy distante de aquél. El ministro se ofreció a interponer todo su influjo a fin de que el asunto de redotación de esta santa iglesia catedral, que entonces seguía sus trámites y presentaba un lisonjero aspecto, obtuviese pronta terminación y bien despacho, a cuyo fin ofreció interponer su poderosa mediación con el soberano. Quedó éste tan satisfecho de los interesantes servicios de su secretario durante esta larga expedición, que los remuneró por su propia mano con una honrosísima distinción, dirigiendo, con fecha veintinueve de mayo de 1828 al secretario de la real y distinguida orden española de Carlos III el Real Decreto siguiente:<sup>406</sup>

En atención a los muy distinguidos servicios de mi secretario y del despacho universal de Gracia y Justicia don Francisco Tadeo Calomarde, caballero pensionado de la real y distinguida orden de Carlos III, he venido en concederle la gran cruz de la misma orden, con cuyas insignias me he dignado condecorarle por mí mismo. Tendréislo entendido y le despacharéis inmediatamente el título.

Se ve pues que obtenía de lleno la gracia del soberano, de que no decayó mientras vivió éste. Ahora bien, a los ojos del pensador imparcial no pueden menos de concederse relevantes prendas al hombre que nacido en humilde esfera como hijo de un simple artesano llegó a tanta altura, y supo sostenerse en ella por dilatados años siendo árbitro de la nación, fijando así de una manera extraordinaria y verdaderamente sorprendente la volubilidad del monarca, que hasta entonces había mudado de ministros cada quince días. Al largo periodo en que nuestro paisano manejó las riendas del estado se le ha designado, por casi todos los publicistas, en los fastos de la historia

406 *Gaceta de Madrid* del sábado veintiuno de junio de 1828.

contemporánea con las duras calificaciones de "*Ominosa década*", o "*Tiempos de Calomarde*", como sinónimas del más fiero despotismo. Empero los mismos escritores, en determinadas épocas, cuando en vez de dominar han sido dominados por su antagonistas, no han tenido inconveniente de manifestar que era aquello preferible a las mentidas apariencias que se han cubierto algunas veces con el nombre de libertad, cuando el más escandaloso monopolio se estaba ejerciendo bajo las doradas pero mentidas exterioridades de una igualdad completa. Lo cierto es que jamás la hacienda de España se viera en mejor estado, orden y concierto que en el que entonces la pusiera el entendido ministro de aquel ramo don Diego López Ballesteros.

Calmadas cuantas turbulentas agitaciones sobrevinieran por todas partes, regresaron los reyes a la Corte, donde continuaron algún tiempo ejerciendo tranquilamente los esmeros de su paternal solicitud para con los pueblos puestos a su cargo. Empero la divina Providencia, que en sus inescrutables designios quería someter el corazón de Fernando a golpes terribles exigió una prueba nueva a su cristiana resignación, privándole de su amable compañera doña María Josefa Amalia de Sajonia. Fue su muerte generalmente sentida, y sus nunca bastante bien ponderadas virtudes prestaron abundante materia a los excelentes oradores ocupados en trazar su justo elogio. Me avergüenzo al haber de manifestar que el ayuntamiento y cabildo de esta ciudad me confiaron tan honorífico cargo en las solemnes exequias que celebraron unidos el día tres de julio de aquel año en que acaeció, 1829; y el desempeño fue tal cual se podía esperar de mi reconocida inutilidad.

No obstante el profundo sentimiento en que el corazón del rey se hallaba sumergido, las consideraciones de conveniencia pública que los consejeros de la corona pusieron a su vista lograron vencer la repugnancia que manifestaba a contraer un nuevo enlace. Éste se verificó el once de diciembre con doña María Cristina de Borbón, hija de los excelsos reyes de las dos Sicilias; la cual, el diez de octubre del año siguiente 1830 dio a luz una hermosa niña, a quien se puso el nombre de María Isabel Luisa, y como a presunta heredera del trono, a falta de varón, desde el momento empezaron a dispensarse los honores y respetos debidos a su encumbrada jerarquía.

A pesar de tan faustos sucesos volvieron de nuevo a inflamarse algunas chispas del mal apagado incendio. En el mes de julio anterior los parisienses tomaron las armas, y sublevándose contra su soberano Carlos X, arrancaron el cetro de sus manos y lo trasladaron a las de Luis Felipe I de Orleáns. Este trastorno y gran catástrofe fue obra de tres días: veintisiete, veintiocho y veintinueve del citado mes, y queriendo los españoles expatriados tentar igual suerte en España, nuestro paisano y patriota Romero Alpuente escribió un opúsculo con este epígrafe: *“Los tres días más gloriosos de la Francia, y modo de reproducirlos en España”*. Efectivamente, aproximáronse a la frontera los más acérrimos partidarios del sistema constitucional, y auxiliados de los franceses invadieron el territorio español por diversos puntos. En todos fueron vigorosamente rechazados por las tropas del rey. El coronel De Pablo (Chapalangarra) sucumbió por la parte de Cataluña. Su amigo Mira con dificultad logró repasar el Pirineo, habiendo sido desechas sus tropas en la sangrienta acción de Vera, dada el veintisiete de octubre. En ambos puntos se hallaron albarracinenses que se distinguieron en obsequio del rey, en cuyas banderas militaban. El capitán de reales guardias don Miguel Navarro, al lado del conde de España; y el sargento Lorenzo Domingo, de Alobras, en la acción de Vera, donde sacó su vestido acribillado de balazos, y su cuerpo con dos heridas de gravedad y algunas contusiones, siendo por ellas condecorado con la cruz de San Fernando y el empleo de subteniente, luego que se restableció de ellas en el hospital militar de la plaza de San Sebastián, donde fue transportado para su curación.

En esta ciudad que acabamos de hablar se advirtió el siete de enero del año siguiente, a las siete de la noche, la atmósfera toda inflamada hacia el occidente, elevándose la claridad hasta unos cuarenta grados, según lo que aparecía a la vista. Al principio creyeron las gentes que fuese efecto de algún gran fuego, lo cual no dejó de asustar a muchos, mas a poco rato se conoció que era una aurora boreal muy hermosa, sin embargo de que en ella no se notaban los meteoros que son frecuentes en las que se ven ordinariamente en los países del norte. Duró hasta las nueve y media en que se disipó del todo la luz. Este fenómeno se advirtió desde otras muchas poblaciones de España, y en Albarracín se presentó la ráfaga de luz desde el cerro



llamado del Moro hasta más allá de la ermita del Carmen. Los muros parecían inflamados, y la ciudad, vista desde el campo de San Juan, presentaba el aspecto de un gigantesco cuadro de ánimas, como oportunamente se explicó por un adecuado símil uno de los muchos curiosos que salieran a admirar aquel portento de la naturaleza, para nosotros por primera vez visto.

El día tres de junio de 1832 hizo su entrada pública en Albarracín el ilustrísimo señor don José Asensio de Ocón y Toledo, obispo de Teruel, en medio de las más vivas, expresivas y cordiales demostraciones de júbilo con que sus habitantes recibieron a un hijo tan predilecto de la patria. Nació en esta ciudad de muy noble, ilustre y distinguida familia el diez de octubre de 1773, y en ella hizo los estudios menores; cursó después tres años de filosofía en el seminario conciliar de Teruel; cuatro de jurisprudencia civil y dos de canónica en la Universidad de Zaragoza; en ambas recibió el grado de bachiller, y en la última los de licenciado y doctor con todos los títulos de estatuto. Fue repasante público nombrado por el claustro en la facultad de leyes, y tanto en ésta como en la de cánones defendió un acto público de Academias; arguyó varias veces en ejercicios de esta clase, y por último hizo dos oposiciones a la cátedra de *Instituta* y sexto en cánones, que le fueron aprobadas. En el año 1802 fue provisto por el cabildo de la iglesia catedral de Huesca en una canonjía de la misma, cuyas obligaciones desempeñó con particular exactitud y celo. Hizo las veces de provisor, vicario general y gobernador de aquella diócesis en las ausencias del prelado don Joaquín Sánchez Cutanda, y a nombre de éste trató al comisionado regio encargado en la misma de la enajenación de fundaciones eclesiásticas en la forma prevenida, y con arreglo a las reales órdenes de su majestad, portándose en todo con mucha delicadeza, prudencia y circunspección. Obtuvo las licencias absolutas de celebrar, predicar y confesar en aquella diócesis, y en las de Córdoba, Lérida, Teruel y Albarracín, de todas las que fue nombrado también examinador sinodal. En el año 1807 fue agraciado por su majestad con una prebenda de la metropolitana de Zaragoza, y obtuvo de su cabildo y prelado las más honoríficas consideraciones. De todas ellas gozaba cuando nuestro católico monarca don Fernando VII en compañía de su esposa llegó a aquella capital, a su regreso de la pacificación del Principado de Ca-



taluña. Entre los varios capitulares que tuvieron el honor de servir de capellanes a sus majestades cupo también la suerte a nuestro patricio, cuya sola presencia habló tanto a su favor cuanto pudiera haberlo hecho el más justo apreciador de sus esclarecidas prendas. Desde aquel mismo instante el monarca lo designó para ocupar un lugar competente entre los prelados de sus dominios, y a poco tiempo lo presentó para la silla de Palencia. Fueron inútiles cuantas protestas y renunciaciones hizo para que se exonerase de este cargo, pues precisado a admitirlo fue preconizado en Roma el quince de diciembre de 1828, y consagrado en Zaragoza en la iglesia del seminario sacerdotal de San Carlos el 26 de abril de 1829. Pasó luego a su iglesia, que lo recibió con las demostraciones de universal alegría, estimación y aprecio que la fama precursora de sus bondades le había granjeado de antemano. No salieron defraudadas las esperanzas que se habían concebido de su persona, y su buen gobierno, ardiente caridad y celo pastoral justificaron bien pronto lo acertado de su elección. Hizo la visita de su diócesis, y su incesante solicitud le acarreó tal quebranto de salud, que se temió por su vida si permanecía más tiempo en aquella tierra; consideraciones que decidieron al soberano a trasladarlo en 1832 al obispado de Teruel, que por su proximidad al país natal podría influir en su restablecimiento. Efectivamente, las aguas y aires de la sierra favorecieron los saludables efectos de la medicina acertadamente propinada por el acreditado profesor don Pedro Ruescas, que lo puso en estado de poder continuar desempeñando sus pastorales obligaciones; trasladándose a Teruel, en donde permaneció hasta el dos de diciembre de 1833, en que plácidamente entregó el alma al Creador.

Un suceso casi idéntico al que acabamos de describir con la enfermedad del señor Asensio vino casi al mismo tiempo a poner en alarma toda la nación. Desahuciado ya el rey por los facultativos, le fue administrado el santo viático el diecisiete de septiembre de 1832. Hiciéronse rogativas generales en todas las iglesias de la monarquía, y fueron muy concurridas las de Albarracín, cuyos habitantes, uniendo sus fervorosas súplicas a las de los demás españoles, alcanzaron de la divina misericordia el ver prolongada su existencia. Asistióle la reina con incesante anhelo, y durante la convalecencia le fueron confiadas las riendas del gobierno, que manejó con singular

acierto, dictando providencias que la hicieron acreedora a los merecidos elogios que entonces se la tributaron. Restablecido el soberano, declaró solemnemente que el decreto firmado en las angustias de su enfermedad, y arrancado por sorpresa, era nulo como opuesto a las leyes fundamentales de la monarquía, y a las obligaciones que como rey y padre debía a su augusta descendencia. Por lo tanto mandó circular las actas de Cortes de 1789 que afianzan la sucesión a la corona en las hijas del rey a falta de varón, en cuya virtud fue jurada princesa heredera la serenísima infanta doña María Isabel Luisa, su hija primogénita, el día veinte de junio de 1833 en el Real Monasterio de San Jerónimo por los venerables prelados, grandes títulos, ciudades y villas de voto en Cortes; entre quienes mereció la honra de ser contado el obispo de Albarracín, don fray José Talayero, a quien por ello se hizo merced de la gran cruz de Isabel la Católica. En toda la nación se hicieron grandes regocijos y festejos, y en nuestra ciudad, además de las demostraciones acostumbradas de misa, *Te Deum*, iluminación, novilladas y música, se añadió una particular digna de recuerdo, a saber, haber vestido la Ciudad y Comunidad sesenta niños pobres de los que frecuentan las escuelas, y haber socorrido el estado eclesiástico y los pudientes con abundantes limosnas a los encarcelados, enfermos y menesterosos.



## CAPÍTULO XXXVIII



uéntase, que estando cierto día el rey don Fernando VII, antes que se le agravasen los últimos achaques que lo condujeron al sepulcro, dilucidando con el embajador de su majestad británica la peligrosa crisis que atravesaba la nación española, y exagerando éste lo inminente de la explosión, lo tranquilizó aquél diciéndole: *“No tema usted por ahora y hasta tanto que yo falte. Conozco perfectamente el estado de la nación, y me parece puede compararse a una botella de cerveza que está en efervescencia, pero que no dará el estampido hasta que haya saltado el tapón”*. El evento justificó poco tiempo después la exactitud de su predicción. El veintinueve de septiembre falleció el monarca a impulsos de un violento ataque de apoplejía. El día cuatro del siguiente mes su esposa doña María Cristina, nombrada por la última voluntad de su difunto esposo gobernadora del reino durante la menor edad de su augusta hija doña Isabel II, dio un hermosísimo manifiesto a la nación en que venía en sustancia a asegurar que la monarquía subsistiría en toda su pureza, por ser el gobierno que más se adapta a la índole, usos y costumbres de los españoles, sin que por eso dejaran de introducirse en los ramos de administración aquellas mejoras y variaciones que la ilustración y adelantos del siglo reclamasen como necesarias.<sup>407</sup> A esta producción del

407 Inserto en la *Gaceta de Madrid* del día inmediato, cinco.

primer secretario de estado don Francisco Zea Bermúdez se le dio entonces la importancia que en sí tenía, empero como no fuese bastante a calmar la pública ansiedad, se vio luego esta nueva situación sustituida por otra, también, por cierto, de corta duración, siendo aquella conocida con el epíteto de la “*época del despotismo ilustrado*”, con que la designan los escritores contemporáneos. En los días veintiuno y veintidós de aquel mes se celebraron con toda pompa, aparato y solemnidad las exequias que el cabildo catedral y ayuntamiento de Albarracín ofrecieron a la piadosa memoria del difunto monarca, cuyas honras predicó el excelentísimo e ilustrísimo señor don fray José Talayero, obispo de la diócesis.

El infante don Carlos, que desde el palacio de Ramalao, en el vecino reino de Portugal, había en veintinueve de abril anterior protestado contra todas estas disposiciones por juzgarlas en contradicción con sus derechos a la corona, negándose ahora a reconocer a la reina doña Isabel II, fue privado de todas sus encomiendas y bienes. Los partidarios que se alzaran en su defensa, escarmentados con la derrota de su principal caudillo don Santos Ladrón, se hallaban a punto de sucumbir en Navarra, cuando un hombre solo vino a reanimar su valor, recibiendo de su energía las masas carlistas un impulso inesperado; un hombre solo, que con una boina y unas alpargatas llegó a unirse a los sublevados. Este hombre que tanto había de dar que hacer a las tropas de la reina era don Tomás Zumalacárregui, coronel del ejército, que separado del cuerpo a causa de sus opiniones, logró burlar la escrupulosa vigilancia con que se le tenía en Pamplona, y presentarse a sus compatriotas en el valle de Araquil el día treinta de octubre, en el mismo momento en que acababan de ser desarmados los realistas de Madrid.<sup>408</sup> Seis días hacía que en la Corte se había solemnemente proclamado a doña Isabel II, y esta augusta ceremonia se difirió en todas las ciudades de Aragón hasta el diecinueve de noviembre, día de santa Isabel, en que se verificó solemnizada en Albarracín con todos aquellos públicos regocijos acostumbrados en lances análogos, siendo lo más notable, por el modo y la forma en que se verificó, la corta pero expresiva alocución que, al frente del retrato de su majestad, dirigió a sus subordinados el co-

408 *Panorama español. Crónica contemporánea.* Entrega 3ª, fol. 29.

rregidor don Jaime Monterde para estimularlos y disponerlos en su favor, pues, aunque a los lejos, se percibía ya el mugido espantoso del violento huracán precursor de la tempestad.

En efecto, los síntomas de insurrección se habían prolongado a este reino, el brigadier Tena, León y un oficial de El Royo, que con otros pocos abrazaran la causa de don Carlos, fueron alcanzados y deshechos en el pueblo de Hoz de la Vieja por una partida de caballería al mando de don Juan Caballero, portaestandarte del regimiento Borbón. Al propio tiempo don José Cistúe, comandante de armas de Soria desbarató en el Carrascal de Esteras otra facción que salió de Calatayud capitaneada por el cura de Briviesca mosén Esteban Martínez y por mosén Jerónimo Perales. La reina gobernadora mostró su clemencia indultando a estos desgraciados, que la imploraron por mediación de Babil Asensio, fabricante de paños de Calatayud. En el mes siguiente de noviembre estalló otra insurrección más formal en el reino de Valencia; los sublevados ocuparon la plaza de Morella, poniéndose a su frente el gobernador de la misma don Carlos Victoria, y mandándolos, en jefe, el barón de Hervés. El día dieciocho presentose a éstos, para servir en la clase de simple voluntario, un vivaracho y despejado estudiante que, pocos días después, al oír por primera vez el silbido de las balas, tuvo miedo, y por un movimiento instintivo se echó al suelo; y sorprendido en este estado por los oficiales carlistas don Vicente Llorach y don Isidro Egea, quedó como avergonzado, asegurándoles que en adelante “*ya verían quién era*”. Cumplió tan bien su palabra, que apenas eran transcurridos algunos meses de este encuentro cuando ya algunos periódicos legitimistas extranjeros decían “*que en España había aparecido un caudillo destinado por la providencia para dominar la revolución; un ser sobrenatural; un guerrero más admirable que Zumalacárregui, esperanza y apoyo de la causa de don Carlos; un genio privilegiado, que sin recursos, sin instrucción militar, y sin experiencia, desde los primeros pasos de su nueva carrera se presentaba temible y amenazador por su perseverancia, talento, entusiasmo y valor*”.<sup>409</sup> Éste era, como ya habrán conocido mis lectores,

409 Vida militar y política de Cabrera, redactada por don Buenaventura de Córdoba, auditor honorario de guerra y abogado del Real Colegio de Madrid, tomo 1º, cap. fol. 33. *Id.*, cap. 8. fol 234.

don Ramón Cabrera. Impulsado de sentimientos análogos a los del anterior, había salido de Valencia en compañía de Hervés otro joven estudiante legista, de la serranía de Albarracín, natural del pueblo de Vallecillo, donde su padre ejercía la facultad de cirugía, aunque oriundo de Gea, en donde conservaba algunos bienes raíces. Llegó a simpatizar tanto con el caudillo tortosino, que con el tiempo, como luego veremos, obtuvo su confianza hasta el punto de ser uno de sus ayudantes de campo, a quien con preferencia confió arduas empresas en la encarnizada contienda que vamos a describir en cuanto diga relación con nuestro país, en donde como en un variado panorama irán sucesivamente apareciendo los héroes gigantescos de esta sangrienta y fraticida lucha, solo comparable consigo misma, porque no conoce otra con quien pueda asemejarse en la historia.

El asunto de Morella iba formalizándose demasiado para que pudiera ser mirado con indiferencia. Las tropas de la reina se reunieron para combatirla, y el ocho de diciembre habían ya puesto al efecto las baterías, empero los sublevados la abandonaron, dirigiéndose hacia Aragón. Don Cristóbal Linares los atacó y batió en Calanda con fuerzas inferiores; aunque bisoños se resistieron con tesón hasta que introducido el terror, se desbandaron y dispersaron casi todos; siguiendo los más decididos a Carnicer, que pasó el Ebro por Escatrón. El barón de Hervés, con un hijo suyo, don Vicente Gil, comandante de realistas de Liria, y don Antonio Barraza, capitán retirado, fueron apresados por el alcalde segundo de Manzanera en el Mas de Bacanizas, y conducidos a Teruel, sufrieron Hervés y Gil con resignación cristiana el veintisiete del mismo mes la pena que se les impuso de ser pasados por las armas, en que les sucedió Barraza pocos días después. Igual suerte cupo al gobernador de Morella don Carlos Victoria en el reino de Valencia. El hijo de Hervés, por consideración a su corta edad, fue indultado por la reina gobernadora. No dejó de causar profunda sensación en Teruel la muerte de su padre, pues se había captado el aprecio de sus habitantes en el tiempo anterior, en que fuera gobernador militar de la misma.

El año de treinta y cuatro se inauguró en Madrid con la mudanza de ministerio. El quince de enero el señor Zea Bermúdez fue reemplazado en la presidencia por el señor don Francisco Martínez



de la Rosa. A principios volvió a aparecer la facción de Carnicer en el Bajo Aragón y confines de Cataluña, desde donde se dirigió hacia Montalbán, observada por el coronel de Ciudad Real. Se dejó ver en Camarillas, del partido de Teruel, donde exigió mil reales; desapareció, y a pocos días cayó repentinamente sobre Daroca, y allí desarmó algunos provinciales después de una regular resistencia. Sacó bastante dinero, y se proveyó de municiones en Villafeliche. Marchó a Molina, de donde se llevó por la fuerza todos los mozos sorteables, y se retiró hacia Alustante y Tordesilos. El veintidós de dicho mes llegó en su persecución hasta Monterde el coronel Mazarredo con su columna, mas desde este punto regresó a Teruel, no pudiendo, según las instrucciones que se le tenían comunicadas, separarse más del teatro de sus operaciones al norte de Valencia. En el mismo día se hizo la quinta con toda quietud y orden en la ciudad y partido de Albarracín. Carnicer con su tropa supo emboscarse en la serranía; pudiendo apenas descubrirse a punto fijo su dirección. La columna del coronel Nogueras llegó a Albarracín el día veintiséis; se componía de 250 infantes y 40 caballos, montado todo en el mejor orden, brillantez y disciplina. Acompañábale el intrépido teniente coronel don Joaquín Eyerbe. Todo el empeño que pusieron para dar con la pista de los contrarios fue infructuoso, a pesar de haberse servido en su expedición de los conocimientos práctico-militares que poseía del terreno su natural don José Aramburu, capitán retirado, que desde esta época volvió de nuevo al servicio y tuvo después su fin trágico en la Mancha, donde con otros fue muerto por los de Palillos al marchar con destino a Cádiz. No fue más feliz que Nogueras el comandante general de Guadalajara, que con su columna obraba en combinación de aquél. El veintinueve se hallaba ésta en Orea, de donde salió para regresar a su provincia. Carnicer, que observaba todos sus movimientos desde las riscas del Tremedal, donde se hallaba oculto, aprovechó tan oportuna coyuntura, descendió al pueblo, descansó un rato, y marchó hacia Tordesilos. Por Ojos Negros regresó a sus guaridas, picándole Nogueras la retaguardia.

Con el mejor deseo de coadyuvar al buen éxito de las medidas que éste adoptara para destruir en la sierra a Carnicer, salieron del pueblo de Frías cincuenta paisanos armados al mando de don Francisco Novella, teniente del ejército, y que se hallaba con licencia ili-

mitada en aquel pueblo. Siguiendo la pista al enemigo lograron alcanzar un rezagado, que hicieron prisionero, y presentaron en Teruel. Reconviniéndoles amistosamente el gobernador civil por qué no le habían tomado diecisiete pesetas que llevaba, contestaron aquéllos con generosa entereza: “*Entonces, ¿qué diferencia es la que habría de unos a otros?*”, dando a conocer que no el sórdido interés, sino un fin ostensiblemente más puro y patriótico impulsara sus procedimientos. Noticiosa después su majestad de todas estas ocurrencias, dio el veinticinco de abril a todo el partido de Albarracín las más expresivas gracias por su buen comportamiento.

Esta muestra de deferencia de parte de la inocente y joven soberana llenó de entusiasmo y gratitud a estos habitantes, que cada día se empeñaban en nuevos compromisos por el triunfo de su causa. Dos días después entraron en Castielfabib once facciosos, voz que entonces era sinónima, como todo el mundo sabe, de carlistas o partidarios de don Carlos. Los vecinos de El Cuervo, acaudillados por su compatriota y partidario Bueno, los atacaron y ahuyentaron, hiriendo a algunos, cogiéndoles una yegua y varios efectos. El veintiocho pasaron, ya solamente en número de siete, por las inmediaciones de Gea, con dirección a Cella; salieron en su persecución los fusileros apostados en Albarracín, mas por lo precipitado de su fuga no lograron darles alcance. Un día después alcanzaba en otro punto distinto el coronel constitucional Mazarredo ventajas considerables contra la facción, distinguiéndose muy particularmente en esta jornada nuestro compatriota el teniente coronel de la guardia del provincial don Tomás Alonso, que mandaba una de las columnas de ataque. En las filas del opuesto bando militó con igual constancia su hermano don Lucas, y fueron los ejemplares análogos que se vieron en este país tantos durante esta liza, que con más propiedad que en otro alguno pudo verdaderamente llamarse “*guerra fraticida*”. Un nuevo conflicto vino a aumentar el cúmulo de tantas calamidades. El veintiuno de mayo, entre seis y siete de su mañana, desbordándose el Guadalaviar de una manera espantosa a resultas de los fuertes aluviones, inundó toda la vega de Albarracín, ocasionando tales destrozos, que se evaluaron en 12.000 duros las pérdidas y gastos necesarios para su reparación.

El día uno de junio se promulgó en esta ciudad con la mayor pompa y majestuosa solemnidad “*El Estatuto Real*”, y convocatoria a

Cortes, transición que venía a inaugurar un nuevo orden que fue, por cierto, menos estable de lo que se prometieron sus fundadores. El cabildo y clero de la misma manifestaron en esta ocasión hallarse animados de los mismos sentimientos de lealtad y amor al orden que pudieran demostrar los más celosos ciudadanos, y sin embargo fueron pocos días después amistosamente apercibidos por el prelado diocesano, a consecuencia de las prevenciones que le hacía el subdelegado de la provincia, por recelos que la conducta de alguno de sus subordinados suponía infundirle. Como nada al parecer había podido dar motivo a tales sospechas, se juzgó, no sin fundamento, que solo era una medida general tomada por pura precaución en todo el reino. Entre tanto, penetrando en Portugal las tropas españolas al mando del general Rodil, acosaron a las pocas que don Carlos tenía reunidas cerca de su persona, viéndose precisado a embarcarse en el puerto de Sines para pasar a Lisboa, desde donde en el navío inglés Donegal levó anclas para Inglaterra a las doce y treinta y cinco minutos del día seis de junio.<sup>410</sup>

Llegó a Portsmouth en la noche del doce al trece; empero su permanencia en aquel reino fue de corta duración, porque sabiendo burlar la vigilancia inglesa y engañar la suspicacia de Taillierand, cruzó el canal, y atravesando la Francia en compañía de Auger de Saint-Silvain; a quien después nombró barón de Vallés por el eminente servicio que le prestó en esta ocasión, entró en España el nueve de julio del mismo año. Desde este día había en Navarra, al lado de los batallones organizados por Zumalacárregui, un descendiente de la casa de Borbón, hermano menor del último monarca, que era acatado allí como soberano porque pretendía ser rey de España en competencia con su augusta sobrina doña Isabel II. Los partidarios de aquél adoptaron la denominación de realistas o carlistas; los de ésta isabelinos, cristinos y constitucionales, y mutuamente se llamaban rebeldes, traidores o facciosos, con otros muchos denuestos,

410 *Gaceta de Madrid* de nueve de junio de 1834. Nota: todas las noticias concernientes a los sucesos de la guerra están fielmente extractadas de los partes oficiales insertos en las gacetas y periódicos de Madrid de aquella época; no los especifico por evitar la aglomeración de citas intempestivas. En las ampliaciones que hago con referencia a las ocurrencias de este país he procurado ser exacto, verídico e imparcial; cuando el suceso lo requiere señalo los autores o escritores contemporáneos de que me he servido para comprobar mi aserto.

que opino con el biógrafo Córdoba, deben quedar consignados en la historia, mas no repetidos ni usados con frecuencia, para que en ella resalte el principal de sus caracteres, que es la imparcialidad.<sup>411</sup> Y ésta no se observaría estrictamente si al describir los hechos llamásemos nuestros a los unos cuando peleaban con los otros, que también eran nuestros, pues si exceptuamos las legiones extranjeras que la Cuádruple Alianza facilitó después a Isabel, todos eran españoles los que lucharon encarnizadamente en tan sangrienta liza.

A mediados de julio se sintieron en Madrid los primeros síntomas del cólera morbo. Aprovechando los mal intencionados la alarma que ocasionaba la frecuente repetición de casos de enfermedad, llegaron a propalar con siniestra intención al envenenamiento de las fuentes, haciendo recaer las sospechas de semejante desnaturalizado proyecto sobre algunas casas religiosas. El pueblo, amotinado, allanó los conventos de jesuitas, dominicos, franciscanos, mercedarios, etc., y dio muerte a algunos de sus individuos, que descansaban tranquilos bajo la égida de la ley. Las autoridades lograron, no sin dificultad, usando de la fuerza armada, restablecer la pública tranquilidad.<sup>412</sup> Algunos días después, a saber el veintitrés de aquel mes, se celebraba la tercera junta preparatoria para la reunión de Cortes, y en ella nuestro paisano el señor Romero Alpuente, procurador por la provincia de Teruel, presentó una escritura de transacción en que se señalaban 12.000 reales de alimentos, y manifestó además que disfrutaba por el gobierno una pensión de 24.000, a pesar de todo lo cual la junta preparatoria resolvió con arreglo al dictamen de la comisión que no era admisible dicho poder. En sesión de nueve de agosto pidió a la comisión, por medio de una exposición, que se le señalasen cuáles eran los documentos que le faltaban para poder desempeñar su cargo de procurador, a fin de practicar las diligencias necesarias a su obtención, pues hasta entonces no lo había hecho porque se hallara preso e incomunicado. Se le dieron, al efecto, cuarenta días de término.<sup>413</sup>

411 *Historia o vida militar y política de Cabrera*, por don Buenaventura de Córdoba, tomo 1º, cap. 5, fol. 104.

412 *Revista Española*. Números de los días dieciocho y diecinueve de dicho mes.

413 *Mensajero de las Cortes* del veinticuatro de julio y diez de agosto de 1834.

Al propio tiempo vino de la parte de Castilla una partida carlista de nueve caballos. Unidos los pueblos de Checa, Orea, Orihuela, Griegos, Guadalaviar y Villar, salieron contra ella, y sorprendiéndola en el término de Griegos y sitio llamado Fuente del Tesoro, cogieron ocho caballos y algunas armas, hirieron a uno de los partidarios gravemente; no tanto a otro, que se presentó después a la justicia de Guadalaviar, y los restantes huyeron en varias direcciones. Tuvo lugar esta refriega el veintisiete de julio. El siete de septiembre otra partida carlista mandada por Perejil, guerrillero en la guerra de la Independencia, entró en Guadalaviar, donde permaneció gran parte del día; y como al tiempo de marcharse quisiera cometer algunos atropellos, alarmado el pueblo, acometió a sus agresores con hachas, palos y piedras, y los hizo huir vergonzosamente, pero a costa de tener dos paisanos gravemente heridos, uno de los cuales, llamado Diego Soriano, murió de sus results.<sup>414</sup> Se ve por este relato que la causa de la inocente Isabel hallaba simpatías en la sierras de Albarracín, y su gobierno por su parte trataba de fomentarlas premiando a sus defensores y señalando a Joaquina Ibáñez, viuda del difunto, una pensión de tres reales diarios. Los fugitivos pasaron por la herrería de San Pedro y masada de Zardoso; los urbanos de Albarracín los persiguieron bajo el mando de su comandante don Vicente Jarque, y lograron ahuyentarlos hasta el partido de Teruel, donde fueron alcanzados y deshechos completamente.

Al paso que el númen de la guerra daba ensanche a sus terribles estragos en esta nación sin ventura, el Señor descargaba sobre ella su ira con el tan temido como funesto contagio conocido con el nombre de *cólera morbo*, que por doquier que se presentaba, como el genio maléfico que describe Eugenio Sué, dejaba en pos de sí el terror, la desolación, la muerte. A mediados de julio habían ya aparecido los primeros síntomas de esta calamidad en Calamocha, pueblo correspondiente a este partido judicial, según la nueva demarcación que acababa de plantearse. Pocos días después se comunicó a Villafranca, y en ambos pueblos se conoció que era inútil la precaución tomada para aislar la enfermedad, pues mientras los facultativos andaban entre sí discordes sobre si era o no contagiosa y pestilencial,

414 *Anales administrativos*, número correspondiente al día dieciocho de febrero de 1835.

otros pueblos limítrofes encontraban ya contener en su seno los gérmenes a que seguía su desarrollo, bien fuese solo epidémico, que en cuestiones de solo nombre no es justo que nos detengamos. Así, y a simultánea, ya sucesivamente, se vieron invadidos en el partido los pueblos ya dichos, y los de Gea, Moscardón, Ojos Negros, Torremocha, Vallecillo, Villarquemado y Albarracín. Y como en esta ciudad tuve proporción para observar atentamente su curso en la asistencia de los enfermos, me ha parecido hacer una ligera indicación del juicio que formé sobre el modo con que se propagaba por si acaso pudiera ser de alguna utilidad en lo sucesivo. Advertí, a mi modo de ver, en repetidos lances hasta el momento mismo en que se trasmitía de uno a otro la enfermedad por una especie de impresión que ejercía el que la padecía sobre el que lo veía, principalmente si era en el primer periodo de invasión, o en el de la convalecencia, y se hallaba simpáticamente predispuesto, a la manera, si me es lícito explicarme con adecuado símil que hará más comprensible mi explicación, que se graba en el daguerrotipo que al efecto convenientemente se le presenta. Diferentes casos de gravedad habían ya ocurrido en todos los barrios de la ciudad y arrabales; las nauseas, los calambres, la irritación intestinal, las deposiciones biliosas y demás síntomas que caracterizan esta terrible enfermedad tenía demasiado sobrecogidos a estos habitantes, cuando un caso fulminante que se presentó en el arrabal acabó por llenarlos de espanto y consternación. A las repetidas órdenes que por tres veces se dieron para que subieran el cadáver para darle sepultura todos se resistían por terror a cumplimentarlas, y la junta de sanidad y caridad, que se hallaba reunida, indecisa y perpleja, no sabía qué resolución tomar. Lo crítico de la situación me impulsó entonces a hablar en estos términos: *“¿Qué es esto, señores? ¿Será posible que al primer amago de castigo que el Señor nos hace hayamos ya de desfallecer? ¿Qué será pues cuando descargue de lleno sobre nosotros el golpe de su justicia, que tan merecido tenemos por nuestras iniquidades? Procuremos aplacarla e interesar su clemencia manifestando resignación, conformidad y valor en arrastrar las aflicciones que nos envía. Y nosotros, en quienes el pueblo depositó su confianza para que en tan críticas circunstancias les sirviésemos de guía y consuelo, hagámosle conocer que por lo menos aspiramos a merecerla. Vamos, señores, a levantar el*



*cadáver, que harto bastantes somos aquí para que a todos se nos resista*". En efecto, bajamos a la casa, los parientes lo sacaron hasta la puerta de la calle, y viendo todos la calma y serenidad con que nos asimos de las andas, no necesitaron más para perder el pánico terror que los había ocupado, por manera que en lo sucesivo, tan lejos de ser preciso estimular a nadie, tuvo que intervenir la prudencia para moderar los caritativos instintos de este religioso pueblo, que hallaba agrupado doquiera que un necesitado reclamaba sus auxilios. Estos fueron en un todo cumplidos, tanto por lo que respecta a asistencia personal, como en lo referente a medicamentos, camas, víveres, y utensilios con que se socorrió a las personas menesterosas, de las cuales, proporcionalmente hablando, fueron pocas las que sucumbieron; pues a diferencia de los que en otras poblaciones sucedía, presentó en esta ciudad el contagio una anomalía, pues en los barrios bajos e insalubres apenas se notó su influjo, al paso que el estrago fue mucho mayor en las personas bien acomodadas. Los casos fulminantes fueron rarísimos, pero tan ejecutivos que duraron pocas horas. Doña Isabel Fuertes y don Pedro Monleón sobresalieron por la rapidez e intensidad con que en ellos se desarrolló la enfermedad, que en pocos minutos los condujo al sepulcro. Muchos medicamentos se pusieron en práctica para combatir el mal, con éxito ya próspero, ya adverso; lo que sanaba a unos mataba a otros; y por lo que pude observar, en sola la nieve, propinada en la dosis y forma que reclamaba el estado del paciente, hallé el mejor específico para neutralizar los funestos estragos del mal. El cloruro de cal es un descubrimiento hermosísimo para disipar las miasmas pútridas de las habitaciones de los enfermos. Me he detenido en la enumeración de medidas y socorros con que se procuró atender a la salud corporal por haberme parecido ser cosa digna de llamar la atención; justo será que pasemos ahora a indicar las no menos acertadas que se tomaron en lo espiritual para consuelo y alivio del alma.

Desde luego, todos los eclesiásticos, sin distinción de jerarquías ni clases, tanto del cabildo como curas y beneficiados, y lo mismo los religiosos, se hallaban a todas horas prontos a socorrer a los acometidos, y al propio tiempo a prestarles los auxilios espirituales y dulces consuelos con que procura la religión calmar el dolor en tan amargos trances. Como en todas las públicas y privadas aflicciones



en que se encuentran los habitantes de esta ciudad esperan hallar un pronto y eficaz consuelo en la portentosa imagen de Jesucristo crucificado, que desde la más remota antigüedad se venera en su hermosa vega, la subieron procesionalmente el día siete de septiembre a la Santa Iglesia Catedral con un concurso tal, que irían con luces encendidas sobre seiscientas personas de la ciudad y pueblos comarcanos. Se colocó en el altar mayor con toda pompa y magnificencia, y se dio principio al día siguiente a una solemne rogativa pública, que duró por el espacio de muchos días consecutivos. En todos ellos hizo el excelentísimo e ilustrísimo señor obispo una tierna y patética plática alusiva al intento, y repetidas veces logró sacar del auditorio lágrimas de compunción; sin embargo era ya llegado el once de octubre sin que hubiesen sido oídas las fervientes súplicas dirigidas al señor. En tal conflicto, el prelado y cabildo, sabedores de que muchas veces se consigue antes el consuelo invocando el nombre de María que invocando el nombre de Jesús; *velotior est nonumquam invocato nomine Mariae quam invocato nomine Jesu*, resolvieron hacer una novena a su Santísima Madre antes de bajar el Cristo a su ermita. El feliz éxito con que se vio coronado este pensamiento quiero darlo a conocer a mis lectores con las mismas palabras con que se halla consignado en el libro de actas capitulares. Dice así:

“No salieron fallidas nuestras esperanzas. Este católico y devotísimo cabildo no alcanza expresiones adecuadas para manifestar su gratitud a la reina de los ángeles, a la madre de Dios nuestro Señor (que no la puede hacer mejor), a nuestra corredentora, por haber mediado y conseguido de su santísimo hijo que el azote del cólera no aflija más a este vecindario, lo que es buen notorio, pues desde el primero de la novena no ha habido invadidos fulminantes ni leves, y los que estaban se hallan mejorados, sacando por consecuencia verdadera que es casi imposible perderse, no salvarse, como el no recoger el premio de sus virtudes, el que no se acoge a esta sagrada imagen de nuestra Señora del Pilar. El ilustrísimo cabildo debe gloriarse en haber tenido un pensamiento tan cristiano como lleno de confianza, que sin él quizás hubiéramos sido víctimas todos los habitantes de esta ciudad”.

He aquí el resumen que de ellas presentaron los anales administrativos del lunes veinticinco de mayo de 1835, número 281, con referencia al partido judicial de Albarracín.

<i>Pueblos</i>	<i>Invadidos</i>	<i>Curados</i>	<i>Muertos</i>	<i>Días de duración</i>
Albarracín	179	125	54	39
Calamocha	238	174	64	30
Gea	139	107	32	42
Moscardón	8	5	3	10
Ojos Negros	70	47	23	23
Torremocha	24	9	15	25
Vallecillo	20	3	17	18
Villafranca	4	2	2	8
Villarquemado	32	21	11	31
<b>Totales</b>	<b>714</b>	<b>493</b>	<b>221</b>	

Los sucesos de la guerra continuaban sin interrupción. Arrojado Carnicer de sus posiciones favoritas de Beceite por las tropas nacionales combinadas de los tres reinos, marchó por los confines de Aragón y Valencia hasta Rubielos y pueblos comarcanos, donde sacó los mozos para incorporarlos a sus filas. Perseguido de cerca por el capitán general de Valencia, dividió su fuerza en dos mitades o batallones; el primero, a sus inmediatas órdenes, contramarchó a ocupar de nuevo sus puntos preferentes; el segundo, en fuerza de 500 hombres y algunos caballos, mandado por don Antonio Vallés, se dirigió a cruzar el Guadalaviar por el pueblo de Santa Cruz. Entrando adelante por el río de Ademuz, sufrieron algún descalabro en el barranco de Valencia por la milicia urbana de aquellos contornos, y siguiendo precipitadamente su marcha, cayeron la noche del diecinueve de noviembre a Terriente, el veinte durmieron en Noguera, y al siguiente por las inmediaciones de Bronchales se dejaron caer a pasar el río de Cella por las cercanías de Singra. La columna del señor Aldanza, comandante general de la provincia de Cuenca, que les picó la retaguardia hasta Pozondón, vino a pernoctar en Albarracín, que ya de antemano se hallaba ocupada por las tropas que a las órdenes del teniente coronel Oliva vinieran de Teruel a protegerla. Descan-

saron en la ciudad un día y regresaron a sus respectivos destinos. Carnicer había sido batido por el brigadier Rebollo en las Cuevas de Castellote, y poco después fue aniquilado Vallés en los pozos de la nieve, junto a Tortosa, por el gobernador de esta plaza Colubi, auxiliado por Martí y Aspiroz.

A los estragos del cólera, a los horrores de la guerra, se siguió en este escabroso país otro motivo de alarma. El día uno de diciembre se sintió a las once menos cuarto de su noche un gran terremoto en Albarracín, que duró algunos segundos, y fue advertido de todos sus habitantes, pues las oscilaciones fueron tan violentas que hicieron despertarse a los que ya se hallaban dormidos. Los mismos efectos causó en Monterde, La Jara, Tramacastilla, Saldón y Calomarde. En este último pueblo se pararon la muelas de los molinos; en Tramacastilla sufrió algún trastorno la botica, y en las casas del barrio de Jesús, en Albarracín, se oyó un terrible estruendo subterráneo. Las oscilaciones fueron en Noguera más fuertes y continuadas que en todos los pueblos ya marcados, y terminó con una espantosa detonación, semejante a la que produce el disparo de una gruesa pieza de artillería. Afortunadamente solo produjo sobresalto, sin causar ningún estrago. Habían precedido a este fenómeno tres días consecutivos de niebla en Albarracín, tan cerrada cual nunca se había visto; y en el día en que se verificó y siguientes hizo un tiempo despejadísimo y hermoso y de una calma apacible, cosa ciertamente admirable si se atiende a lo avanzado de la estación.

Abriose el año 1835 bajo auspicios poco gratos a la ventura del país. El día doce de enero se sintió acometido de un afección catarral nuestro ilustre camarada el señor Romero Alpuente, que en la madrugada del veintidós del mismo mes falleció a sus impulsos en la Corte. Todos los diarios tributaron algún homenaje de gratitud y recuerdo a tan esclarecido patriota. En la noche del diecisiete de febrero hubo en Albarracín un asesinato horroroso. María Romero, que tenía en la plaza una tiendecilla de comestibles, al retirarse, a cosa de las ocho, a su casa, sita en el campo de San Juan, se vio al entrar en ella acometida de repente por los sicarios, que la desnucaron en el cuarto bajo, sin efusión de sangre. Díjose que por robarla, mas nada se echó de menos en su habitación. Todavía la

vindicta pública no ha obtenido la competente reparación de este insulto, ni de otros de igual naturaleza que posteriormente se han perpetrado en el país. No menos sensible, aunque sí más heroica, fue la muerte que encontró en los campos de Arroniz nuestro impávido compatriota don Domingo Asensio, teniente capitán de infantería que defendía en Navarra la causa de la reina en las tropas que militaban a las órdenes de Aldama el día veintinueve de marzo. Mortalmente herido en la acción, y conducido al hospital militar de Logroño, dio conocimiento a su esposa de este suceso con tan lacónicas como sentidas palabras, bastantes por sí a pintar la energía con el sobrenombre de "héroe". Decía su carta: *"Me han dado en una rodilla un balazo atroz; encarga la custodia de los niños a los parientes y amigos, y armada de resolución y valor no pierdas momento en ponerte en camino para ver si de este modo alcanzas a dar el último adiós a tu esposo"*. Por mucha diligencia que puso en cumplir sus ordenes no logró su objetivo, pues a los cuatro días de haber recibido la herida murió de sus resultas.

El gobierno dio orden para la supresión de una parte de los conventos de religiosos en toda la península, medida que por parecer incompleta produjo en muchas ciudades grandes disturbios, llegando en Zaragoza el día cinco de julio hasta el punto de que varios se vieses allanados e incendiados, pudiendo a duras penas atajar estos desordenes las autoridades, auxiliadas de su milicia urbana. Los síntomas de fermentación cada día iban en aumento, y como la culpa de todo se achacase al ministerio Toreno, la reina lo destituyó con el gabinete Mendizábal, a quien se debió que varias capitales que se habían ya declarado disidentes, volviesen a reconocer la autoridad de la metrópoli. Entre las medidas que adoptó fue la supresión de todos los conventos de varones, en cuya virtud dejaron de existir los tres que se contaban en esta diócesis, sin que por esta providencia tuviese que lamentar ocurrencia alguna desagradable. Fueron otras la convocatoria a Cortes constituyentes, la enajenación de los bienes de clero, y una quinta de 100.000 hombres para aumento del ejército.

Con estas disposiciones apaciguó los ánimos inquietos, dándoles casi una completa seguridad de que terminaría la guerra civil en el espacio de seis meses. Salió empero fallida su profecía. Las filas car-

listas se habían engrosado considerablemente al abrigo de tantos disturbios; Quílez, que sucedería en el mando a Carnicer por haber sido éste algún tiempo antes en Miranda de Ebro descubierto a pesar del disfraz con que intentara pasar a Navarra, recorrió pausadamente el río de Cella; pasó a Gea, y en la mañana del siete de septiembre, víspera de la Natividad de Nuestra Señora, patrona de Albarracín, subió a esta ciudad, donde permaneció algunas horas, campando sus tropas en el Campo de San Juan, y contentándose con el suministro de raciones y alguna exacción de metálico, regresaron aquella misma tarde a Gea, donde se les incorporaron algunos individuos, que lograron con el tiempo obtener ascensos a la clase de oficiales según el mérito, valor y circunstancias particulares de cada uno. Las fuerzas de Quílez serían entonces de 1.500 infantes, divididos en tres batallones, y dos escuadrones con 140 caballos, aunque el todo careciese de la correspondiente organización. Replegose al Bajo Aragón, y reunido con Cabrera y Miralles, tomaron posiciones en Orta, de que se vieron lanzados por el arrojo e intrepidez de la columna que mandaba el brigadier Nogueras, quien pocos días después, a saber el primero de octubre, fue herido en Muniesa, en el choque que las dos fuerzas de caballería contendientes sostuvieron una contra otra. Mientras Cabrera obtenía ventajas en Alcanaz y Vinaroz, Quílez engrosaba sus filas en Calatayud y Molina, desde donde se replegó a las sierras de Albarracín para evitar el encuentro del coronel Verdugo, que el veintinueve de octubre pernoctaba en Alustante, mientras aquél lo efectuaba en Bronchales y Noguera, desde donde por Monterde cruzaron el río de Cella para regresar a sus cantones favoritos.

Cabrera se presentó sucesivamente al frente de Alcañiz, Tortosa y Teruel, desde donde tomó el siete de diciembre, víspera de la Inmaculada Concepción de María Santísima, su dirección a Albarracín, entrando en ella a las tres de la tarde la infantería por el camino de Gea, y por el de Cella la caballería. Por tres veces he hecho notar en el presente capítulo que el día en que tenían lugar los sucesos memorables de mi país coincidía con el de una de las festividades de María, y todavía en otras ocasiones haré la misma indicación para que resalte más la visible protección de esta Señora hacia su ciudad, pues sin pasar plaza de fanático bien se puede ase-

gurar a fuer de agradecido, que en ello intervenía algo más que la ciega casualidad. Es cosa generalmente sabida que Cabrera miraba con mortal aversión la milicia urbana, y todavía estaba muy reciente la lastimosa catástrofe que acabara con la de Rubielos de Mora. Era su ánimo sorprender la de esta ciudad, mas los confidentes que había enviado a saber el estado en que se hallaba le dieron noticia de que en la noche anterior la había evacuado, como así era la realidad. Mas con poca premeditación había vuelto a regresar a la mañana siguiente, poniendo cortas avanzadas y descansando la restante tan tranquila y confiada como si se encontrase la tierra en una paz octaviana. El día estaba lluvioso y cargado de niebla; los enemigos tocaban la avanzada del Portichuelo cuando ésta los divisó, y sin que aquéllos lo advirtiesen los flanqueó y logró evadirse ilesa por las quiebras del terreno, pero sin poder dar aviso a sus compañeros, que sorprendidos en la ciudad consiguieron salvarse dispersándose en todas direcciones, y sus familias y personas comprometidas ocultarse en las casas de aquellos amigos que supieron animosos ofrecerse a arrostrar los compromisos que eran consiguientes. No faltaron algunos instigadores que incitasen a los agresores a cometer tropelías; empero la eficaz persuasión de nuestro virtuoso prelado don fray José Talayero pudo tanto con Cabrera, que prohibió se hiciesen pesquisas, y las personas quedaron salvas, padeciendo solo quebranto los intereses, que estuvieron a su discreción. Registraron hasta los templos, para ver si encontraban algunos depósitos de armas o efectos, y como en la Escuela Pía viesen la estatua del fundador, san José de Calasanz, que en una mano llevaba un libro abierto en cuyas dos planas se leía dividido en esta forma "*Constitutio - nes Scholar. Pia*" a pesar de la genuina explicación que del significado de aquellas palabras les dieron los padres, no se satisfizo de ello uno de los concurrentes, que con su navaja borró la primera parte diciendo: "*Nosaltres no vulem Constitusió*". La fuerza que a las órdenes de Cabrera invadió Albarracín era de 3.000 infantes y 450 caballos, pues iba reunida con la caballería de Quílez, cuyos peones quedaron en el río de Cella. Al día siguiente se marcharon, e incorporados todos avanzaron en dirección de Calatayud, y entre Terrer y Ateca sorprendieron a 700 infantes y 40 caballos de la reina, del provincial de Soria y zapadores, con cuya presa se retiraban ufanos hacia el Señorío de Molina.



Empero su lauro fue de corta duración, porque alcanzado por el activo general Palarea junto a esta ciudad sin darles tiempo a esquivar el combate, rompió sus líneas, rescató los prisioneros, e introdujo en los cuerpos enemigos el desorden, la dispersión y la muerte, causándoles mil bajas en esta memorable jornada, hasta aquella época la más ventajosa que se lograra contra las facciones de Aragón. Palarea pasó a Teruel, donde se le recibió con las mayores demostraciones de júbilo y entusiasmo. Cabrera y Quílez se retiraron a Orihuela y Bronchales, descendieron a Gea, y por el Patio del rey don Jaime se dirigieron velozmente a salvar a Teruel y regresar al Bajo Aragón.

El día tres de enero del año 1836 que acababa de entrar llegó a Albarracín un destacamento de 250 hombres del batallón Voluntarios de Extremadura, a las órdenes del don José Mercader, para guarnecer la ciudad; el resto del mismo cuerpo guarnecía a Cuenca y Moya. Fortificaron en aquélla el convento que anteriormente perteneciera a los dominicos, que por su posición, aislado al extremo de la ciudad, ofrecía buena defensa, aumentada por los recursos del arte. El veintidós del mismo mes los carlistas, mandados por Añón y Garzón, pernoctaron en Orihuela acosados por los constitucionales; al día siguiente, por el Pedregal, regresaron a sus cantones acostumbrados. El diez de febrero llegó al mismo pueblo otra nueva facción venida de Navarra, mandada por el canónigo Batanero, y marchó por Alustante. Seis días después fue fusilada en Tortosa María Griño, madre de Cabera, medida inconsiderada que dio después motivo a sangrientas escenas y horrorosas represalias. Las tropas constitucionales, mandadas por el brigadier López, se encontraron en Salvacañete con los carlistas de Añón el catorce de marzo. Tuviron igual pérdida, que no bajó de veinte hombres por cada parte, y marcharon en opuestas direcciones; López hacia Cuenca y Añón hacia Toril y Masegoso. Al siguiente día se trasladó a Torres, y amagó a esta ciudad, por cuyo motivo la escasa guarnición que en ella había se replegó a Teruel, cuyas cercanías se hallaban también obstruidas por varias partidas, una de las cuales acuchilló a una descubierta que salió de la plaza, por lo cual hubo dentro de ella alguna alarma y disturbio.



El diecinueve de abril llegó por la tarde a esta ciudad una brillante columna de infantería y caballería de la Guardia Real al mando del brigadier Ezpeleta, protegiendo una conducción de quintos para el Provincial de Ciudad Real, que guarnecía a Teruel. Hizo noche, y al día siguiente pasó a pernoctar a Gea, y al día inmediato los introdujo en la plaza, volviendo a regresar con iguales precauciones no infundadas, porque Cabrera, corriéndose desde Valverde por las inmediaciones de Teruel en dirección de Celadas, cayó rápidamente sobre Gea con el grueso de sus fuerzas, pero tarde, porque ya Ezpeleta se había internado en Castilla por Salvacañete. Viendo Cabrera frustrado su intento, tomó la dirección de El Campillo, Vilel y Ademuz, para volver a su punto de partida, dando una vuelta completa alrededor de Teruel. De esta plaza salió el tres de mayo la segunda compañía del batallón de Voluntarios de Extremadura para guarnecer nuevamente a Albarracín. No dejó de causar a estos habitantes alguna extrañeza esta, al parecer, tan poco premeditada determinación. Lo que antes no pudieran hacer doubles fuerzas cómo podría ahora esperarse de su mitad, más cuando las circunstancias, lejos de ser más lisonjeras, eran cada día más apremiantes? A pesar de tan graves inconvenientes, como el comandante de armas de la ciudad don Rafael Sánchez, y el capitán de Voluntarios don Diego de Silva tratasen, como era regular, de hacer en el fuerte los acopios necesarios para precaver un golpe de mano enemigo y poderse sustentar algunos días en caso de sitio, se prestó con gusto a este gasto la población, no obstante conocer que era de todo punto infructuoso. Empero como tres o cuatro individuos nuevamente agregados a la compañía, que hacían alarde de bullangueros, quisieran meterlo todo a barato y propasarse a cometer algunas tropelías contra el paisanaje, apurado el sufrimiento de éste se encolerizó contra la tropa; desarmó a los amotinados; dieron éstos la voz de alarma a sus compañeros, que desde el cuartel se desplegaban en pelotones; las autoridades vuelan a impedir el conflicto; un voluntario asesta su fusil contra el alcalde constitucional don Pascual Ambrós en la calle de la catedral, yerra la puntería, y dando la bala en la pared contigua vuelve de rechazo contra los agresores y atraviesa el muslo de un sargento. A fuerza de exhortaciones las autoridades y jefes logran restablecer la tranquilidad, volviéndose las tropas al fuerte, retirándose los paisanos

al hogar doméstico. Entonces el alcalde, por medio de un bando, dirigió a sus subordinados la proclama siguiente:

“Habitantes de Albarracín; la tranquilidad pública alterada momentáneamente en esta tarde se haya ya plenamente restablecida sin asomo de que pueda de nuevo turbarse. La autoridad que os habla ha recibido en este día una prueba de vuestra docilidad y obediencia a la ley, de que soy el órgano. Si éste es un motivo para que pueda yo confiar en que vosotros continuaréis dándome pruebas de vuestra sumisión, también lo es para que os asegure que por mi parte no perdonaré desvelo alguno a fin de sosteneros tranquilos en medio de vuestras familias. Permaneced con ellas en vuestras casas, no andéis por las calles, y si la necesidad lo exige, sea con la moderación que os caracteriza, y con luz desde el toque de oración. *Obediencia y orden sea vuestra divisa*, y confiad en vuestro alcalde constitucional, Pascual Ambrós. Albarracín, 12 de mayo de 1836.”

Tuvo principio la conmoción a la una de la tarde del citado día, hora en que en el convento de religiosas dominicas se hallaba expuesta la prenda de reconciliación entre los hombres, el augusto sacramento del altar, a causa de cantarse solemnemente nona, que en él celebraba la Iglesia. El Señor quiso evitarnos mayores conflictos dispensándonos su protección; y por su parte nada omitieron las autoridades para coadyuvar, en el orden regular de los sucesos, a la realización de sus designios. Don Vicente Jarque, individuo del ayuntamiento, pasó personalmente a Teruel a noticiar a las autoridades superiores de la provincia el acontecimiento, con la celeridad y verdad que las circunstancias exigían, y en su vista acordaron que el capitán del regimiento de América, don Antonio García, pasase con su compañía a calmar la efervescencia; y practicadas las correspondientes diligencias en la sumaria que instruyó, auxiliado por su compañero de armas Solís, en averiguación del hecho, se replegó a Teruel el día diecinueve, llevando también consigo la compañía de Voluntarios de Extremadura.

Cinco días después Quílez, que había ya incendiado a Ademuz porque los nacionales se resistieran a entregarle las armas, vino a pernoctar a Gea; pasó al siguiente a esta ciudad, e incendiando el

fuerte abandonado, lo inutilizó en gran parte, y al caer la tarde marchó a Torres, y desde allí al río de Cella. Hallábase en Bañón el treinta y uno de dicho mes cuando fue completamente sorprendido por el coronel don Francisco Valdés, que siendo vencedor, por dejar al soldado cebarse en el botín, se vio a su turno vencido por los contrarios, que volvieron a la carga y le arrebataron la victoria. Fuese sensible este contratiempo de Valdés, porque siendo capitán del regimiento infantería de la Princesa, de que yo era subteniente, me distinguió y honró con su amistad cuando nos conocimos en Madrid, y como en atención a su carácter vacilase yo en dar acierto al suceso tal cual lo describían los que militaban en opuestos bandos, cedí a la conformidad que aparece de sus datos, y me convencí de que no en vano pasan los años, consolándome con emitir el ajustado concepto que de él tenían formado los escritores contemporáneos de la última guerra de Aragón cuando decían “*que el general Valdés es uno de los hombres más honrados, más liberales, que tiene el ejército español; pero por desgracia suya ni en Bañón mandaba los granaderos del general, ni él mismo era el joven ayudante de Ballesteros*”.<sup>415</sup> Quílez, después de haber sacrificado las vidas de los oficiales prisioneros a impulsos del encarnizado furor con que entonces se hacía la guerra, incorporó los soldados a sus filas, que por este medio lograban aumento y organización. El dieciocho del mes siguiente pernoctó en Santa Eulalia; el diecinueve, viniendo por el camino de Gea, lo hizo en Albarracín, y al día siguiente en Terriente; al propio tiempo caía a Santa Eulalia el brigadier Rute con su columna. La posición de Quílez era bien crítica si las tropas de Narváez, Rute y López, que lo circunvalaban, lo hubieran estrechado con oportunidad, empero a favor de una marcha forzada que ejecutó por Saldón, Valdecuenca, Bezas y Villel, consiguió deslizarse por la tangente hacia Valbona y Rubielos, donde le tocaron sin gran fruto la retaguardia.

Los carlistas iban engrosándose, y para paralizar sus progresos se confió el mando del ejército constitucional en Aragón al mariscal de campo don Felipe Montes, dándole por segundo cabo a Warleta, quien el trece de julio pasó por Albarracín con su estado mayor y

415 *Historia de la guerra última de Aragón y Valencia*, por Cabello, Santa Cruz y Temprado, tomo 1º, cap. 17, fol. 124.

un convoy escoltado por algunos infantes y caballos, y entró en Teruel aquella misma noche. El Organista se hallaba con su batallón hostigando esta plaza por la parte de Valencia, y Narváez fue a su encuentro; los lanceros del cuerpo, al mando del comandante Foxá iban ya a cargarlo cuando aquél recibió un oficio, al parecer del ministro, y acabado de leer dijo con mucha gracia: *"Esta facción sí que puede decirse que vive de Real Orden. Vámonos, que me llaman a otra parte"*. Marchose a Castilla la Nueva para perseguir a Gómez, y quedó sin su brillante división el ejército del centro.<sup>416</sup>

Sin embargo no se separó largo trecho del teatro de sus operaciones, pues que el dieciséis de agosto se hallaba reunido con Montes, Villacampo y Emilio, que tenían puesto en Gea el cuartel general del ejército del centro. Allí les llegó la noticia de que la excelsa reina gobernadora, impulsada por la fuerza de las circunstancias, había prestado juramento a la constitución de la monarquía española, promulgada en Cádiz el diecinueve de marzo de 1812, y las tropas, acatando la soberana disposición, se adhirieron francamente al nuevo orden de cosas, prestando igual juramento el día dieciocho, en cuya operación ya les había precedido espontáneamente, desde el quince, la ciudad la Albarracín, que tuvo sin embargo que renovarlo otra vez cuando, de Real Orden, se le mandó que lo hiciera. El veinticinco del mismo mes, previas las formalidades prescritas para el caso, fue por unanimidad elegido diputado por el partido don Francisco Santa Cruz.

El tres de septiembre se presentó Gómez en Orihuela, conduciendo prisioneros al brigadier López y sus soldados, cogidos en la acción de Jadraque. Al día siguiente pasó por Royuela a pernoctar en Terriente, desde donde se dirigió a Utiel, allí se le reunieron Quílez y El Serrador con sus divisiones, y Cabrera con solos sus ayudantes y plana mayor, y con su mentor el canónigo Cala y Valcárcel;<sup>417</sup> y libres del embarazo que les ocasionaban los prisioneros, que remitieron a Cantavieja, emprendieron su marcha hacia Andalucía. Alais, general de la reina, iba en acecho del enemigo; el

416 *Historia citada*, tomo 1º, cap. 17. fol. 134.

417 *Id. id. : Id. id.*

día cuatro durmió en Orihuela, el cinco en Torres, y siguiéndole la pista, marchó por Frías a Cuenca, y dándole alcance en Villarrobledo, vengó el ultraje que las armas constitucionales recibieran en Jadraque. A pesar de este contratiempo la expedición de Gómez no desistió de su empresa; empero como a mi intento no haga seguir sus movimientos paso a paso, me limitaré a indicar la parte que en la toma de Almadén cupo a algunos de nuestros compatriotas que militaban con Quílez. *“El veintitrés de octubre la división expedicionaria llegó al frente de Almadén, pueblo de 8.448 habitantes, cuya defensa estaba confiada a los brigadieres don Manuel de la Puente y don Jorge Hinter con la competente guarnición... Los aragoneses, protegidos por la artillería, avanzan hasta las paredes de una casa fortificada, prenden fuego al edificio y la guarnición se entrega... toman por asalto otra segunda casa defendida por dos compañías de línea... y al día siguiente se rinde Hinter con el resto de su tropa”*.<sup>418</sup> Aunque en la descripción de estos sucesos no se hace mención específica de los vecinos de la Ciudad y Comunidad que participaron en esta arriesgada jornada, consta de un modo positivo que lo fue la guerrilla mandada por el sargento Roque Ramos, de Gea, a quien se dio el ascenso de oficial en el campo de batalla, y el albarracinense Mariano Lahuerta, que con temerario arrojo fue el primero que asaltó la casa fortificada, y en razón de ser ignorante en letras solo pudo obtener por premio una cruz pensionada.

El capitán don Diego de Silva, del batallón extremeño, de quien ya se hizo mención con motivo de las ocurrencias que tuvieron lugar entre los soldados de su compañía y los habitantes de esta ciudad, fue sorprendido en Arcos por El Royo de Nogueruelas; murieron muchos en la refriega, y los restantes, con el capitán y un hijo suyo de corta edad, fueron fusilados el veintiuno de octubre en las cercanías de Albentosa. Reparó cumplidamente el mal efecto que produjera este descalabro el ventajoso resultado que los generales San Miguel y Nogueras obtuvieron con la toma de Cantavieja, verificada el día primero del inmediato noviembre, pues además de la pérdida causada a sus contrarios, ambos se abrieron paso por medio de sus filas, liberaron a sus camaradas los prisioneros de López, allí depositados,

418 *Vida militar y política de Cabrera por don Buenaventura de Córdoba*, tomo 1º, cap. 12, fol. 119.

y regresaron a Teruel cargados de despojos. Salieron para Castilla a interceptar el paso a los expedicionarios, que regresaban de Andalucía. Cabrera, separado de Gómez, intentando penetrar en Navarra con las tropas de la Mancha, fue derrotado en el paso del Ebro junto a Rincón de Soto; salió gravemente herido de la refriega, y logró ponerse en salvo permaneciendo largo tiempo oculto en casa del cura de Almazán. Gómez, batido el veinticinco en Majaceite por Narváez, llegó son otro tropiezo hasta Las Provincias, burlando las combinaciones de Rodil, y los esfuerzos de las tropas que intentaron interceptar su paso. Con este objeto llegó a Albarracín el ocho de diciembre, día de la Concepción, la columna de San Miguel, pero después de conocer que sus movimientos no eran ya oportunos desistió del intento, y con toda celeridad regresó otra vez a Zaragoza en solos dos días para estar a la mira de los sucesos harto importantes que se preparaban al frente de Bilbao, cuya plaza hacía ya dos meses tenían sitiada los carlistas. Y se hallaba en sumo conflicto, cuando en la noche del veintitrés al veinticuatro decidió su suerte el general de la reina don Baldomero Espartero en la sangrienta jornada que le granjeó el merecido título de conde de Luchana y libertador de aquella ciudad. Allí también combatieron en encontradas filas nuestros paisanos, en tanto que Calvache, comandante de un batallón de Castilla, de nueva organización, se presentaba en esta ciudad el veintiocho del mismo mes y tomaba a sus vecinos fabricantes varias piezas de paño, y a los comerciantes las bayetas y demás necesario para el equipo de su tropa, cuya construcción de vestuario había establecido en Arcos de las Salinas, para donde marchó el mismo día, llevándose por último las varas del palio, siendo desatendidas las justas observaciones que se le dirigieron para que desistiera de su intento, pues lo dio por justificado con decir que debían servir a la causa de la religión y del trono.



## CAPÍTULO XXXIX



a presentación de Cabrera en Rubielos de Mora a sus soldados, que lo recibieron con el mayor júbilo y entusiasmo, y la reconquista de Cantavieja por Cabañero fueron en verdad dos acontecimientos de gran monta para reanimar el partido carlista, que bajo tan buenos auspicios dio principio a la campaña del año 1837. Entre tanto, el ejército nacional trató en las Provincias de ocupar, como lo llevó a cabo, la línea de Hernán. Don Carlos entonces, puesto al frente de una brillante expedición compuesta de sus mejores tropas, marchó al Alto Aragón, y el dos de mayo sostuvo un terrible choque en Huesca, donde perecieron Irribaren e Iriarte, aquél general en jefe del ejército constitucional, y éste general de su caballería. En Barbastro sostuvo ventajosamente otra acción en que sucumbió el jefe de la legión argelina Conrad con otros oficiales de cuenta, empero la suerte le fue menos propicia en Graus, donde la victoria favoreció al barón de Mer, general de las tropas de la reina. Entre tanto Cabrera quiso llamar la atención de éstas hacia este territorio, y con lo más florido de sus batallones llegó a Albarracín el ocho de junio, y en su entrada quiso que luciese la música y demás aparatos bélicos que pudieran darle a los ojos de la población mayor realce e importancia. Al día siguiente vinieron las tropas que mandaba Cabañero, que recibieron algunas modificaciones en su organización, y en el in-



mediato salieron precipitadamente para amagar un ataque contra Caspe, siendo en realidad otro su objeto, pues don Carlos, por una hábil contramarcha, se presentó, cuando menos se le esperaba, a las márgenes del Ebro el veintinueve del propio mes. Cabrera, que debía desde el lado opuesto facilitar el proyecto del paso, destacó a su amigo Pertegaz, para que sosteniendo a toda costa el desfiladero llamado *"Las armas del rey"*, impidiese la reunión de Nogueras con Broso, que ocupaba con su brigada el pueblo de Cherta. Marchó Cabrera a su encuentro, y cuando desde sus posiciones divisó a los expedicionarios que llegaban a la opuesta orilla, entusiasmado con la idea de que su rey estaba allí, mandó formar en batalla y habló a sus soldados de esta manera: *"Voluntarios, hijos míos, de vosotros pende la salvación del monarca y de la expedición real. Sois valientes y ésta es la ocasión de acreditarlo. Su majestad y un ejército de bravos os contemplan. Marchemos de frente al enemigo hasta lanzarle de sus posiciones y batirle. Hoy sí que es preciso morir o vencer. Yo también moriré en mi puesto si conviene, y éste es nuestro deber, ¡Soldados, viva el rey!"*. En confusa y alborozada gritería repitieron todos: *"¡Viva el rey y viva don Ramón!"*,<sup>419</sup> y se lanzaron impetuosamente sobre Broso, a quien obligaron a retirarse mal de su grado y más que a paso hasta la inmediata plaza de Tortosa. Cabrera obtuvo entonces de don Carlos el nombramiento de comandante general de Aragón, Valencia y Murcia. Sin embargo no se siguió el plan de campaña que propuso, y que estaba reducido *"a deshacerse de todo lo que pudiera servir de embarazo remitiéndolo a Cantavieja, y con la fuerza disponible marchar día y noche, pero con tal celeridad sobre Madrid que coincidiese la llegada de la noticia de la salida de Cherta con la de hallarse la expedición en la puerta de Atocha, para lo cual no bastaba correr, era preciso volar"*. El proyecto se desechó por temerario; siempre empero ha quedado en problema de cual hubiera sido su éxito confiado al denuedo y arrojo del caudillo tortosino, al paso que el que después le hicieron adoptar los que se tenían por previsores en el campo de don Carlos no pudo casi ser más desgraciado en resultados para su causa.

419 *Historia o vida militar y política de Cabrera*, por Córdoba. Tomo 1º, cap. 1.º, fol. 227.

Recobrada la expedición de los pasados quebrantos con el descanso y la abundancia con que Cabrera cuidaba de su subsistencia con los repuestos de víveres que acopiados tenía a costa del esquilado pueblo, emprendió su movimiento hacia Valencia, y a las inmediaciones de Chiva se dio una sangrienta batalla que ornó de laurel la frente del vencedor general constitucional don Marcelino Oraá. Los realistas se replegaron a las sierras de Cantavieja. El general Espartero, ya entonces conde de Luchana, cayó con su ejército a Santa Eulalia para estrechar a sus adversarios; “por manera que en estos días había en la provincia de Teruel, a diez leguas de la capital, en lo más pobre de su territorio 40.000 infantes y 4.000 caballos; todos habían de comer y la cosecha no se había recolectado todavía”.<sup>420</sup> “El pretendiente -dicen los historiadores que analizó- había vuelto sobre Camarillas y aparentaba bajar al Jiloca, pero éste, lejos de venir al río, marchó por Montalbán a Herrera y Santa Cruz sobre el campo de Cariñena. Por si la facción se dirigía a Zaragoza se había situado Buerens en Belchite y Azuara. El veinticinco de agosto salió de este pueblo, y en Villar de los Navarros y término de Herrera le esperaba la expedición con todas sus fuerzas. Por más pruebas que hizo: por más valor y bizarría de jefes y soldados, la victoria fue para los más. En la acción de Herrera se inutilizó la división, y en ella perdimos mil prisioneros, doscientos heridos y cincuenta muertos. Cara costó también al pretendiente, porque al lado de Quílez y Manolín murieron también más de cien oficiales y soldados, y no bajaron de doscientos los heridos que dejó en los pueblos y llevó al hospital de Cantavieja”.<sup>421</sup> “Después de esta jornada, y continuando la relación de los movimientos de ambos ejércitos, diremos -con otro notable escritor- que Espartero se incorporó a Oraá sobre Daroca, y don Carlos contramarchó hacia Langueruela y Calamocha sin poderse deducir el objeto de tantas marchas y contramarchas, que unas veces indicaban replegarse por Pancrudo a las sierras de Camarillas, otras dirigirse a Cuenca o Molina de Aragón. Determinaron empero los generales cristinos avanzar sobre Calamo-

420 *Historia o vida militar y política de Cabrera*, por don Buenaventura de Córdoba. Tomo 1º, cap. 5, fol. 104

421 *Historia citada de Cabello, Santa Cruz y Temprado*, tomo 1º, cap. 23, fol. 221.

cha el día dos de septiembre, yendo a retaguardia las divisiones de Oraá, y a corto trecho las de Espartero. Los expedicionarios, cuyo objeto era fatigar al enemigo, ganarle dos días de marcha, y tomar el rumbo de Madrid, habían salido de Calamocha a las seis de la mañana, dejando cuatro escuadrones en las ventas de Fuentes Claras y pueblo de Caminreal. El conde de Luchana, general en jefe de los ejércitos reunidos, dispuso que toda la caballería pasase a vanguardia y acometiese a la carlista en dichos puntos mientras la infantería protegía este avance. Verificose el movimiento con orden y celeridad pero sin resultados; los enemigos retiraron hacia Villafranca, y por la noche entraban en Alba dos horas más allá de aquel pueblo. Pernoctó en Calamocha Espartero, en Monreal Oraá. Proponiéndose éste alcanzar sobre Santa Eulalia a los expedicionarios, y necesitando más número de caballos para dominar la inmensa llanura en que debía darse la acción, envióle Espartero una brigada de la Guardia Real con cuyo esfuerzo era de esperar un gran triunfo. Al amanecer del día tres rompieron el movimiento las tropas cristinas hacia Villafranca y Alba, y a la misma hora salían de este pueblo los carlistas camino de Pozondón. Advertido el conde de Luchana, siguió igual rumbo y previno a Oraá que por la ruta más corta marchase a Orihuela del Tremedal. Desfiladeros y barrancos casi intransitables retardaron la llegada del ejército hasta una hora muy avanzada de la tarde, y observando Oraá que los realistas se contenían al frente de Orihuela del Tremedal y posiciones de su inmediación, considerando también que la fatiga del soldado y la proximidad de la noche no permitían acometer a un enemigo encastillado en el pueblo, resolvió campar y diferir el ataque hasta la madrugada siguiente. Desprevenido el ejército para este accidente, pasó la noche en continuo desvelo, con intenso frío, sin agua, sin utensilios, sin más alimento que galleta”.

“Al toque de diana subía Espartero con sus huestes a las colinas que ocupaba Oraá, y moviéronse ambos generales de frente al pueblo; pero habíanlo abandonado aquella noche los realistas en dirección de Orea, dos horas a retaguardia de Orihuela, situando algunas fuerzas en la sierra del Tremedal. Creyendo dichos caudillos al observar estas masas que era su intento amagar una batalla en posiciones tan ventajosas y escogidas, ordenaron un avance oblicuo a la izquierda en columnas paralelas formada cada una de las mismas

por compañías y la caballería en dos divisiones por cada flanco, yendo a vanguardia los húsares de la Princesa con el general en jefe y su estado mayor, pues el terreno permitía esta arreglada e imponente marcha. Fatigaronse también en vano los ejércitos reunidos; don Carlos siguió un apresurado repliegue hacia Tramacastilla, dejando en acecho la división alavesa, que después de un insignificante tiroteo de guerrillas abandonó sus posiciones. Las tropas cristinas hicieron alto junto a Bronchales, y juzgando por los avisos recibidos que los enemigos pernoctarían en Albarracín, ordenó Espartero que todo el ejército, dividido en dos columnas, cayese simultáneamente sobre esta ciudad marchando por Noguera, Tramacastilla y Torres a dar en las alturas de El Carmen. A las tres de la tarde entraba el ejército en Albarracín; los expedicionarios se dirigieron por Calomarde a pernoctar en Frías”.

“Lamentaron justamente los generales cristinos la falta casi absoluta de confianzas y la gran dificultad de tenerlas en aquel país, donde como dice un escritor contemporáneo “las simpatías e inclinaciones estaban a favor de la causa carlista, y nada se había hecho para modificar, antes bien para exasperar, esta hostil tendencia. Los realistas dominaban donde quiera que llegaba su voz y no había cristinos. Los cristinos no tenían poder donde no se veían sus armas. El partido liberal estaba dividido en las ciudades, era nulo en los campos; y entre servir y obedecer a uno de los bandos los mozos y los alcaldes, los paisanos y los curas íbanse a Cabrera más de grado y de mejor voluntad. Las tropas carlistas estaban, por decirlo así, en su casa; donde quiera encontraban campamentos y almacenes. Las tropas de la reina no así.” “Clamaba la voz pública –dice el diario de un oficial de estado mayor del ejército del centro– que batiésemos al enemigo, a este enemigo que se encuentra en todas partes y en ninguna, que huye o resiste y siempre ventajosamente; que sabe la marcha no solo de nuestro ejército, sino la de cada soldado” Estas mismas ideas repite e ilustra el general don Luis Fernández de Córdoba en su luminosa memoria sobre la guerra de las provincias vascogadas.”<sup>422</sup>

422 Vida militar y política de Cabrera, por Córdoba. Tomo 2º. Parte 2ª, Cap. 1ª, fol. 36 y siguientes.

En efecto “*en dos leguas de terreno, como dicen los historiadores de la guerra última de Aragón y Valencia, habían dormido la noche anterior los tres ejércitos*”;<sup>423</sup> y algo tiene de sorprendente y extraordinario que uno de ellos, observado tan de cerca por sus dos antagonistas, pudiera al día siguiente efectuar el desfile con tal cautela que lograra ocultarles su verdadera dirección, siendo así que marchaban a un mismo tiempo en líneas paralelas; y casi no comprendo como pudo el ejército de don Carlos hacer la travesía desde Noguera por Tramacastilla a Calomarde y Frías sin ser vistos por las tropas de Espartero y Oraá cuando estos marchaban desde Bronchales por Tramacastilla y Torres a Albarracín. El que conozca con exactitud la topografía del país encontrará en ellos un enigma de no muy fácil solución; y se admirará no poco de que en el corto recinto de esta pequeña ciudad se alojaren Espartero, Oraá, Van-Halen, Méndez Vigo, Nogueras, Rivero e Iriarte con todo su ejército, y bien puede asegurarse que jamás estas escarpadas breñas vieran hasta entonces tan numerosa y brillante reunión, ni es fácil que jamás vuelva otra vez a verificarse. En Albarracín tuvieron los generales noticia circunstanciada de la ruta que llevaba la expedición; y siendo sus miras las que se le suponían, se les dio bajo este concepto nociones bien exactas sobre el modo con que podían ser ventajosamente contrariadas, que a pesar de lo que decía en su diario el oficial de estado mayor de que queda hecha mención, también en el país hallaba simpatías la causa de Isabel; empero aquellos no las adoptaron, y siguiendo los planes que tenían proyectados, salieron al día siguiente cinco para Teruel y Santa Eulalia, al paso que don Carlos, por el Vallecillo y Herrería de San Pedro penetraba en Castilla y se dirigía hacia Madrid, precedido de Cabrera, que con sus batallones bajara por la parte de Valencia. Hubo alguna escaramuza de corto momento a las puertas de la capital, y sin atreverse a más, se pronunció en retirada para las Provincias, y la efectuó no sin quebranto de sus tropas y gran desconsuelo en su corazón, pues como dicen los historiadores citados, “la idea de haber visto el regio alcázar pasaba como un sueño para el pretendiente. Cinco meses habían transcurrido desde que cruzó el Arga hasta que volvió a repasar Las Encartaciones, y en ellos había corrido

423 Historia de la guerra última de Aragón, citada. Tomo 1º. Cap. 23, fol. 222.

todas las vicisitudes que pueden ocurrir a un personaje. Rodeado en Sangüesa de obispos, ministros, generales, intendentes y gentiles hombres; y defendido en Espejo por solo chapelchurris. Venerado en Huesca bajo el palio; y *conducido del brazo por el guarda de montes de Bronchales* (que fue tal vez en aquella ocasión el mejor conductor que elegir pudiera para salvar su ejército). Celebrando besamanos en Burjasot; y no pudiendo acabar de escribir una carta desde Burbágena a Orihuela. Agraciado en Barbastro a los de su comitiva con intenciones y direcciones; y no pudiendo dar alfileres a las criadas que le sirvieron en El Pobo, eran transiciones demasiado sensibles aún para el hombre más filósofo”.<sup>424</sup> Véase ahora si el plan arriesgado de Cabrera podría haber dado más funestos resultados a la causa carlista que los que le ocasionó el científico que acabamos de describir; y todavía no está todo dicho.

Al retirarse don Carlos de Madrid, Cabrera se halló cortado y no pudo seguir su movimiento. Precisado a retroceder y con premura, no le salvó su diligencia, porque alcanzadas en Arcos de la Cantera todas sus compañías de preferencia el veintidós de septiembre y cercadas por la caballería de Oraá, se vieron obligadas a rendir las armas. El resto de su tropa continuó tan aceleradamente su retirada que cayó de improviso sobre Royuela el veinticuatro, a propio tiempo que se celebraba el sitio de Nuestra Señora de los Dolores. Tan ajenas se hallaban las gentes del contorno, y particularmente las de Albarracín de semejante encuentro, que habían ido, como de costumbre, en gran número a esta romería; y paisanos y soldados, todos entremezclados, llegaron a la ciudad a la desbandada. Aquella tarde y al siguiente día descansó Cabrera; reorganizó su tropa; tuvo aviso de que se habían salvado los equipajes y otras fuerzas que juzgaba también perdidas. “Desde Albarracín envió Cabrera al ayudante de sus ordenanzas don Antonio Blanco en calidad de parlamentario cerca de Oraá para proponerle el canje de las compañías de cazadores con los prisioneros de Herrera, Buñol y otros puntos. Oraá, dice Cabrera en el parte que dio de estas ocurrencias, contestó de una manera evasiva, y aunque aparentó que accedía, después no cumplió... para privarme de unos mozos tan valientes y aguerridos preci-

424 Historia citada de la guerra última de Aragón. Tomo 1º, cap. 24, fol. 228.



samente cuando acababa de ser batido; dificultar la defensa de Cantavieja cuando Oraá tratase de conquistar esta plaza, pues los prisioneros que yo tenía eran un estorbo para mí; y creer seguro que me alcanzaría y escarmentaría: lo cierto es que el canje no se cerificó y que la mayor parte de los mozos se transportó a ultramar.” Cabrera se extiende sobre este incidente a hacer en su diario algunas filosóficas reflexiones con que intenta probar que no siempre estuvo de su parte la culpa para que la sangrienta lucha que a la nación aquejaba no fuera más regular y metódica, evitando por este medio algunos de los horrores con que se vio mancillada.<sup>425</sup>

Cabrera desde Albarracín marchó para Cantavieja. No eran infundados los presentimientos que había concebido de los intentos de Oraá, porque, en efecto, hechos los competentes aprestos, se dirigió a desalojarlo de aquel punto fortificado, empero le puso su adversario tal resistencia en los desfiladeros de Catí y Ares en los días veinticinco y veintiséis de octubre, que Oraá juzgó oportuno diferir la empresa para mejor ocasión. Entre tanto se sucedían en nuestro territorio con tal rapidez los acontecimientos que apenas no será fácil hacer de todos una ligera reseña. El partidario Bonet, joven atrevido al par que inconstante, pues que dejó el partido carlista para filiarse en el cristino, que desertó a su turno para abrazar el esparterista, conducía desde Teruel a Jaca a Tena y otros prisioneros que fusiló en Singra, en cuyo mismo punto el once de diciembre vengó Aznar la muerte de sus compañeros de armas destrozando a Bonet, causándole algunos muertos, haciendo prisioneras dos compañías de línea, salvándose aquél con algunos caballos no sin gran esfuerzo y riesgo de su vida. Estuviera pocos días antes de este suceso alguna fuerza carlista, mandada por Castilla, en Albarracín, que salió para la sierra. Tumba-Zorras con otra faccioncilla acababa de desalojar la misma ciudad cuando el partidario Bueno llegó, y marchó precipitadamente a ver si lograba alcanzarla, mas no lo consiguió. Todo el país se hallaba molestadado por pequeñas partidas. Así terminó el año 1837, en que se promulgó otra nueva Constitución.

Ni el que le sucedía estuvo mucho tiempo falto de ocurrencias notables; pues que el diez de enero de 1838 pernoctaba en Frías

425 *Vida de Cabrera por Córdoba*, tomo 2º, parte 2ª, cap. 1º, fol. 59 y 60.



una expedición venida de Navarra al mando del don Basilio García, y el general Oraá, que lo perseguía, lo efectuaba en Orihuela; uno en pos de otro se dirigieron a la Mancha. Aprovechando la feliz coyuntura que la ocasión presentó, se llevaba entre tanto a cabo por medio de una escalada una ardua empresa, protegida por la oscuridad de la noche del veinticinco, “y desde el veintiséis de enero Morella era de Cabrera. En su castillo ondeaba el pendón de Carlos V, y a pesar de su altura, desde él no se divisaba la bandera de Isabel II sino en las costas del Mediterráneo y en las orillas del Ebro”.<sup>426</sup> Envalentonados con este suceso los carlistas, dieron mayor ensanche a sus operaciones; Aznar y Marconell vinieron a Albarracín y recorrieron toda su sierra en compañía de Ibáñez, que iba encargado de recaudar las contribuciones; pasaron a la de Teruel e hicieron también su cobranza. Incorporados con Cabañero se acercaron a esta plaza, y el treinta y uno de enero tuvieron una empeñada liza con su guarnición, en la que murió el capitán Urbiola, aposentador del ejército del centro, y fueron heridos diez soldados y cinco caballos; teniendo igual pérdida sus adversarios, que regresaron a Albarracín el dos de febrero, y el tres salieron para Alustante. Destácase de ellos una partida a la desfilada, y sorprendió en Peracense una parte de la guarnición de su castillo que, bien ajena de ello, estaba entregada a la zambra y diversión. Al propio tiempo que Cabañero estuviera también en Albarracín, don Francisco del Olmo, que con su partida salió para la Torre de Veguillas, donde tuvo la noticia del suceso de Peracense, y para celebrar el triunfo de sus armas se dieron también al júbilo y algazara, olvidando neciamente que las mismas causas producen siempre resultados idénticos, pues que sorprendidos por la columna de Moya, sufrieron a su vez los frutos amargos de su negligencia, muriendo veintiséis hombres, y dispersándose los restantes. En la misma época se escaparon del depósito de Teruel dieciocho prisioneros carlistas, a tiempo que otra partida de estos sorprendía en Santa Eulalia treinta soldados de la reina.

Las empresas arduas estaban entonces a la orden del día. “Caballero, queriendo ganarse una reputación mayor y más justa que la que gozaba Cabrera, concibió el atrevido proyecto de apoderarse de

<sup>426</sup> *Historia citada de la guerra de Aragón*, tomo 2º, fol. 19.

Zaragoza. El haberlo intentado tiene más mérito que cuantas empresas acometió la facción en los siete años. Dominar en una noche y con tres mil hombres el pueblo que costó dos meses a los mejores generales de Napoleón con 70.000 veteranos, cien piezas de artillería, 36.000 bombas y la peste, era más de lo que Cabañero podía figurarse. Mandar el Ebro, juntar a Navarra y Cataluña, y alojar a don Carlos en el palacio de don Jaime, de Alonso V y de Fernando el Católico valía más que entrar en Cantavieja o en Morella. Si al llegar al Coso y la calle del Carmen se paró a contemplar las ruinas del hospital y de San Francisco y pensó que para penetrar allí había perdido Lannes más generales y jefes que él traía soldados, ciertamente debió gozar una satisfacción muy cumplida”.<sup>427</sup> Mas para que lo fuera tanto como a su intento convenía debió, al llegar a la puerta del Carmen, por donde en la noche del cinco de marzo hizo la escalada, haberse detenido a leer el lema que el león colocado sobre ella lleva entre sus garras: “*Dentro yo*”. “*Intus ego*”. Debió considerar que no bastaba solo entrar, sino que era preciso después habérselas dentro con un pueblo de leones para que la cuenta no le saliera tan mal como en efecto le salió, porque a pesar de hallarse sus soldados apoderados de los principales puntos y avenidas de la ciudad, tan pronto como sus habitantes se alarmaron por el disparo de algunos tiros y de los vivas dados a Cabañero y a Carlos V, todos a una atacaron y lanzaron fuera sus adversarios, a quienes causaron la pérdida de doscientos diecisiete muertos, sesenta y ocho heridos, veintisiete jefes y oficiales con setecientos tres soldados prisioneros. Los zaragozanos perdieron once muertos, cincuenta heridos, dos contusos y cincuenta y cuatro prisioneros. El lauro fuera completo si el siete no hubieran salpicado la victoria con la sangre del segundo cabo Esteller.

Este mismo día, incomodados los paisanos de Griegos de las tropelías que en el pueblo cometían algunos que se decían facciosos, los prendieron en virtud de las órdenes que para ello había. Una partida que había en Torres los mandó soltar, los paisanos obedecieron y vinieron a dar cuenta del suceso a Albarracín; fueronse después a la posada, y en ella se vieron de improviso acometidos por aquéllos,

427 *Historia citada de la guerra de Aragón*, tomo 2º, cap. 4º, fol. 38 y siguientes.

resultando herido de gravedad un paisano; interpuso la autoridad su poder, y se restableció la tranquilidad. Averiguada la verdad de los hechos por el comandante que mandaba la partida, que llegaba de Torres, maniató a los agresores y los condujo a Cantavieja.

El comandante realista don Francisco del Olmo, en algún tanto ya rehecho de su derrota de Torre las Veguillas, fue atacado el diecisiete del mismo mes a las inmediaciones de Caltiefabib por el teniente de tiradores de cuerpos francos de la provincia don Manuel Bueno, quien le ocasionó la pérdida de nueve hombres y dos caballos muertos, y con otros varios efectos, otros cuatro caballos ocupados. Al día siguiente se vio Bueno en grande aprieto en Ademuz atacado a su turno por parte de la brigada castellana, que le hizo dos prisioneros y rescató sus cuatro caballos. Era Bueno compatriota nuestro y natural de El Cuervo, por lo que era sobremanera práctico en el terrero, y esta fue su fortuna en esta ocasión, porque retirándose hacia Alobras evitó caer en una emboscada que en el camino de Moya, por donde debía haber marchado, le tenía armada el jefe de la fuerza enemiga don José Domingo Arnau, que llegó hasta Terriente, pidió raciones a Albarracín y se replegó a Castilla, llevándose de aquel pueblo todo el ganado mayor. El cinco de abril salió Bueno de Albarracín, donde había pernoctado, y tres horas después entró otra partida de Cantavieja; unos y otros marcharon a la sierra.

El doce del mismo mes, día de Miércoles Santo, llegaron a esta ciudad a las doce de la mañana algunos batallones de Cabañero mandados por el coronel Lordán. Venían de una incursión a Castilla, de donde regresaban por Orihuela; pasaron a la ligera, sin detenerse hasta el arrabal de Santa Bárbara, donde hicieron alto para racionarse, y tan luego como lo efectuaron salieron para Gea entre tres y cuatro de la tarde, y de allí a las once de la noche por Celadas a las sierras de Teruel. Entre nueve y diez de la noche entró en Albarracín el brigadier Abecia con su brigada y la de Rute; una de ellas salió para Teruel al día siguiente en busca de un convoy; la otra descansó el día de Jueves Santo y el viernes salió con dirección a Calamocha.

Cabrera ponía todos sus conatos en dejar expedito en contorno de Morella un círculo mayor a sus operaciones, embistiendo al efecto

los fuertes guarnicionados por sus enemigos en su circunferencia. Gandesa se vio evacuada después de los rudos y repetidos esfuerzos con que por muchos meses resistió sus ataques con heroica resistencia; después lo efectuaron Benicarló en Valencia; Alcorisa, Calanda y Samper en Aragón, que sucesivamente cayeron en sus manos. Empero todos estos adelantos que bajo este punto de vista obtenían sus armas, los sufrían de menoscabo con las completas derrotas ocasionadas por el ejército constitucional en las divisiones expedicionarias de García, Tallada, Jara y Negri, cuyo jefes, unos sucumbieron en la arena del combate, otros pudieron libertarse a duras penas para hacer el relato de sus quebrantos. El astuto cura Merino, que se hallaba en las sierras de Burgoz, supo esquivar la derrota replegándose más que a paso a las del Tremedal; el nueve de mayo pernoctó en Albarracín; el diez salió hacia Jabaloyas, donde se incorporó con los restos de la brigada castellana que el treinta del anterior fuera batida por don Javier de Azpiroz junto a los muros de Cañete.

El veintiséis del propio mes de mayo llegó a esta ciudad, procedente de Teruel, un batallón de la reina, segundo de línea, al mando de su comandante Pastors, con sesenta caballos. Descansaron en la plaza desde las nueve hasta las once de la mañana, en que recibieron avisos de sus confidentes y marcharon a Pozondón. Cerciorados allí que poco antes había salido la partida de enemigos que perseguían, siguieron la pista, y como desde el sitio llamado el Viso los descubriesen, cuando pasaban aceleradamente por Santa Eulalia, los cargó a escape la caballería, y más allá de la Virgen del Molino los alcanzó camino de Camañas e hizo cuarenta y dos prisioneros, logrando evadirse Botija, que los mandaba, y alguno de los suyos. Dos días después subió a Albarracín otro batallón de infantería y sesenta caballos a las órdenes del comandante Montenegri; pasó a hacer noche a Tramacastilla y al día inmediato regresó para Teruel.

La partida franca de la provincia de Cuenca, denominada del trueno, estuviera casi en continua liza con la que mandaba el carlista oficial Vera, acantonado en esta sierra. En diferentes ocasiones los pueblos de Guadalaviar y Griegos presenciaron sus insignificantes tiroteos sin resultado alguno. El cinco de julio la cosa fue un poco

más seria en Torres, en donde Vera se dejó sorprender por su adversario, que le hizo diecisiete prisioneros. Salvose por entonces el oficial y algunos soldados que estaban bañando sus caballos, mas poco después fueron todos copados en Carrascosa, de la serranía de Cuenca.

Estos pequeños incidentes eran precursores de sucesos de la más alta importancia. Cabrera se preparaba para resistir los vigorosos ataques que preveía iban a sufrir sus plazas de Morella y Cantavieja; dio una lacónica proclama a sus voluntarios para animarlos a la defensa. Oraá hizo otro tanto por su parte, y hechos los correspondientes aprestos, movió simultáneamente sus tropas desde Teruel, Alcañiz y Vinaroz, dando principio a las operaciones el veinticinco de julio con cuatro divisiones de infantería a las órdenes de Broso, Pardiñas, San Miguel y Nogués, y una de caballería que mandaba don Bartolomé Amor, formando un total de veintitrés batallones, doce escuadrones y veinticinco piezas de artillería de todos los calibres, con el competente servicio de cuerpos facultativos. Cabrera solo podía oponer una mitad de fuerza, empero con su incesante movilidad y temerario arrojo sabía, digámoslo así, multiplicarlas para hallarse, por sí o por sus inmediatos Llangostera y Forcadell, allí donde el peligro reclamaba con más urgencia su presencia. No había género de obstáculo que no suscitasen a los sitiadores de Morella; los ataques se sucedían sin intermisión todos los días; el sustento que les habían de proporcionar los convoyes llegaba tarde y siempre salpicado de sangre; a pesar de tanta oposición, el doce de agosto se colocaron contra la plaza las baterías de la brecha; el trece al amanecer rompieron el fuego, que siguió todos el catorce y parte del quince, en que dieron por practicable la brecha, aunque no lo estaba. Aquella misma noche se preparó el asalto con diecinueve compañías de granaderos, que fueron rechazados, con mucha pérdida, por el mortífero fuego de la plaza y la inflamación de los combustibles aglomerados a espaldas de la brecha, que presentaba el aspecto de un volcán. El diecisiete al amanecer se dio a la plaza otro nuevo asalto que fue también inútil, y en él perecieron los más valientes del ejército, entre quienes se contaba al comandante Las Heras, el teniente coronel de estado mayor Alonso, Portillo, que fuera antes gobernador de Morella, y entre los heridos un sobrino de Oraá. El día dieciocho se le-

vantó el sitio y se emprendió la retirada para Alcañiz, siendo en ella hostigado el ejército por su retaguardia y flancos por sus contrarios. “En la defensa de Morella prestó muy distinguidos servicios el capitán de artillería don Manuel Fernández, natural de Noguera, que mandaba las baterías del castillo”.<sup>428</sup> Lo que más aquejó a las tropas constitucionales fue la falta de víveres, al paso que los carlistas se hallaron abundantemente provistos por las correrías de Marconel y Lordán, que los extraían de los territorios de Teruel, Albarracín y Molina; lo que hubieran muy fácilmente podido evitar algunos escuadrones apostados en el río de Cella, donde habrían prestado a su causa mejor servicio, a juicio del mismo Lordán, que consumiéndose de inacción en Monroyo, imitando al infatigable Cabrera, que desde este punto marchó sobre Valencia, invadió cuando menos lo esperaban aquellos habitantes sus riberas, extrajo de ellas un inmenso botín de dinero, armas, comestibles y caballos, y lo condujo todo a Morella. Lanzáronse con este motivo fuertes recriminaciones por los periódicos contra el acreditado general en jefe don Marcelino Oraá, que dimitió su destino. Mientras se deliberaba en darle sucesor, la división de Pardiñas hizo movimiento desde Alcañiz hacia Maella, y en sus inmediaciones tuvo lugar la acción tal vez más sangrienta de que hacen memoria los anales de esta desastrosa lucha. El resultado fue fatalísimo a las armas de la reina, pues pereció el general que las mandaba con gran número de oficiales y soldados que quedaron en el campo, y 3.015 prisioneros, entre ellos 120 jefes y oficiales, siendo muy reducido el número de los que lograron salvarse. La pérdida de Cabrera fue de 500 hombres de todas clases, entre ellos los acreditados jefes Rufo y Vizcarro. Cabrera hizo fusilar a todos los del arma de caballería cogidos prisioneros, en represalia de no haber éstos dado cuartel a quince de sus soldados al principio de la acción; y desde entonces volvió de nuevo a plantearse el funesto sistema que llenó de llanto, luto y consternación a millares de familias que en una y otra banda cogieron los amargos frutos de semejante comportamiento. Tomó el mando del ejército don Antonio Van Halen, y para aplacar los manes de las víctimas del Horcajo, creyó justo sacrificar otras tantas en Segorbe. El corazón sensible, lleno de angustia y opresión, apenas

428 *Vida de Cabrera por Córdoba*, tomo 1º, fol. 224. Diario de operaciones del sitio.



puede latir solamente al indicar sucesos tan lamentables, que tuvieron lugar desde el primero de octubre, en que fue la acción, hasta el veintisiete del mismo, en que acaeció lo de Segorbe.

Al día siguiente veintiocho llegó Marconel a Albarracín con un batallón y algunos caballos; hizo una correría por la sierra, repitiéndola por segunda vez en el mes de diciembre para proteger sin duda la expedición de Polo, que en la madrugada del veintitrés del mencionado llegó a esta ciudad con una compañía de infantería que hizo prisionera en Alcolea. El trece de enero del año inmediato 1939 entró Marconel a las ocho de la noche conduciendo otro destacamento de veinticinco soldados y un oficial cogidos por él en el propio Alcolea; a la mañana siguiente salió temprano con ellos hacia Morella para dejar en esta ciudad el alojamiento expedito a Arnau, que entró a cosa de las diez con tres batallones y otros tantos escuadrones, y en el inmediato salió para Villet y regresó a sus acantonamientos. Todavía en el veinticinco de abril los dos jefes carlistas arriba mencionados, Polo y Marconel, volvieron a entrar en Albarracín con noventa infantes y algunos caballos hechos prisioneros en el mismo fuerte de Alcolea, tomado a viva fuerza y reducido a cenizas por los expedicionarios. Signo fatal el de estas guarniciones, que hizo decir a un escritor satírico de la corte: "que se alquilaba el fuerte de Alcolea, y que sus llaves se hallaban en poder de Cabrera". Notable coincidencia que las tres conducciones de prisioneros se efectuasen por esta ciudad. Entre tanto Van Halen hizo un reconocimiento sobre Montán y otro el marqués de las Amarillas sobre el collado de Alpunte, que le costó la pérdida de algunos infantes y caballos en una acción de retaguardia. El general cristino fortificaba a Onda y Almerñara para proteger la huerta de Valencia; y el carlista hacía otro tanto en Aragón con Segura, punto avanzado de su línea, que dominaba la carretera principal de Madrid a Zaragoza. Eyerbe, con nueve batallones, desalojó a Cabrera el veintitrés de marzo, con grande arrojo, de las posiciones que ocupaba a espaldas de Segura; ésta sin embargo se continuó fortificando; y a pesar de los grandes aprestos y trenes con que el general en jefe del centro se aproximó para combatirla, desistió de su intento por razones tal vez más poderosas que las que alcanzan los vocingleros que se meten a criticar lo que no entienden. Se difirió pues por entonces el intento, dando por único fruto el tratado que se



firmó entre ambos generales para el recíproco canje de prisioneros y regularización de la guerra, medida filantrópica de que se complació la humanidad, y que solo desagradó a algunos críticos, que no se hallaban expuestos a correr los azares de la guerra. Van Halen, justamente indignado de estas recriminaciones, renunció el mando, que se confirió a Nogueras; Marconel entretanto surtió a Segura, haciendo una incursión a Castilla, en que penetró hasta Brihuega y recolectó al efecto un gran convoy de toda especie.

Tranquilo ya Cabrera sobre la suerte de Segura, marchó al extremo opuesto de su línea, atacó y abrió brecha en Villafamés, se retiró empero a la llegada de Azpiroz; corriese después hacia la serranía de Cuenca; llegó a dar vista a esta ciudad, y como no lograrse dar un golpe de mano a Iriarte, que se replegó oportunamente sobre Alarcón, vino con su escolta a inspeccionar las fortificaciones de Cañete y Castielfabib. Sus tropas seguían la ruta que el caudillo les trazara. La brigada que mandaba Palacios pernoctó en Albarracín el diecinueve de mayo, y llegó a tiempo de tomar parte en la sangrienta acción de Utrillas, verificada el veintisiete. Quedó el campo por Ayerbe, que pudo prolongar el sostenimiento de Montalbán hasta el diez de junio, que definitivamente evacuó el punto, levantando la guarnición, no sin verse molestado en su retirada por Cabrera en el barranco de la Hoz.

Con la celeridad de costumbre apareció el caudillo carlista sobre Lucena para impedir la recaudación de su cosecha. El general Aznar marchó en su socorro, se adelantó con dos batallones, treinta caballos y alguna artillería hasta la plaza, y se halló cortado e imposibilitado para poder reunirse con el resto de su columna; sufrió un riguroso bloqueo que lo ponía ya en el mayor apuro, cuando el gobierno designó acertadamente para jefe del ejército del centro al mariscal de campo don Leopoldo O'Donell, que imitando en actividad a su antagonista pudo llegar oportunamente a hacerle levantar el sitio el diecisiete de julio, "siendo éste el último de los trece que sufrió, que obligaron al ejército a dar veintiséis acciones en terreno desventajoso, que le produjeron sobre cinco mil heridos y mil muertos".<sup>429</sup> "Se decidió ense-

<sup>429</sup> *Historia citada de la última guerra*, tomo 2º, cap. 9, fol. 180.

guida O'Donell a desalojar al enemigo del fortín de Tales en la sierra de Espadán. Cabrera, por salvar la guarnición y por cubrir la vergüenza que le causaba la derrota de Lucena hizo las tentativas más desesperadas, y probó en el día catorce de agosto más que en ningún otro durante la guerra que mandaba soldados valientes, y que a no habérselas con los de la libertad habría conseguido su objeto. Ganó y perdió unas mismas posiciones hasta tres veces, y si nuestros oficiales entraban en los parapetos saltando por encima de las bayonetas, los suyos morían agarrotados a las de los contrarios. Testigo de estos ataques, el teniente coronel inglés Alderson, dijo al historiador que transcribo y se hallaba también presente: "lejos de aquí no se cree en tantas heroicidades. ¡Lástima que los españoles no peleen contra otros enemigos!"<sup>430</sup> Ni nuestro país estuviera en tanto falta de ocurrencias, don Miguel Julián, que bloqueaba con su partida el castillo de Peracense, fue sorprendido en Pozuel por el comandante de francos de Guadalajara don José Tominaya, que le mató veinte e hizo treinta y dos prisioneros. El vicario castrense Chillida vino a Albarracín con una fuerte escolta mandada por Corbalán para providenciar lo concerniente a la recaudación de diezmos, poniendo en un compromiso a los pacíficos pueblos, que para atemperarse a sus órdenes debían traspasar las que regían entonces en el sistema constitucional. Algunos días después, a saber el cinco de agosto, mientras la residencia cantaba en el coro con toda solemnidad los maitines de primera clase por la víspera de las Transfiguración del Señor, que es el titular, pasó por la ciudad la brillante caballería que mandaba Balmaceda, y sin detención marchó a pernoctar a Terriente.

El treinta y uno del mismo mes, mientras Cabrera, para solemnizar los días de su santo, daba a sus armas en Carboneras un nuevo y glorioso lauro, Maroto deponía las suyas en los campos de Vergara, a consecuencia del célebre convenio que estipulara con el general en jefe del ejército nacional don Baldomero Espartero, conde de Luchana, y previas las seguridades que éste de antemano le ofreciera. Sucesos de tamaña trascendencia hicieron variar bien pronto de aspecto las operaciones militares en la parte de Aragón, "a donde se encaminó el ejército del norte al mando del que era ya duque de

430 *Id. id.*, tomo 2º, cap.10, fol.129.

la Victoria, por el mes de octubre, y en fuerza de 40.000 infantes y 3.000 caballos con la correspondiente artillería rodada y de montaña”.<sup>431</sup> Sin embargo, los primeros encuentros fueron favorables a los carlistas, que conociendo el mortal golpe dado a su causa en las provincias del norte, se esforzaron en prolongar al menos cuanto les fuese dado en esta parte las mortales angustias de su desesperada situación. Redoblan al efecto su actividad, se valen de todos los recursos que su imaginación les sugiere, y no desdeñan ni aún aquellos expedientes que anteriormente miraban ya con desprecio, se apoderan de los correos y devoran con ansioso afán el contenido de la interceptada correspondencia. Hallábame un día de los primeros de septiembre reunido con otros compañeros en casa de don Francisco Santa Cruz, cuando llegan a su puerta un edecán de Cabrera llamado Aguilera y el comisario de guerra Martínez, que acostumbraban alojarse en la misma. Era de parte de tarde, y fue tan repentina su aparición que apenas nos dieron lugar a levantarnos de la mesa en que jugábamos al tresillo. Apenas entraron, cuando encarándose a mí, Martínez, me dice: “Señor Collado, su primo de usted está en grande...”, y principia a relatarme de una carta suya interceptada, y que sabía de memoria. Quedé sobrecogido al oírlo, sin articular una palabra, y él continuó su relato sin hacer caso de mi turbación. “Ha estado -prosiguió- encargado de acompañar a los jefes principales del convenio hasta el punto que se les designó para provisional destino, y aceptó el convite que le hizo Simón Torre para comer la sopa en su compañía. Manifiesta el gozo y satisfacción de que se haya poseído con motivo de tales ocurrencias”. “No lo extraño -repliqué yo, repuesto ya algún tanto de mi primer sobresalto- porque es un valiente y antiguo militar lleno de cicatrices y de pundonor, y que siente mucho las desgracias de su patria; es así mismo un hombre de una franqueza sin igual, pues habiendo hecho toda la guerra en Navarra, lo mismo me ha noticiado los sucesos prósperos que los adversos, no llevando otro objeto en sus comunicaciones que ponerme al corriente de las cosas y el de su salud, que me interesa sobremanera. “¿Qué graduación tiene? ¿Le escribe a usted con frecuencia? -me interrogó el ayudante. “No señor -contesté yo- solamente lo hace cuando se

431 *Historia citada*, tomo 2º, cap. 10, fol. 134.

ha encontrado en acciones peligrosas, como poco ha con las de Ramales y Guardamano, y poco antes con la desgraciada que tuvieran en Población, en la cual corrió gran riesgo por ser adicto al estado mayor, y capitán aposentador de la división de vanguardia, en cuyo destino sigue en la actualidad". Así terminó este incidente, sin tener ulterior progreso, como yo me recelaba. Al día siguiente continuaron su marcha para Cañete.

El veinticuatro de septiembre, día de Nuestra Señora de las Mercedes, estuvo Tallada en Albarracín con la brigada del Turia; en el inmediato salió para Vilel. El cinco de octubre, domingo del Rosario, vino Palacios, que con un batallón había ocupado muchos días el pueblo de Concud, a donde se volvió al día siguiente, retirándose poco después al interior de sus posiciones porque las tropas del norte iban ya adelantándose sucesivamente sobre la línea de operaciones en Aragón. Hubo algunos encuentros parciales. En Barrachina fueron sorprendidos los cazadores de Oporto. "Gracias a la calidad sobresaliente de estas tropas, al arrojo de sus oficiales, y a que Llagostera temía alarmar y caer en manos de las divisiones que dejó a su espalda, de otra suerte el primer encuentro del ejército habría sido una derrota. Con todo la brigada sorprendida perdió algunos prisioneros y más muertos y heridos, no bajando el todo de ciento cincuenta. Diez días más tarde, el catorce de noviembre, Arévalo atacó en Casas de Ibáñez al comandante general don Francisco Valdés, que tan desgraciado aquí como en Bañón, perdió dos brillantes escuadrones de la Guardia Real y quinto ligero".<sup>432</sup> La guarnición de Esteruel tuvo que rendirse por no poder resistir el impetuoso ataque de los carlistas; empero, de estos desgraciados sucesos se compensó el ejército del centro apoderándose de los fortines de Castro, Manzanera y Chulilla, con sus pertrechos y municiones.

Por este tiempo había regresado a esta ciudad don Mateo Cortés, natural de la misma, y que habiendo sido vocal de la Junta Superior de Aragón en la Guerra de la Independencia, y obtenido después honoríficos cargos en la magistratura, se hallara últimamente comprometido por la causa de don Carlos, de que se separó saliendo

<sup>432</sup> *Historia citada*, tomo 2º, cap. 13, fol. 133.

de la parte de Morella, y presentándose en ésta, sin llenar empero las formalidades que el caso requería, y que hubieran evitado algunos disgustos; porque sabedor de ello el jefe superior militar de la provincia, dio comisión al sargento de francos Joaquín Sánchez para que como práctico en el terreno por ser también albarracinense, se apoderase de su persona. Proyectaron hacer sorpresa de noche, y para proceder con cautela adelantose el Sánchez con dos de los suyos, y cruzando la vega por el paseo que llaman “la vuelta corta”, fueron a tomar voces del confidente que vivía en el barrio de Jesús, que les aseguró no había novedad en la ciudad, por lo cual se salieron al puente de tablas a esperar a sus compañeros, que más despacio y vía recta, venían por el camino de Teruel. Era entonces media noche, y la luna suministraba alguna claridad. A esta sazón, una partida carlista que venía a exigir ciertos pagos de la ciudad, cerciorada asimismo que en ella no ocurría novedad, se dejó caer al puente por la senda que desde Saldón viene a desembocar a éste salvando el arrabal. Los tres nacionales se aproximaron confiadamente creyendo juntarse con los suyos; sus contrarios empero los reconocen por sus expresiones, y les hacen una descarga, de que quedó un nacional muerto en el acto, y el otro gravemente herido, salvándose solamente Sánchez por el conocimiento que tenía del terreno de su patria. La partida se retiró por donde había venido, y la de nacionales, que llegaba entonces a la Canaleja, regresó a Gea. Al día siguiente volvieron éstos con fuerza superior mandada por su comandante Piqueras, y desempeñaron su cometido cercando la casa de don Joaquín Tobías donde aquél se hallaba hospedado, causando unas extorsiones y sobresaltos que ciertamente no merecían la pena, porque tan luego como todos supieron que el personaje en cuestión no era otro que don Mateo Cortés, lo condujeron a Teruel, donde sufrió de la autoridad una ligera reconvención, quedando desde luego en aptitud para ocupar nuevamente los mismos y aún mayores cargos de los que antes desempeñara. Además de Piqueras vino alguna otra fuerza de infantería y caballería mandada por el comandante de batallón Vallecillo, siendo ésta la vez primera que se vio tropa de la reina en esta ciudad en el largo intervalo de dieciocho meses, en que ni un solo soldado había pisado sus calles, siendo por el contrario muy raro el día en que al menos no se dejaba ver alguna partida de sus contrarios.

Corrió por entonces la voz, bien cierta o infundada, de que la tropa de Vallecillo, para tener más seguridad en la ejecución de sus operaciones encaminadas a dominar la sierra, intentaba fortificar el convento y santuario de Nuestra Señora de los Dolores de Royuela. El punto no parecía a la verdad muy estratégico, los facciosos que guarnecían a Beteta dieron sin embargo asenso a la noticia, y aprovechando la coyuntura favorable que les presentara la ausencia momentánea de la columna cristina vienen, y en pocas horas, aglomerando combustibles, lo reducen a cenizas el día tres de enero de 1840. Con tal fatal ocurrencia para esta tierra tuvo principio este año, cuando ya casi menos se podía esperar, pues muy en breve iban a ser embestidas las líneas de fuertes con que los carlistas se habían enseñoreado del país, extendiendo casi exclusivamente su dominación hasta las orillas del Tajo con un sistema de guerra “que se fue prolongando hasta amenazar la capital de la monarquía”, si bien no mereció la aprobación del distinguido escritor francés coronel Vauvilliers, que después de citar en contra de esta opinión lo que sucedió a Bonaparte en Leipsich añade “Cabrera, general novel, y no sin gloria se perdió en España por la ilimitada confianza en su sistema de plazas fuertes, dispuestas casi del mismo modo que las de Napoleón”.<sup>433</sup> Sin embargo el alemán barón Rhaden, que militó en las filas de Cabrera, elogia el plan de estas fortificaciones y lo vindica asegurando “que sin ellas no hubiera podido el general realista hacer frente con sus reducidas fuerzas al poder del enemigo que tanto le sobrepujada, ni vencerle tantas veces”;<sup>434</sup> en cuya corroboración añade el mismo Cabrera que si Vauvilliers hubiera escrito en Morella y no en París habría tal vez juzgado las cosas de distinto modo. En efecto, para poderse apreciar el mérito de las fortificaciones de Cabrera debía calcularse el resultado que éstas habrían dado sin la peripecia de Vergara.

Lo cierto es que los mismos jefes cristinos admiraron la acertada elección de aquellos puntos, metódico sistema que los estable-

433 “Cabrera general nouveau et non sans gloire ne s'est perdu en Espagne, que par sa confiance illimité dans un système de forteresses à peu pres semblablement disposées” etc. *Essais sur les nouvelles considerations militaires*, Paris, 1843, pág. 7.

434 *Vida de Cabrera* por Córdoba, tomo 3º, cap. 8, fol. 82.



ciera, y solo conocieron toda su importancia cuando se vieron empeñados en su conquista. Las escisiones que estallaran en el recinto de Segura facilitaron su conquista al general en jefe don Baldomero Espartero, que tuvo la satisfacción de dar cima a la empresa el veintisiete de enero, día de su cumpleaños. Pasaron después sus tropas a sitiar a Castellote. “Si el cerco y la defensa de este poderoso baluarte —dice el señor Córdoba—<sup>435</sup> realzarían las glorias militares del marqués de Cádiz o el Gran Capitán entre los primeros guerreros españoles, de los duques de Bailén y de Zaragoza, entre los modernos, su narración fuera también un asunto digno de Solís y de Mariana entre los antiguos historiadores, de Quintana y de Toreno entre los contemporáneos... es mi objeto al hablar así tributar un homenaje de admiración y de justicia a los que militaron tanto en las filas cristinas como carlistas (pues la historia no reconoce parcialidades) y vindicarlas de la inculpação con que se quiso rebajar considerablemente el mérito de sus hazañas”. En efecto, éstas fueron tales, que el mismo duque de la Victoria no titubeó en asegurar<sup>436</sup> “que la defensa de Castellote fue la más obstinada de cuantas ofrece la historia de esta sangrienta lucha”. Rindiase por fin el veintiséis de marzo, y los defensores que sobrevivieron fueron conducidos prisioneros a Zaragoza “cuyos habitantes celebraron la conducta bizarra de su convecino el comandante Marco”. He aquí algunas de las sentidas frases con que habló el duque al ejército sobre los muros conquistados: “soldados, cada día estoy más satisfecho de vosotros, porque en cualquiera operación difícil os hallo siempre valientes, sufridos, y disciplinados. La conquista de esta villa, de su reducto y de su formidable castillo es un hecho de armas consumado,... La defensa que los rebeldes han hecho ha sido tan obstinada que fue preciso reducir a escombros la mayor parte del castillo con las certeras baterías, que vieses vuestro heroico arrojo de trepar por las escarpas a sus primeros recintos; de sentir la mina hecha en la torre principal, y de perder la mitad de la fuerza de su guarnición para pedir sólo sus vidas los que no habían sucumbido. Eran españoles que obcecados demostraron también su bravura, y sensible mi corazón al derramamiento de sangre española no dudé ha-

435 *Id.*, tomo 3º, parte 3ª, cap. 2º, fol. 245 y 247.

436 En el parte oficial que elevó al gobierno sobre este suceso.



cerles probar vuestra generosidad con los rendidos”.<sup>437</sup> Jamás en toda la presente guerra se oyeron acentos de mayor verdad, pues poniendo a los vencidos en el lugar correspondiente, los vencedores se vieron elevados a mucha mayor altura; y al par que ésta, se ostentó el bien decir del general en este bellísimo trozo de elocuencia militar, que por vía de episodio he querido transcribir aunque no tenga directa conexión con el objeto de mi obra; para dejar en ella consignados los modelos de elocución que los dos jefes contendientes emplearon respectivamente hablando, en las dos circunstancias más extraordinarias de su mando. Continuemos. El cinco de abril el valiente Zurbano acreditó que también sabía vencer en Aragón, deshaciendo en Pitarque los batallones 6º y 7º de Aragón. El mismo día O'Donnell, general en jefe del ejército del centro, se apoderó de Aliaga, cuyo fuerte le opuso una regular resistencia. Dos días después estuvo en Albarracín el batallón de Guías de Cabrera, que era sin duda uno de los de su mayor confianza, recogió la mayor parte de los ganadillos que habían podido libertarse de tantas vicisitudes, y marchó con ellos hacia Terriente. A los pocos animalejos que se salvaron les valió el haberse acogido a sagrado. El veintisiete del mismo mes, cumpleaños de la reina gobernadora, el general Ayerbe ocupó a Ares, llave de las comunicaciones de Morella con la Plana, y el treinta se rindió a O'Donnell Alcalá de la Selva.

“El doce de mayo, mientras León empeñaba una sangrienta liza con los carlistas en las sierras de Valdelladres, recibió don Manuel Marconel, gobernador de Cantavieja, una orden de su general para que abandonase la plaza, destruyendo antes las fortalezas que se hallaban bloqueadas por O'Donnell y Ayerbe. Avisado el teniente de rey don Juan Alonso Trillo que los voluntarios realistas de Cantavieja querían vender la plaza al enemigo, esta sospecha se aumentó con la desertión del segundo jefe que los mandaba, en unión de otros varios individuos, por cuya razón desarmados los restantes, y señalándose a un teniente y a un hijo suyos como principales agentes de la conjuración, se les pasó por las armas. La evacuación de la plaza se hizo en este orden. A vanguardia, mandadas por el segundo gobernador Bores marchaban cuatro compañías

<sup>437</sup> *Historia citada de la guerra última de Aragón &*, tomo 2º, cap. 13, fol. 165.

del cuarto, seguía el gobernador a la cabeza del primero de Aragón, a éste, bajo el encargo del teniente de rey, dos morteretes y dos piezas de a lomo, los enfermos, heridos y empleados de la plaza, cerrando la marcha el 3º de Aragón, cubierta la retaguardia por el comandante de 4º de Aragón con las compañías de granaderos 1ª y 5ª de su cuerpo, después de haber volado el castillo, cuya comisión le había sido confiada...”.<sup>438</sup> Consiguieron incorporarse a los suyos sin sufrir contratiempo alguno.

Desde Castielfabib y Cañete continuaban sobre nuestro pobre y trabajado país las exacciones de dinero, víveres y pertrechos con que aumentar intentaban los recursos para prolongar la defensa de estos fuertes, y al efecto iban y venían partidas incesantemente. El quince de mayo, día de san Isidro, llegó a Albarracín desde Cañete una de 40 hombres, encargada de recoger talegas y sacos para la construcción de parapetos y baterías. Cerciorada de que en Santa Eulalia se hallaba con dos escuadrones el comandante de caballería de la reina Hacedo Rico, se marchó para Torres, quedando solamente en la ciudad el comisionado de las bulas con dos o tres soldados que le acompañaban. Ahora debo describir una escena que en gran parte me pertenece. Como al salir del coro de parte de mañana se me hubiese asegurado que todos se habían ido, no dudé en ir a dar mi paseo por los parajes solitarios que tengo de costumbre para poder con entera libertad entregarme a la lectura y el estudio. Hallábame pues a espaldas del muro, en el paraje que dicen “La Erilla”, cuando vi salir de la parte del foso un paisano llamado Vicente Navarro, alias Maneja, que a todo correr se dirigía hacia mí, y llamó por lo tanto mi atención. Le pregunté la causa de semejante aceleramiento, y me dijo “*iba huyendo de los facciosos, que lo perseguían para quitarle un oficio que llevaba para los nacionales que estaban en Santa Eulalia*”. Aquéllos, en efecto, corrían tras él; empero el objeto era bien diferente, pues habían divisado los escuadrones de caballería que venían a escape sobre la ciudad; y hallándose ellos en el barrio de Jesús se subieron hacia los muros, mas conociendo que debían ser alcanzados doblaron la montaña a la parte de acá, penetrando por la parte arruinada de la muralla y ocultándose entre sus escombros. El

438 Vida de Cabrera por Córdoba. Tomo 3º, parte 3ª, cap. 3º, fol. 328.

paisano y yo sentimos a este tiempo ruido de caballos que subían por el camino del Carmen y se dirigieron a donde nos encontrábamos; aquél huyó a todo correr; yo me quedé en la era con el libro que tenía abierto en mis manos.

- ¿Dónde están los facciosos? -me preguntaron-
- Señores, no los he visto -les contesté.
- Diga usted, ¿dónde están? - replicó uno de ellos viniendo para mí lanza en ristre.
- Ya le he dicho a usted que lo ignoro -le contesté-. Yo solo he visto y he hablado a un paisano que iba huyendo de los mismos.
- Mire usted que lo paso- dijo, aplicando la lanza al pecho- si al momento no declara.
- Usted es muy dueño de hacer lo que guste; mas siempre insisto en que lo que le he dicho es la pura verdad.

Viendo mi serenidad se contuvo y me mandó venir a la ciudad. Oyendo entonces gritar a su compañero “a ellos, a ellos”, se fue para él sin atender a las razones que yo le decía de que tuviesen cuidado, no fuese el paisano que yo les había indicado, como así lo era realmente; porque alcanzado por uno de ellos en la vega le dio una lanza éste en el pecho, y entonces por las palabras de uno y otro se convencieron ambos de su equivocación. Los escuadrones, a dar alcance a los de Torres continuaron sin pérdida de momento, y en efecto lograron avistarlos al otro lado del pueblo; los cargaron, mataron algunos e hicieron quince prisioneros, entre ellos el oficial que los mandaba. Murió un soldado de caballería. Los escuadrones volvieron aquella misma tarde a Albarracín y pasaron a pernoctar a Gea.

Cuatro días después de estas ocurrencias se dio principio al ataque concertado contra la plaza de Morella. En varias de las guerras más notables de la península se ha estimado su ocupación como suceso de la más alta importancia. Ya queda dicho en el curso de esta historia que el rey don Jaime el Conquistador se hallaba en Albarracín cuando a principios de enero de 1232 tuvo la agradable nueva de que sus tropas, mandadas por don Blasco de Alagón, ascendiente de los condes de Vástago, habían conquistado tan intere-

sante fortaleza, que dio entonces entrada a los aragoneses en el reino de Valencia. Igual ventaja preparó en la Guerra de la Independencia al general francés Suchet, que la tomó sin resistencia, pues la encontró desguarnecida y sin presidio, y es el hecho de que más admirado se muestra en las memorias que escribió sobre aquella memorable lucha en que los españoles utilizaron cuantos recursos les fue dado alcanzar para resistir al ejército invasor. Los carlistas la tuvieron mucho tiempo bloqueada, y era tal la seguridad que los sitiados tenían de los vanos que eran aquellos conatos para conseguir el intento, que su misma confianza fue su perdición. Por medio de escalada sorprendieron el castillo, que se reputaba inaccesible, y se apoderaron de la plaza. Las infructuosas tentativas que hizo el ejército del centro para volverla a recuperar dieron más realce a esta adquisición de la que en realidad tuviera. Así fue que para presentarse nuevamente a su frente el duque de la Victoria llevó tal vez consigo mayores aprestos que emplearon los franceses para apoderarse de la ciudadela de Amberes. “Cuarenta piezas de batir y cuarenta de batalla bien dotadas con cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos debían dejar pocas esperanzas a los facciosos, no teniendo como tenían tropas para incomodar a los sitiadores”.<sup>439</sup> El resultado pues debía ser pronto y feliz. El veinticinco se habían apoderado éstos del reducto de San Pedro Mártir y demás obras exteriores. Principió en seguida el ataque del castillo creído inexpugnable, y los certeros tiros de la artillería lo redujeron a polvo, uniéndose al horrísono estampido del cañón el estrepitoso estruendo de los peñascos desgajados a su impulso, y que envolvían entre sus ruinas a los defensores de la plaza. El veintinueve por la noche trató de fugarse la guarnición, mas no lo pudo conseguir porque conocido su intento, lo frustró el denuedo y vigilancia de la tropa. El día de san Fernando capituló la plaza, quedando salvas las vidas de 3.500 hombres que la guarnecían, y el pendón de Castilla, que se enarboló sobre los escombros del castillo, fue saludado con el mayor júbilo y entusiasmo. El duque recibió entonces por recompensa sobre el título de la Victoria el aditamento de Morella. En los últimos quejidos que ya se escapaban a la expirante causa, y a semejanza de la llamarada con

439 Historia citada. Tomo 2º, cap. 13, fol. 173.

que quiere esforzarse a vivir la luz próxima a extinguirse: “Tal puede considerarse la tentativa de Valmaseda, cuando desde la sierra de Albarracín marchó al Jiloca y atacó un fuertecillo que los nacionales habían improvisado para guarnecerse en algún caso como el presente. Se defendieron con heroicidad hasta las mujeres, que a pesar de los esfuerzo que hizo Valmaseda hubo de marcharse con algunos muertos, si bien con la satisfacción de haber ganado la población y haber cometidos excesos que causa rubor el escribir”.<sup>440</sup>

Y entre tanto ¿qué se hacía Cabrera? ¿Dónde se hallaba el paladín del partido carlista, cuando viendo que la obra de sus afanes se desvanecía como el humo, no se presentaba a sostenerla con su esfuerzo? En vano se le buscaba, porque agotadas sus fuerzas físicas por la intensidad con que su espíritu se agitara en forjarse planes con que contrarrestar a sus enemigos, había caído en tal abatimiento que le tenía hacía ya muchos días postrado en el lecho, por manera que se temió largo tiempo por su vida, y no sin gran trabajo lo pudieron conducir sus soldados en una camilla al verse precisados a pasar el Ebro y replegarse sobre Cataluña. Otro tanto sucedía por esta parte. “El once de junio don Manuel Salvador y Palacios reunió todas las fuerzas en las sierras de Albarracín; y habido consejo con los jefes de los cuerpos en Arroyofrío, resolvieron encaminarse a Francia, el doce pernoctaron en Orihuela del Tremedal unos; otros en Torres y Tramacastilla, y todos decididos a unirse con Valmaseda.”<sup>441</sup> El quince fueron batidos por don Manuel de la Concha en Olmedillas, con pérdida de muchos muertos y 1.400 prisioneros. Hallábanse a esta razón en Medinaceli la reina, que pasaba, por consejo de los facultativos, a tomar baños de mar en Barcelona, y que a pesar de todos estos incidentes marchaba con tal seguridad entre las columnas de su escolta como el arca santa en medio de los israelitas, sirviéndonos de la bella frase que usó fray Gerundio al hacer mención de este suceso.

Siguieron el movimiento de sus compañeros de armas las guarniciones de Castielfabib y Cañete; mas el dieciocho, día del Corpus Christi, fueron alcanzadas en Guadalaviar por la vanguardia del ge-

440 *Historia citada*, tomo 2º, cap. 13, fol. 184.

441 *Vida de Cabrera citada*, tomo 3º, parte 3ª, fol. 371.

neral Azpiroz, dirigida por el comandante don Francisco Perurena, que les ocasionó la pérdida de cuarenta muertos, cuarenta y cuatro prisioneros, dos cargas de municiones, diecinueve cajas de guerra y todo el equipaje. La fuerza restante se disolvió; en los días siguientes pasaron a Albarracín más de 300 jefes, oficiales y soldados con dirección a Teruel a acogerse al indulto que el general en jefe, autorizado por el gobierno, había concedido a cuantos se presentaran a obtenerle. Fueron todos generalmente tratados con respetuosa consideración, a algunos empero, a quienes la fama y voz pública suponía cargados de dinero, no dejaron los serranos de aligerarles algún tanto de aquel peso, con que procuraron reponerse de los pasados quebrantos. Solo con uno manifestaron el justo resentimiento de que se hallaban poseídos, y a que él se había hecho seguramente acreedor por su mal comportamiento. Era un eclesiástico llamado mosén Matías, que estaba encargado de cobrar la limosna de las bulas en esta diócesis, y en su exacción cometió tales vejámenes, atropellos e insultos personales y pecuniarios que los atropellados lo hicieron preso, y así lo bajaron a la capital de la provincia. La autoridad temió que el pueblo tomase por su mano la venganza, y así en efecto sucedió, expirando a manos de la acalorada muchedumbre, sin que fuese bastante a estorbarlo la tropa que había salido a su encuentro para protegerlo del desmán y entregarlo a la justicia legal.

Después de varios encuentros habidos con las tropas, lograron por fin algunos cuerpos carlistas atravesar la frontera de Francia. Allí fueron desarmados, y recibieron algún auxilio hasta tanto que les fue permitido regresar a sus hogares a consecuencia de varios indultos, de que solo vieron exceptuados los jefes y personas de la más alta categoría. Rindiase por fin el Collado de Alpente, último baluarte del partido carlista, y por su obstinada rémora todos los jefes de su guarnición fueron condenados al último suplicio. Había allí algunos de los reclutas de los que habían sacado de Albarracín y su tierra en la requisición que hicieran en el país a la fuerza en el tiempo de su dominación; y tanto por esta circunstancia cuanto por la cooperación que de su parte pusieron para la entrega del fuerte, el general O'Donnell los dejó restituirse al seno de sus familias. Así terminó la sangrienta y fraticida lucha que por tantos años trabajó a nuestra desventurada patria.



## CAPÍTULO XL



Después de un viaje próspero, en el cual por todos los pueblos del tránsito recibieron sus majestades las más sinceras y cordiales demostraciones de adhesión y benevolencia de parte de sus habitantes, arribaron felizmente a Barcelona donde las obtuvieron iguales y aún mayores. Sin embargo, habían pasado pocos días cuando ya la escena iba cambiando de aspecto, y bien pronto se conoció que ninguna falta hacía el carlismo para que las escisiones y disturbios surgiesen de entre los hombres que dominaban la situación; por manera que desde luego se notó la inmensa distancia que separaba a las dos grandes fracciones del partido liberal. La nueva ley que para la organización de ayuntamientos había votado en las Cortes la mayoría moderada de las mismas, y que acababa de sancionar la corona, fue el motivo ostensible de esta escisión. La corte se trasladó a Valencia; siguiendo empero los mismos motivos de disgusto, hubo contra la situación un *pronunciamiento* en Madrid; y este ejemplo lo imitaron en breve todas las capitales y poblaciones más principales de la nación. El día primero de septiembre se estableció en la corte una junta provisional de gobierno; los demás pueblos la nombraron así mismo, y así lo hizo Albarracín siguiendo el impulso de su capital Teruel, que tuvo el acertado tino de elegir para su presidente y jefe superior político de



la provincia a don Francisco Santa Cruz, que si bien natural de la ciudad de Orihuela de Murcia, trae su origen de este país, y todavía nos pertenece más de lleno por haber radicado en él, contrayendo matrimonio con su parienta doña Teresa López. El gobierno después confirmó esta elección, y en el tiempo que desempeñó el destino acreditó poseer prendas que lo hacen recomendable para el mando; amabilidad en su trato, firmeza de carácter, rectitud de intención, caudal de conocimientos, aplicación al estudio y propensión a la historia, de que tenemos una muestra en la que dio a luz con otros compañeros de su comunión política, si hemos de hablar en estilo corriente, y de la cual nos hemos servido varias veces en la presente al referir los sucesos: *“Historia de la guerra última de Aragón y Valencia, escrita por don Francisco Cabellos, don Francisco Santa Cruz y don Ramón María Temprado”*, en lo que hemos conceptuado podía servir de ilustración en aquello que nos concierne. El veintinueve de septiembre entró el duque de la Victoria en Madrid; el pueblo lo recibió con entusiasmo y lo aclamó su pacificador, como lo simbolizaba el hermoso arco iris que se colocó frente a su casa en el paseo del Prado, y que por la noche formaba un vistosísimo contraste por su bien combinada iluminación. Regresó después a Valencia, acompañando a la reina gobernadora, que viendo el conflicto en que se hallaba la nación, renunció su alto destino, embarcándose el diecisiete de octubre, confiando el sagrado depósito de sus tiernas hijas a la acrisolada lealtad de los españoles. La tierna Isabel y su augusta hermana entraron en Madrid el veintiocho del propio mes; y en el ocho del inmediato, su augusta madre dio desde Marsella un manifiesto a la nación, en que declaraba haberse visto contra su voluntad comprometida a hacer la renuncia de la regencia; que desempeñaba entonces provisionalmente, se confirió por fin en ocho de mayo, en propiedad, por las Cortes, al duque de la Victoria, en el año que ya entonces corría de 1841. Cuando parecía que esta acertada disposición había de afianzar la pública tranquilidad, dejáronse ver en las provincias nuevos gérmenes de insurrección, y puestos a su cabeza esforzados adalides, que allí combatieran unidos con sus antagonistas pocos meses antes, y que ya militaban en opuestos bandos para sustituir otra vez en la reina madre la regencia del reino. Sin embargo la empresa fracasó, y Montes de Oca en Vitoria y el conde de Belascoín

en Madrid, Broso de Carminati en Zaragoza, y después el brigadier Frías y el coronel Fulgosio, pagaron con la vida el temeroso arrojo de querer contrarrestar a quien tenía entonces en sus manos el destino de la nación. El regente desaprobó asimismo la conducta de los barceloneses, que aprovechando la ausencia de las tropas pusieron por obra el derribo de la parte interior de la ciudadela que domina la población; Valencia imitó su ejemplo, mas lo que en la primera pareció grandioso, aunque en clase de atentado, en la segunda solo pudo merecer el conotado del ridículo que ofrece una miserable parodia. Todo quedó tranquilo.

A virtud del decreto expedido por el ministerio de Gracia y Justicia en treinta de abril de 1842, el regente del reino se sirvió aprobar el expediente canónico instruido por el diocesano de Albaracín para supresión y unión de parroquias, y por él conservase la de la catedral, uniéndose la de Santa María a Santiago, y estableciéndose en la ermita de Santa Bárbara un coadjutor dependiente de la última, en beneficio notorio de los habitantes del arrabal y casas de la vega y campo que están a sus inmediaciones.

El trece de noviembre estallaron con más furia nuevos disturbios en Barcelona; los amotinados formularon su programa en estas palabras: "Unión entre todos los liberales; abajo Espartero y su gobierno; Cortes Constituyentes; en caso de regencia, más de uno; en caso de enlace de doña Isabel II, con español; *Justicia y protección a la industria nacional*". El último extremo del manifiesto era sin duda la causa eficiente del movimiento, porque los catalanes creían comprometida su industria por la cuestión algodonera que entonces se agitaba. El regente conoció que el asunto era demasiado serio, y quiso tomar sobre sus hombros el dar cima a tan trascendental empresa, y solo lo pudo conseguir cuando el soberbio Monjuich lanzó sobre la población una granizada de proyectiles huecos que causaron daños notables en los edificios, siendo muy digna de lamentarse la pérdida del laboratorio químico y la del archivo viejo de la ciudad, "en que se conservaban tal vez los documentos más apreciables de nuestras antiguas glorias". Restablecido el imperio de la ley, el regente salió de Sarriá el veintidós de diciembre, y por Valencia se dirigió a la corte, donde hizo su entrada pública el primero de enero de 1843.

Debía este año ser fecundo en acontecimientos notables, si se han de tener en algo según la opinión vulgar los signos inusitados que se dejan en la región celeste, y que reputan después como infalibles pronósticos de aquéllos. El dieciséis de marzo se descubrió en el horizonte de París un inmenso cometa, cuya ancha cola abrazaba más de sesenta grados; su figura se asemejaba en alguna manera a una cimitarra. Su dimensión parecía grande, igual o superior a la del planeta Júpiter. Estaba situado en el punto llamado Gama, esto es, en la cola de la constelación de la Ballena. Suponiendo los astrónomos que el cometa se hallaba a veinte millones de leguas de la Tierra, daban a su cola de cuatro a cinco millones de extensión. Este fenómeno no se esperaba, ni tal vez se conoce. En varias ciudades de España, y en Lisboa, se descubrió el catorce. En Albarracín fue el primero que lo descubrió a la simple vista don Juan Gómez de Valdecuenca, hallándose en la plaza, en el mismo día en que, según el periódico "El Castellano", se dejó ver también en Madrid. Era tan notable su brillantez que, a pesar de hacer un hermoso sol y estar el horizonte todo despejado, llamó Gómez la atención de cuantos con él se hallaban en la plaza, y situándose a la sombra en el ángulo del porche que da entrada a la casa consistorial, lo observaron clara y distintamente un poco a la derecha de la veleta de la torre de la catedral. Por las noches parecía su cola describir un arca desde el peñasco de "los Judíos" hacia el alto de "la Bandera". El famoso astrónomo John Herscheell dijo "que debía ser un cometa de primer orden; pues si no sería un fenómeno más allá de la atmósfera terrestre de una naturaleza más notable todavía".<sup>442</sup>

Mientras en tan elevadas regiones tenían los astrónomos puesta toda su atención, los políticos, como más positivos, no separaban sus miradas de lo que pasaba en la tierra en su derredor. El nueve de mayo dio su dimisión el ministerio Rodil, y fue reemplazado por el que presidió don Joaquín María López, quien dos días después presentó a las Cortes el programa de su administración, y fue recibido en toda la nación con indecible júbilo porque lo llegó a conceptuar como el cimiento de su futura felicidad. Las dichas empero duran

442 *The Times*, periódico de Londres de veintiuno de marzo de 1843. *Heraldo*, periódico de Madrid, treinta y uno de marzo de *Idem*, y otros de los días anteriores.

poco, porque diez días después López se veía reemplazado por Gómez Becerra, Mendizábal y sus colegas; y esta determinación comunicada a las Cortes al par que su suspensión de una manera inusitada y antiparlamentaria dieron motivo a una improvisación tal vez la más notable que se ha dejado oír en nuestro Parlamento. Levantose el señor Olózaga. “No hay nada<sup>443</sup>, -dice un publicista- , más importante, más terrible, que el discurso de este señor diputado. El mayor elogio que podemos hacer de esta improvisación magnífica, sublime, es decir que estuvo a la altura de las circunstancias. ¡Qué voz tan poderosa la de su señoría! Si hubiera sido posible que la España entera hubiese estado dentro de aquel recinto, la España entera se hubiera levantado como un solo hombre frenético de entusiasmo; ¡Ay del regente que se vale de consejeros turbados! ¡Ay de la nación! ¡Dios salve al país y a la reina! Estas exclamaciones, dichas con un acento de indefendible expresión, conmovieron a todos los circunstantes hasta en lo más profundo de los corazones”. Igual efecto produjeron después en casi todos los puntos de la península. Málaga y Granada fueron las primeras en promover el pronunciamiento; otras ciudades de Andalucía siguieron su ejemplo, que fue secundado muy luego en Cataluña. En Zaragoza se desgració en la madrugada del nueve de junio; mas a pesar de todo, los patriotas de Teruel, arrojando por todos los compromisos en que los colocara una posición tan crítica, se pronunciaron el día doce, nombrando al momento su Junta de salvación, compuesta de su presidente don José Ramos, y los vocales Dámaso Torán, Esteban Gabarda, Manuel Gómez Cordobés, y Manuel Lorente, secretario. Otros que también habían sido nombrados se excusaron por evitar compromisos. La Junta, desde luego, se ocupó en dictar aquéllas disposiciones adecuadas a las circunstancias. El jefe político Santa Cruz, el intendente y demás autoridades se la provincia se salieron de la ciudad, marchando a Concud, desde donde se trasladaron a otros varios puntos. El batallón provincial que saliera a protegerlas regresó a Teruel y se adhirió al pronunciamiento. La ciudad de Albarracín, acorde en todo con su capital, iba también a efectuarlo, mas por entonces lo suspendió por motivo de la aproximación de las tropas que estaban encargadas de

443 *El Herald*o del día veinte de aquel mes.

hostigar la plaza. Hizo empero cuanto le fue dado, enviando una comisión de su ayuntamiento y otra del clero para protestarle su adhesión a la justa causa, y ofreciéndole más adelante amparo y protección para todas aquellas personas inútiles por su sexo, edad o ajes para resistir el asedio, que se salieran de la ciudad, y por carecer de recursos no tuviesen donde fijar su residencia. Poco tiempo tardó en que pudiera demostrar que sus obras iban acordes con sus palabras, recibiendo, amparando y protegiendo a cuantas personas se hallaban en este caso, y reclamaron sus auxilios. Cuando Teruel vio que se formalizaban los preparativos de sitio, dio aviso a Valencia, que afortunadamente se había ya pronunciado. La Junta de aquella ciudad dio orden al comandante don José Inestal, que mandaba una columna expedicionaria, para que pasase a sostener el pensamiento levantado en Teruel. “Este jefe, faltando a sus compromisos, se unió con su batallón a los sitiadores, manchando así las banderas de los dos partidos contendientes, y mostrándose poco caballeroso en sus palabras y acciones sin ninguna necesidad, pues a todos se dejaba en entera libertad para seguir la senda que más les acomodase”.<sup>444</sup> Los batallones de Navarra miraron muy mal esta defección, y ratificaron a la Junta de Valencia su juramento de fidelidad.

Iban acercándose a Teruel las fuerzas de Espartero; en la tarde del veintitrés llegaron a Cella y Villarquemado. El brigadier don Manuel Enna, que las mandaba, intimó la rendición de la plaza, y todos sus defensores contestaron que estaban decididos a sostenerla hasta el último trance. Avanzaron las tropas hasta el pueblo de Concud, una hora de distancia, en la mañana del veinticuatro; establecieron desde luego el bloqueo, impidiendo la entrada y salida de la plaza. En el día inmediato se estrechó el bloqueo; las tropas sitiadoras tomaron posición en los dos cementerios, cerros de Santa Bárbara, barranco Hondo, martinete del puente del Cubo, Villaespesa y otros. El veintiséis se mantuvieron en sus mismos puestos. Aguardaba toda la población ser atacada en la madrugada del veintisiete, y estaba preparada para rechazar y dar una lección severa a sus enemigos; pero estos no se movieron de sus posiciones. Al medio día se observó que algunos oficiales de estado mayor e ingenieros hacían un reco-

444 *Heraldo* del veinticuatro del mes citado.

nocimiento del terreno. Al anoecer fue anunciada la aproximación de todas las fuerzas enemigas; las de la plaza coronaron las murallas guardando silencio y orden admirables, las más estricta subordinación y una íntima unión entre nacionales y soldados. El enemigo no se acercó, y el veintiocho por la mañana no se veía un soldado cercano a la población. Nuevas proposiciones de paz por parte de los sitiadores, y nueva repulsa por parte de los sitiados. El veintinueve a las cinco de la mañana se colocaron los enemigos a tiro de cañón de la plaza. El comandante general dio la orden para romper el fuego desde las baterías de Ambeles, torres Bombardera, la Unión y Seminario; las cuales hicieron muchos disparos bastante certeros, que causaron alguna pérdida al enemigo, que se vengó arrojando sobre la ciudad más de sesenta granadas, que hicieron algún destrozo en los edificios e hirieron a una mujer. El fuego se suspendió a la una de la tarde. El treinta por la mañana no se observó ningún movimiento en el campo enemigo, pero a las doce y cuarto se rompió contra la plaza un mortífero y terrible fuego de obús y cañón dirigido certeramente a la batería de la Unión, donde ondeaba la bandera nacional. En el corto recinto e inmediaciones de la misma cayeron bastantes balas rasas y reventaron considerable número de granadas. Las casas contiguas sufrieron algunos estragos. Una bala de cañón causó la muerte de un ciudadano de los alistados en la compañía de trabajadores. Los milicianos de artillería de la Milicia Nacional que servían los cañones de *La Unión*, al mando del teniente don Cristóbal Esteban se cubrieron de gloria mostrando una serenidad extraordinaria y un valor a toda prueba en los momentos del mayor peligro; la Junta, para premiar tanto heroísmo, concedió a aquellos denodados patriotas la cruz de San Fernando a nombre de la patria y de la reina. Aquella noche disparó el enemigo cinco granadas que no causaron daño alguno. El primero de julio siguió el fuego, aunque menos vivo que en los anteriores días. Circulaban entre tanto noticias alarmantes. Se aseguraba como cosa cierta que de Zaragoza habían salido artillería gruesa de batir y bastante tropa para reforzar la del brigadier Enna. Decíase también que el regente, desde Chinchilla, se preparaba para venir a Aragón, reunirse con Enna, atacar a Teruel hasta conseguir su rendición, y apoyado en Zaragoza hacer frente a las tropas de Cataluña y Valencia. En las dos noticias había algún fondo de verdad.



De Teruel salieron algunas partidas para observar los movimientos de los contrarios en ambas direcciones, y don Miguel Navarro, brigadier de la milicia nacional de Albarracín y su partido, a excitación de la Junta de Teruel, hizo salir alguna fuerza de su inmediato mando hacia la parte de Bezas y El Campillo. Efectivamente, algunos oficiales de estado mayor de Espartero, acompañados de la correspondiente escolta, llegaron a Saldón, tomaron lenguas de cómo se hallaban por esta parte los asuntos del regente, y por Terriente tomaron otra vez la dirección a su cuartel general. Las nuevas que de esta parte le llevaron fueron tan poco gratas que hubo de desistir de su intento. El tercer batallón de la Princesa, que desde Zaragoza venía a reforzar la división de Enna, se pronunció en Mainar, dirigiéndose a Daroca, que juntamente con Calatayud, Cutanda y otros pueblos se declararon adictos al nuevo orden de cosas. En la noche del dos al tres de julio se pasaron a Teruel cinco compañías de la reina gobernadora y una de la Princesa. Los sitiadores empezaron a replegar sobre Concud sus fuerzas y artillería, y a las tres de la tarde entró en la plaza el general Narváez con su hermosa división de ocho batallones y cuatrocientos caballos. El brigadier Chelly todavía picó la retaguardia enemiga, que se retiró a Cella y Villarquemado; al emprender ésta su marcha en la mañana del cuatro se pronunció en Cella un escuadrón de caballería y fue a unirse a los de Teruel.

Contemplándose ya libre la ciudad de Albarracín de aquellas trabas que comprimido habían sus patrióticos sentimientos, hizo su pronunciamiento en la mañana del mismo día, solemnizándolo con iluminaciones, repiques de campanas, salvas de la milicia, novilladas y dulzainas, y cantando un solemne *Te Deum* por el éxito feliz que habían obtenido los entusiastas defensores de Teruel, y entre los cuales se contaran también no pocos albarracinenses, cuyos nombres se hayan ya consignados en la historia,<sup>445</sup> a saber, don Manuel Gómez Cordobés, vocal de la Junta de salvación: don Pedro Zapater,

445 Todos estos sucesos están fielmente extractados del opúsculo titulado *El Pronunciamiento de Teruel*. Reseña histórica de los acontecimientos ocurridos en esta capital desde la noche del once de junio al tres de julio de 1843. Por don Víctor Pruneda. Teruel, imprenta y librería de Zarroso, 1843. El comandante general de la provincia don Antonio Comes dio al gobierno un detallado, verídico y modesto de estos sucesos; también se ha tenido a la vista.



vocal secretario de la comisión de hacienda; el teniente coronel capitán segundo, comandante interino del batallón provincial don Tomás Alonso; don Francisco Perruca, teniente de la milicia nacional, don José Alamán, capitán del cuarto batallón, que prestó muy buenos servicios al lado del diputado provincial don Mamés Benedicto, de quien repetidas veces hace honorífica mención el historiador Pruneda; don Francisco Novella; don Luis Barberá, don Cristóbal y don Bernardo Zapater, hermanos del don Pedro que dejamos mencionado, don Manuel, don Pascual y don Pedro Jarque, hermanos, éste último bajó desde Albarracín a compartir su suerte con la de aquéllos; don Ángel y don Juan Francisco Monleón, empleados en amortización, e individuos todos de la milicia nacional, con cuyo conotado firmaron dada al brigadier Enna cuando les intimó la rendición, y en que se le decía *“habían formado la resolución inalterable de sostener la plaza a toda costa en el caso de ser atacada, y la de sostener a todo trance los sagrados objetos y principios proclamados en el heroico y sensato pronunciamiento efectuado el día once del actual”*. El paso dado por la ciudad de Teruel fue en efecto de mucha trascendencia para decidir el feliz evento de esta liza; y el gobierno después para remunerarlo expidió un decreto el once de septiembre de aquel año “confirmando a la enunciada población los títulos de *“muy noble, fidelísima y vencedora”*, en cuya posesión se halla desde tiempos muy antiguos; y a su ayuntamiento el derecho de añadir a sus armas, que son las de la misma capital *“un nuevo cuartel en campo rojo con un cañón y un obús, y en su centro una pila de balas”* como emblema del ataque sufrido y de la victoria conseguida; todo con arreglo al diseño que acompañaba al intento.

Sigamos el curso de los acontecimientos. Enna marchó aceleradamente, por manera que la artillería no pudo seguir su movimiento, y el patriota albarracinense don José Puerto y Valdemoro, a la sazón juez de primera instancia de Calamocha, poniéndose a la cabeza de los nacionales que pudo reunir, sorprendió la fuerza que la escoltaba, y mal de su grado le obligó a dejar en su poder la presa. El gobierno provisional, para premiar su decisión y arrojo lo agració con el juzgado de Daroca, donde murió algún tiempo después. Narváez continuó sin descanso su plan bien concebido de campaña, y reforzando con algunas tropas que se le adherían al pronunciamiento marchó desde Ca-

latayud a las cercanías de la corte, donde se reunió con Azpiroz para oponerse a los designios de sus contrarios, que pretendían reconcentrar sus fuerzas en la capital. Contra ésta se puso en guardia Azpiroz, tomando posición en el puente de Viveros; Narváez con cinco mil infantes, seiscientos caballos y dos piezas, campó frente Ardoz en la noche del veintiuno de julio. Seoanne, que mandaba un ejército de diez mil infantes, ochocientos caballos y treinta piezas de artillería, envió un parlamento a Narváez para decirle “*que tenía las órdenes de la voluntad y la fuerza para atravesar la carretera de Madrid*”; e invitándose a evitar el derramamiento de sangre en una lucha que por los medios legales podía ventilarse. La contestación de este fue “*que contaba con los mismo elementos para no consentirlo*” y que podía venir cuando quisiera. Las fuerzas de Seoanne avanzaron a cosa de las nueve de la mañana y ocuparon la altura de Torote; antes empero que pudiesen desplegar para utilizar las ventajas que les daba su numérica superioridad, se vieron acometidos de frente y flancos por un ataque simultaneo tan rápido y enérgico en toda la línea, que los cazadores al mando de Serrano se lanzaban sobre las cureñas al propio tiempo que las lanzas de los escuadrones acaudillados por Contreras tocaban las bocas de los cañones; la caballería rechazada, el enemigo envuelto y el mismo general en jefe prisionero fueron la obra de un instante. La presencia de ánimo y varonil elocuencia de Narváez hicieron lo demás; las tropas hasta entonces enemigas abrazaron sus banderas, y los dos ejércitos no eran ya más que uno solo en el transcurso de dos horas. Este esclarecido triunfo, de un orden muy superior a los hechos vulgares, abrió acto continuo al vencedor las puertas de la capital, y volando su fama hasta el cuartel general del regente, que con Van Halen y otros generales bombardeaba a Sevilla, los intimidó de manera que levantando el sitio huyeron apresurados a refugiarse en los buques ingleses para trasladarse a Londres, quedando por tanto el gobierno provisional reconocido en toda la nación.

Cuando la tranquilidad parecía suficientemente garantizada, Barcelona se sublevó de nuevo so pretexto de que se había faltado a la fe jurada de convocar Junta Central. El esforzado Prim, conde de Reus, se encargó del restablecimiento del orden y del escarmiento de los amotinados. El diecisiete de septiembre Zaragoza se lanzó

también a dar otro paso igual, si bien en sus afecciones propendía, aunque solapadamente, a sustentar la causa del regente, que de una manera tan explícita acababa de anatematizar la nación. Por consiguiente no halló en ésta eco, y tuvo que someterse a las condiciones que le dictó el veintinueve de octubre el general Concha, encargado del bloqueo. Para ver si podían cortar de raíz tamaños y continuados trastornos, reunidos en Cortes los representantes de la nación declararon por unanimidad en el día ocho de noviembre “*mayor de edad a su majestad doña Isabel II, reina constitucional de las Españas*”. Los senadores y diputados pasaron al Real Alcázar a felicitar a su majestad y prestarle pleito homenaje al día siguiente; y en el inmediato tuvo lugar en el seno de la representación nacional la ceremonia más grandiosa y augusta, cuando en medio de lo más notable de las eminencias sociales apareció una que era más alta que todas, a pesar de ser una joven de trece años, que pasó a sentarse bajo el solio de sus mayores; y prestando enseguida el juramento que la constitución prescribe, se halló ya reina de una de las monarquías más antiguas del mundo la ilustre joven a quien todos contemplaban. El regocijo fue universal en toda la nación, que el día primero de diciembre volvió a ratificar sus juramentos, y solemnizar su proclamación con aquellas demostraciones que fue dado a cada pueblo según sus facultades. La ciudad de Albarracín, si no desplegó tanto aparato y magnificencias como pueden emplear otras más populosas y opulentas, lo hizo al menos con toda la efusión y ternura de corazón de que son capaces sus honrados habitantes, que a nadie ceden en amor, respeto, lealtad y sumisión a sus soberanos. Al efecto, puestos de acuerdo amistosamente los cuerpos de Ciudad y Comunidad con el cabildo catedral y autoridades por medio de sus comisionados don Pedro Antonio Romero, don Manuel Sánchez y don Tomás Collado, se anunció la víspera tan fausto acontecimiento con salvas, fuegos y repique general de campanas. Al siguiente, previas para el convite las debidas formalidades, concurrieron a la catedral las corporaciones y personas notables de la población, precedidas de los gremios, de los oficios, que figuraban vistosas comparsas. A lado del evangelio se había colocado bajo un magnífico dosel el retrato de nuestra joven reina, a quien durante la función hicieron guardia de honor dos capitulares, y tributaron los homenajes correspondientes a su alta dig-

nidad. Debajo del retrato había un magnífico sillón de respeto, y delante un taburete y almohadones de tapicería de seda con galón de oro, sobre los que campeaban la corona y cetro real. Concluida la misa solemne que se cantó a toda orquesta, el preste (cuyas honoríficas atribuciones tuve a mi cargo desempeñar en aquel día) juró por sí “guardar y hacer guardar fidelidad y obediencia a la reina constitucional doña Isabel II, a la Constitución y a las leyes”. Prestaron en sus manos simultáneamente el mismo juramento las autoridades eclesiástica, civil y judicial; éstas los tomaron a sus respectivos subordinados colectivamente, y por fin, al pueblo. Enseguida se cantó el *Te Deum*. Concluida la solemnidad religiosa, el preste tomó el retrato de su majestad y lo condujo hasta la puerta de la catedral, donde lo entregó al alcalde don Joaquín Tobías, que lo llevó a las casas consistoriales precedido del escogido concurso de que antes se ha hablado, y con el que iba entonces interpolado el clero. Seguía a retaguardia la milicia nacional, formada en columna de honor, y detrás los labradores imitando un lucido escuadrón. El señor alcalde hizo una sencilla alocución alusiva al objeto, y se dieron a su majestad entusiastas vivas entre el estruendo de las salvas. Por la tarde se procedió con toda solemnidad a hacer la proclamación en la forma de costumbre primeramente en la plaza constitucional sobre un gran tablado entapizado, donde todo el acompañamiento se sentó; se hizo entonces por el secretario del ayuntamiento la lectura del Real Decreto y acta que se efectuaba; levantose el cortejo, e imponiendo los heraldos *silencio* por tres veces, y llamando por otras tantas la *atención* del numeroso concurso que llenaba la plaza, el regidor decano don Pedro Romero, que llevaba el pendón de la ciudad dijo: “*Por Aragón y Albarracín doña Isabel II, ¡viva!*”; ¡viva! contestó la entusiasmada muchedumbre, y el pueblo se agrupó a recoger las monedas que se esparcieron en el acto. Éste se repitió en la placeta del Palacio episcopal, Puerta Molina y Llano de Santa Bárbara. Se dieron también a los pobres, enfermos y encarcelados socorros abundantes y proporcionados a sus necesidades. Una fuente de vino contribuyó a aumentar la hilaridad del pueblo, que con sus músicas, danzas y mojigangas continuó en la expansión de su alborozo hasta más de media noche; y a los primeros albores del día inmediato ya se oían los silbidos con que probaban los novillos que se habían de lidiar en él,

pues nunca función alguna fuera completa en pueblo alguno de la monarquía en que faltara este requisito. Por último, no siendo dado al ayuntamiento el grabar algunas medallas para perpetuar tan fausto suceso, quiso por lo menos dejarlo patente a la vista de los albarracinienses, disponiendo que en el frontispicio principal de las casas consistoriales se renovase la pintura en mejor gusto que lo estaba la lápida figurada en que se lee "Plaza de la Constitución", y como adornos se colocaron en lugar correspondiente varios emblemas alusivos a la autoridad real, y en una franja orleada esta leyenda "*A Isabel II, aclamada reina constitucional de las Españas el primero de diciembre de 1843*". En la otra fachada del edificio se figuró otro cuadro de iguales dimensiones que el ya descrito, con el escudo de armas de la ciudad, e imitando ser el reverso de la medalla anterior, se leía: "*la muy noble y siempre fidelísima ciudad de Santa María de Albarracín*", que terminaba el sentido completo de la inscripción.

A la nueva era de conciliación, paz y ventura que tan próspero acontecimiento parecía inaugurar, pronto se suscitaron algunos obstáculos que sirvieron a prolongar los fatales enconos de los partidos políticos y las desgracias de la nación. Había logrado atravesar, no sin gloria, una época tan crítica el señor López; su ministerio empero era provisional y de transición, y la reina quiso confiar la consolidación del orden a don Salustiano Olózaga, que a impulsos de su elocuencia creara la situación. El éxito no correspondió a las esperanzas, porque quiso altanero obligar a su majestad con temerario arrojo para que firmarse contra su voluntad el decreto de la disolución de la Cortes. Olózaga se marchó a Portugal, y el señor González Bravo tomó a su cargo la formación del gabinete. No faltó tampoco quien se encargase de promover nuevos desórdenes; el héroe de este episodio de nuestra historia fue don Pantaleón Bonet, aquel decidido carlista que abrazó después el partido liberal y contribuyó al pronunciamiento de Teruel contra el regente,<sup>446</sup> por cuyos servicios había sido agraciado con la comandancia de carabineros de Valencia, de cuya posición abusó para hacer traición a su reina, apoderándose del veintiocho de enero de 1844 de la plaza de Alicante, que después de algún tiempo se entregó al general Roncali que la sitiaba,

446 *El Pronunciamiento de Teruel*, por Pruneda, fol. 18.

pagando Bonet su atentado con la vida, verificándose así la primera parte del vaticinio “*De caja o faja*”, que profirió al dar el grito de rebelión. Escenas más placenteras se verificaban entre tanto en las fronteras de Francia. La reina madre hacía el veintiocho de febrero su entrada triunfal en España por Figueras, para llegar el veintitrés de marzo a la corte entre las estrepitosas exclamaciones del más vivo entusiasmo. En el mes de mayo se formaba un nuevo ministerio, cuya presidencia se confiara al capitán general del ejército don Ramón María Narváez, encargado del Departamento de Guerra. El general Villalonga conseguía entonces, a fuerza de rigurosas medias, exterminar las pequeñas partidas carlistas que se reprodujeron en el Maestrazgo. No fueron menos funestas al valiente Zurbano y sus compañeros las tentativas con que pretendieron en la Rioja promover un alzamiento en sentido progresista. El gobierno, que se hallaba en ojo avizor, supo inutilizar los esfuerzos de los conjurados, tanto allí como en los valles de Hecho y Ansó por la parte de Aragón. Todos estos sucesos tuvieron lugar en el mes de noviembre. Nuestro país, entonces tranquilo, prestaba interesante copia de curiosos datos a las filosóficas investigaciones de dos sabios artistas. El veinticuatro de dicho mes estuvieron en Albarracín don Francisco J. Parcerisa y don José María Cuadrado, pintor el primero y escritor el segundo, con objeto de ver antigüedades para continuar la obra que con tanta aceptación se principió a publicar en Palma de Mallorca con este epígrafe “*Recuerdos y bellezas de España*”, obra destinada a dar a conocer sus monumentos, antigüedades y vistas pintorescas en láminas dibujadas del natural y litografiadas por Parcerisa, acompañadas de texto por Cuadrado. Tomó dos vistas Parcerisa en Albarracín; una del río Guadalaviar y de las grandes canteras por donde corre, camino de Royuela; otra de las inmediaciones del Puente del Arrabal, figurando en primer término las dos montañas, en su centro del puente, la parte de la Escuela Pía y casas contiguas que se divisan; la puerta de Teruel y una pequeña parte de la ciudad, como en lontananza. Me aproximé cuando estaba haciendo este diseño, y como le quisiese dar a conocer el paraje desde donde se divisaba de lleno la ciudad, me contestó “*que no eran sus intentos dibujar grupos de casas, que esto en cualquiera parte lo podía conseguir, sino dar a conocer que había una ciudad fundada en un sitio tal que nadie, a no*



verlo, se lo podría imaginar". Me confesé vencido por el genio del artista. Me persuado que trazó además, aunque a la ligera, otros bocetos, pues me dijo que jamás país alguno le había ofrecido mina más abundante para sus caprichos, pero que la premura del tiempo no le permitía detenerse más en explotarla. Por su parte, Cuadrado, tampoco desperdiciaba los instantes, pues permaneció, como su compañero, día y medio, en cuyo corto espacio reunió algunos apuntes históricos, y tuve la mayor complacencia en facilitarle cuantos poseía de mi cara patria, para que de ellos extractarse cuanto juzgase útil a su intento. Pareciome un joven despejadísimo, que a semejanza de la industriosa abeja, sabe aspirar el espirituoso líquido que encierra el cáliz sin ajar éste en lo más mínimo. Al solo tacto leyó, y lo hizo con singular tino, los pocos caracteres que se conservan algo legibles en una lápida sepulcral de la catedral, de forma gótica, aunque es de tiempos más modernos. ¿Quién creería que aquel general Cuadrado, tan célebre en la Guerra de la Independencia por las chistosas anécdotas a que diera margen su ineptitud, era tío carnal de un tal sobrino, cuyo mayor elogio puede quedar resumido con decir que sus escritos no se han avergonzado de verse al lado de los que el consumado Balmes ha estampado en su periódico titulado *Pensamiento de la Nación*.

Y sin embargo de que en nada hemos tomado de las doctrinas que ésta ha sustentado en la prensa, porque no hacían a nuestro intento, el curso natural de los acontecimientos nos conduce ahora a hablar de la renuncia que en dieciocho de mayo del año siguiente 1845 hizo don Carlos en Bourges para transferir a su hijo Carlos Luis sus derechos a la corona de España, y que éste aceptó en el mismo día, dando un manifiesto a los españoles en que resaltaba el amor que profesaba a su patria y lo dispuesto que se hallaba a sacrificarlo todos en su obsequio, renunciando entrar en ella como no fuese llevando en sus manos el símbolo de la paz, y dando a entender que aunque por ciertas miras políticas se le quería suponer el representante de ideas retrógradas, se hallaba sin embargo al alcance de los modernos adelantos y sanos principios en materia de gobierno. El final de este año se hizo tristemente remarcable en la historia de Albarracín para el amante de sus glorias. En el mes de diciembre fue demolida la torre y puerta de Teruel, y se destruyó el hermoso



arco de piedra labrada que la formaba, siendo infructuosas cuantas súplicas y reflexiones hice para ver de conservar este monumento de tantos siglos, y cuya reparación era a mi entender obra de bien reducido gasto. Sin embargo no creyeron las autoridades que podían comprometerse a hacerlo, hallándose la ciudad agobiada de apremios por las excesivas contribuciones de que se veía abrumada, y que no podía cubrir por hallarse exhausta de recursos. Solo pues el cuidado de Parcerisa hará conocer este torreón tal como se ostentaba en el año anterior, pues a haber llegado otro más tarde, ya en su visita de la ciudad no hubiera aparecido rastro alguno del trofeo que erigiera 832 años antes su reparador y primer señor moro Aslno Ben- racín.

La política seguía en la corte su curso ordinario; Narváez, al hacer dimisión del ministerio en febrero de 1846, fue nombrado general en jefe del ejército, ocupó su lugar el señor marqués de Miraflores con la cartera de Estado; en marzo ya se alzara otra vez Narváez con la presidencia del consejo, y en abril tenía un nuevo sucesor en el señor Istúriz. Un pronunciamiento se verificaba al propio tiempo en Galicia, tomando por distintivo de su bandera al infante don Enrique y la Constitución del treinta y siete, que en el año anterior había sufrido, por los trámites legales, modificaciones muy importantes. El general Concha desconcertó los planes de los sublevados en las gloriosas jornadas de la Bañeza y Santiago, que compró a costa de treinta muertos y más de cien heridos. Catorce capitanes y el comandante Solís pagaron con la vida su crimen de rebelión; los demás sufrieron penas menos graves, pero siempre proporcionadas a la enormidad del crimen; los leales fueron también premiados según su mérito, y el jefe que los mandó elevado a la clase de teniente general. Las cosas volvieron a su estado normal. En julio de este año hizo el Consejo Real una declaración de competencia entre el juez de primera instancia de Albarracín y el jefe superior político de la provincia, que decidió a favor de este último; y como ella versase sobre roturaciones del terreno (mal que causa notables detrimentos al país, como diferentes veces hemos indicado), y sea favorable a la ganadería que es lo que debe constituir su principal riqueza, nos ha parecido oportuno transcribirla a continuación. Dice así:

“Ministerio de la Gobernación de la Península. Sección de Gobierno. Circulares. Al Jefe Político de Teruel se dice por este Ministerio con esta fecha lo siguiente. Remitido al Consejo Real expediente de competencia entablado por ese gobierno político con el Juez de primera instancia de Albarracín sobre roturación de tierras en perjuicio de la ganadería, ha consultado después de oír a la sección de gracia y justicia lo siguiente: Vistos el expediente y los autos respectivamente remitidos por el Jefe político de Teruel y el Juez de primera instancia de Albarracín, de los cuales resulta que a consecuencia de haber roturado varios vecinos de Villafranca del Campo considerable porción de cuartillas de tierra con perjuicio de la ganadería, pidió el Procurador Fiscal de pasos y cañadas a dicho Juez que declarase como en efecto declaró, previa información de testigos, a dichos roturadores inclusos en la multa de ordenanza, condenándolos a su pago, al de los gastos de reconocimiento de terrenos y en las costas y expedido apremio contra los multados por no haber comparecido a alegar excepción legítima en el término que se les previno por auto de 22 de julio de 1845, noticioso de ello el Jefe político promovió la competencia que se trata. Vista la Real Orden de trece de noviembre de 1844 que encarga a los jefes políticos cuiden de que se observen y cumplan todas las disposiciones que declaran a favor de la ganancia el libre uso de las cañadas, cordeles, abrevaderos y demás servidumbres pecuarias con todas las concesiones que están dispensadas a esta industria por la ley, y varias reales órdenes que por todos los medios que estén al alcance de su autoridad, impidan que los locales ni otra persona pongan obstáculo de ninguna especie para el goce de los derechos declarados y amparen a los ganaderos con arreglo a las leyes en los casos que lo solicitasen, concediéndoles todos los auxilios y protección que fueren necesarios en obsequio de este importante ramo de la riqueza pública. Considerando que la terminante disposición de esta Real Orden excluye manifiestamente los procedimientos del Juez de Albarracín que motivaron esta competencia, se decide a favor del Jefe Político de Teruel, a quien se devuelva su expediente con los autos, dándose conocimiento a dicho Juez de esta decisión y sus motivos. Y habiéndose dignado su majestad resolver como parece al Consejo lo digo a vuestra señoría de Real Orden para su inteligencia y efectos correspondientes a su cumplimiento. De Real Orden comunicada por el señor ministro de la gobernación de la Península lo traslado a vuestra señoría para que se tenga presente en casos análogos. Dios guarde vuestra señoría muchos años. Madrid, 23

de junio de 1846. El subsecretario Pedro María Fernández Villaverde. Señor Jefe Político de....”

Pocos meses después tuvo lugar en la corte un suceso memorable. La reina nuestra señora (que Dios guarde) resolvió enlazarse con su primo y serenísimo señor don Francisco de Asís María de Borbón, infante de España, y dio permiso a su hermana la infanta doña María Luisa Fernanda para que simultáneamente lo contrajese con el serenísimo señor don Antonio María Felipe, duque de Montpensier. El día once de octubre por la mañana se verificaron los desposorios de sus majestades y altezas en el regio salón de embajadores, y a día siguiente las velaciones en el santuario de Atocha, con toda la pompa, aparato y majestad que reclamaba tan fausto acontecimiento. En los días veinticinco, veintiséis y veintisiete del propio mes lo celebró la ciudad de Albarracín con públicos festejos, que siendo en un todo iguales a los que se practicaron en la proclamación y jura de la reina, excusamos reproducirlos, remitiendo a los curiosos que deseen enterarse de lo acaecido al parágrafo nono de este mismo capítulo, en que quedan descritos, salva empero la diferencia que los motivaba, a fin de darles la oportuna aplicación.

En el año siguiente de 1847 nada ocurrió en este país que fuese digno de llamar la atención. Sin embargo, juzgo oportuno insinuar que habiendo fallecido el tres de diciembre el doctor don Domingo Vicente Sánchez, magistral de esta Santa Iglesia Catedral y gobernador de su diócesis, fui canónicamente electo por unanimidad para reemplazarle en el desempeño de un destino que ingenuamente reconozco ser muy superior a mis fuerzas. Algún tiempo después el gobierno de su majestad tuvo a bien dar su aprobación a este nombramiento. He hecho mérito de este suceso para que poco más adelante no se extrañe el ver figurar mi insignificante persona en las comunicaciones oficiales que dirigí al ministerio con motivo de los estragos que los terremotos ocasionaron en algunos templos del obispado, como más extensamente veremos en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XLI



En el periódico titulado *El clamor público*, y número correspondiente al veintinueve de octubre de 1847 se decía lo siguiente: "Necrología. Antes de ayer ha fallecido en esta corte a la edad de cincuenta y ocho años el brigadier de infantería don José María Asensio de Ocón. Su cadáver, embalsamado por los doctores Nieto, Simón y Polín, con el feliz éxito de costumbre, y colocado en una caja fundida de las nuevamente inventadas por estos profesores, se conservará en el estado en que se encuentra hasta que sea trasladado a Albarracín, en cuyo punto existe el panteón de su familia". Para llevar a ejecución este intento la viuda del difunto doña Joaquina Dolz del Castellar y los ejecutores testamentarios del mismo escribieron una carta confidencial al gobernador que entonces era de esta diócesis doctor don Domingo Vicente Sánchez, a que acompañaba un oficio del secretario de la jefatura política de Madrid, en que se daba permiso a la viuda para que pudiera trasladar el cadáver a esta ciudad. El cabildo manifestó de palabra a los que presentaron estos documentos que no le era dado tomarlos en consideración puesto que no venían cometidos al mismo. Acudieron entonces los interesados al jefe político de la provincia, que en oficio de cuatro de diciembre dispuso que se diese sepultura al cadáver de Asensio en la capilla de Santa Ana. El cabildo

le contestó que accedería gustoso a sus deseos si a su realización no se opusiera lo que sobre el particular tiene dispuesto la vigente legislación. El jefe político apreció en su justo valor estas observaciones, entre las cuales se consignaba también la de que “el cabildo tenía su panteón propio y separado del cuerpo de la iglesia, y a pesar de todo había sepultado en aquellos mismos días al difunto gobernador eclesiástico en el camposanto”, en vista de todo lo cual contestó aquél que “no era su ánimo contravenir a las reales órdenes, y que por lo tanto se le señalase en el cementerio el sitio correspondiente”. Solicitó entonces el apoderado de la viuda una certificación del cabildo acerca de los derechos que anteriormente tuviera la familia del brigadier al enterramiento de la misma en la capilla de Santa Ana. El cabildo se la franqueó tan cumplida como la deseara, dándole al efecto alguna mayor extensión, y rectificando algunos hechos que todos cedían en abono de los interesados. Con este documento recurrieron al gobierno, y en Real Orden de catorce de enero de 1848, comunicada por el ministro de la gobernación del reino, se dijo:

“Que su majestad se había dignado desestimar la solicitud que a sus reales manos dirigieran la viuda y testamentarios del brigadier don José Asensio de Ocón, pidiendo su real permiso para enterrar su cadáver en la capilla de Santa Ana; mas en atención a hallarse embalsamado, y ser aquél un panteón particular, podía considerársele comprendido en el artículo segundo de la Real Orden circular de veintisiete de marzo de 1845.”

Así se verificó el siete de febrero, en que se procedió al solemne funeral que a la categoría del difunto correspondía, con tal pompa y magnificencia cual no es fácil vuelva a verse otra vez en Albarracín. Todavía no había salido el cadáver de la capilla de la casa propia de los Asensios cuando ya principiaron a entrar en la catedral los dos órdenes de filas que lo acompañaban con cirios encendidos; seguía todo el clero catedral y parroquial; y la capilla de música cantó todo el oficio secundada por una gran orquesta que vino de Teruel para este intento. El féretro iba custodiado por la escolta correspondiente, y detrás del duelo marchaba una compañía de infantería que se hallaba en ésta de guarnición, llevando, con arreglo

a ordenanza, las armas a la funerala, y haciendo después los honores correspondientes a la categoría del finado. En medio del templo se había colocado el catafalco canonical, sobre el cual se puso la majestuosa caja que contenía los restos del brigadier, colocándose sobre ella sus insignias de mando, y a los costados los soldados de la escolta. La iglesia toda se hallaba cuajada de gente, por manera que se llenó el coro, los balconillos de los canónigos, las gradas del púlpito y el mismo presbiterio, sin que por esto dejase de observarse la más religiosa compostura. Al día siguiente se hicieron las exequias, y al cabo de año en el inmediato. El importe de los tres actos ascendió a tres mil ochocientos catorce reales, cuatro maravedís. La fábrica catedral puso aquella cera que tiene detallada para ellos, y la restante, con la gratificación de la orquesta y tropa, corrió de cuenta de la casa. Todos los días muchas misas en la capilla de la misma, y desde su enterramiento se dice por un beneficiado una diariamente en la de Santa Ana por el descanso de su alma. Para complemento de todo se ha colocado en la parte exterior del nicho en que reposan sus cenizas una magnífica lápida sepulcral de mármoles y jaspes, elaborada en Madrid y cubierta con un cristal, y de la cual daremos copia, con las restantes que se hallan en el mismo local, cuando describamos el templo catedral. Excusamos extendernos más sobre apuntes biográficos de este ilustre patricio, puesto que los más principales quedan ya consignados en el curso de esta historia.

En ella debemos ahora indicar que por este tiempo estalló una violenta insurrección en París que inundó de sangre las calles de aquella capital. Su virtuoso arzobispo, monseñor Appre, queriendo evitar como buen pastor la pérdida de sus ovejas, se interpuso entre el fuego de los contendientes llevando en la mano un ramo de olivo, mas al aproximarse a una barricada cayó herido y sucumbió víctima de sus ardiente caridad. La lucha dio por resultado la caída de la dinastía de Orleáns del trono de Francia y la proclamación de la República. La Europa entera se sintió entonces poseída de un vértigo revolucionario de igual tendencia, y en Madrid, aunque cubiertas con otro disfraz, no dejaron de intentarse algunas asonadas, que fueron enérgicamente combatidas por la acción vigorosa del gobierno. Un poco más adelante se advirtieron en las provincias otros síntomas de insurrección en diverso sentido. Don Vicente Herrero, alias el Or-



ganista de Teruel, se presentó en Villafranca, pueblo de este partido, capitaneando una partida de treinta hombres, que habían levantado bandera por el conde Molín, pero perseguidos de cerca y alcanzados en Mosqueruela a las cinco de la tarde del día diez de marzo por la columna que mandaba el coronel graduado don Fernando María Gispert, fueron completamente derrotados, quedando muertos en el acto el cabecilla y seis más, diez prisioneros y doce caballos; dispersándose los restantes que lograron salvarse de la gavilla que apenas naciera cuando ya expiró. Ni podía ser otra cosa. Las circunstancias habían cambiado enteramente, y no sé como hasta tal punto pudo desconocerlas un hombre de natural despejo y bastante disposición, para formarse ilusiones acerca del buen éxito de tan temeraria empresa. Ocupándose de este suceso “El Cid”, periódico de Valencia, dijo lo siguiente:

Noticias biográficas de El Organista. Creemos no pesará a nuestros lectores saber algunas particularidades acerca de este sujeto a quien su estrella fatal ha conducido a morir en el sitio que en otro tiempo fue teatro de sus correrías. Vicente Herrero, conocido por el organista de Teruel, era natural de Gea de Albarraacín, inmediato a esta ciudad y denominado así para distinguirlo de Egea de los Caballeros, villa grande en el mismo reino de Aragón. En sus primeros años aprendió el órgano, tanto en Teruel como en Zaragoza, donde vivió algún tiempo. De regreso a Teruel casó con la sobrina de un canónigo, y obtuvo la plaza de organista en el pueblo de Gúdar. Entregase allí a la diversión de la caza, en la cual salió tan diestro que apenas erraba tiro. Más adelante, por recomendación del citado canónigo, fue nombrado organista de la parroquial de San Pedro de Teruel, con lo cual y con algunas lecciones de piano que se dedicó a dar pasó una vida oscura hasta el año 1822. Reunióse entonces a la facción de El Royo (Capapé), en la cual ascendió pronto a teniente de infantería. Como poseía el manejo de la escopeta con tal perfección, hizo a veces un uso bárbaro de su funesta habilidad a la cabeza de una partida con la cual emprendió correrías por los pueblos, explotando en todos sentidos la mina que le ofrecía la provincia de Teruel. El año 23 se retiró a esta ciudad, donde como es de suponer, se inscribió en las filas de los voluntarios realistas, dándose a conocer entre los más exagerados, al paso que su conducta privada no era de las que se pueden proponer como ejemplar de moralidad. Cuando en 1833



fueron desarmados los voluntarios realistas no cesó de tomar parte en conspiraciones en términos de verse precisado el gobernador entonces de Teruel don Francisco de Paula Alcalá a confinarlo en Valencia. Duró poco su destierro y regresó a Teruel para sufrir de allí a poco segundo confinamiento a Zaragoza, el cual fue así mismo poco duradero gracias a influencias y favor de que no carecía. Por tercera vez se le expulsó de Teruel con destino a Valencia. Fue en 1835, época de las primeras represalias con motivo de los fusilamientos de El Serrador en Villarreal. Cogió al organista en Barracas la noticia de las ejecuciones verificadas en esta capital el seis de agosto, y no acomodándole el giro que tomaban los negocios, prefirió marchar a la facción y emprender la vida de 1822. Siguió toda la campaña, y ascendió a comandante; pero los excesos que cometió obligaron a Cabrera a separarlo del mando. Al cabo de dos años de exoneración fue repuesto en el destino y nombrado gobernador del fuerte de Aliaga. Posteriormente fue vocal de la junta realista instalada en Vallibona. En 1840 emigró Francia, donde permaneció hasta que su fatalidad le ha conducido a ser víctima de su arrojo y tenacidad en defender una causa desgraciada.<sup>447</sup>

A estas convulsiones políticas se sucedieron otros trastornos en el orden natural, que tuvieron por algún tiempo este país en una continua agitación y sobresalto. Tales fueron los diferentes y violentos terremotos que experimentó y de los cuales di entonces conocimiento oficial al ministerio de Gracia y Justicia en dos comunicaciones que reprodujeron los periódicos, y juzgo oportuno transcribir ahora, puesto que en ellas se encuentra una sucinta reseña de este extraordinario fenómeno. En la primera de ellas decía:

“Gobierno eclesiástico de la diócesis de Albarracín. Excelentísimo señor. El día dos del actual, a las ocho y media de la noche se dejaron sentir en esta ciudad, en Bronchales, Orihuela, Noguera, Tramacastilla, Monterde, Saldón y otros pueblos de la diócesis algunos leves indicios de terremotos. Al día siguiente a las once y media de su mañana se hicieron ya más perceptibles y de mayor duración. En Albarracín sucedió lo siguiente. A las tres y minutos de la tarde volvió a repetir y fueron tan violentos los sa-

447 *La España*, periódico de Madrid, número 54. Martes veintinueve de junio de 1848.

rudimientos que dio que a su impulso se estremecieron todos los habitantes de la ciudad. El comandante de armas y el de fusileros que con otras gentes se hallaban a la sazón en la plaza observaron los vaivenes que sacudía contra la casa ayuntamiento, y los presos gritaron desde sus encierros: “que se hunde la cárcel”. En el colegio de Escuelas Pías sucedió otro tanto, pues el impulso subterráneo se hizo más perceptible en proporción a la solidez de los edificios. La residencia de la catedral estaba entonces a principios de completas, y como las oscilaciones se percibieran claramente, pues todo el templo se vio balancearse por dos o tres veces al propio tiempo que se dejó sentir un fuerte peligro que duró como uno dos segundos, volvió a repetir pocos instantes después otra oscilación menos fuerte cuando se cantaba el tercer verso del salmo treinta, segundo de las completas, que dice *Esto mihi in Deum protectores et in domum refugii: ut salvum me facias*. Concluidos los divinos oficios se cantó la Salve para dar gracias a Dios y a su Santísima Madre por el favor singular que acababa de dispensarnos. Según pudo observar el ecónomo de Santa Bárbara del arrabal de esta ciudad, que se hallaba de paseo, el movimiento subterráneo marchaba de norte a mediodía, pues sintió y vio desprenderse varias piedras del cerro del muro, y poco después suceder lo propio en el que se halla a su frente, y sigue la dirección que dejó indicada. A las seis menos cuarto de la tarde se sintieron otros sacudimientos menos fuertes, y a las siete en punto otros casi imperceptibles. La fuente principal de que se surte esta población, llamada de la Peña, que siempre corre cristalina, dio por muchas horas sucesivamente teñidas sus aguas de color blanco, amarillo y encarnado, siendo ésta la vez primera que en ella se ha notado tal alteración. No ha acaecido, que hasta el presente se sepa, desgracia alguna personal, salvándose casi maravillosamente los habitantes de una casa que se hundió en Bronchales. En Orihuela se han arruinado completamente tres, y otras muchas han sufrido notable detrimento. La fachada de la iglesia parroquial, a pesar de su sólida estructura, ha experimentado perjuicios en su remate y molduras de piedra labrada. En Monterde se ha aplomado el capitel de la torre hacia la parte interior, resintiéndose algo la iglesia y cuarteado diferentes casas. En varios pueblos limítrofes de Castilla ha sucedido otro tanto que en otros pueblos de la diócesis, cuya reseña omito por evitar la difusión, pues los sucesos vienen a ser idénticos en todos en la zona de unas seis leguas que ha abarcado de extensión. Ha seguido el terremoto una marcha igual a la que se observó en otro que se verificó en primero de diciembre de

1834. Entonces como ahora el tiempo era hermoso, la atmósfera estaba despejada, y reinaba una apacible calma al exterior. He creído, excelentísimo señor, que debía dar a vuestra excelencia conocimiento de este suceso en la mejor y más sucinta forma que a mis alcances ha estado, para que si el fenómeno no es parcial y sigue su curso, como es de presumir, se unan estos datos si de algo sirven a los que de otras partes puedan proporcionar personas más entendidas, y todos sirvan a ilustrar esta clase de investigaciones. Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Albarracín, cinco de octubre de 1848. Excelentísimo señor Tomás Collado. Excelentísimo señor secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia.”<sup>448</sup>

El veinte del mismo mes llegaron a esta ciudad dos columnas de tropas al mando de los comandantes Cid y Gispert en persecución de la facción de Gamundi, que se hallaba por los pueblos limítrofes del Señorío de Molina, de donde se retiró por lo más encumbrado de la Sierra de Albarracín, y atravesándola toda marchó en dirección de la de Teruel y confines de Valencia, verificando el paso del Guadalaviar por Torrebaja. El señor Gispert regresó a Albarracín con su columna en la noche del veinticuatro, siguiendo de cerca la pista de la facción, que desalojó pronto el país a causa de las pocas simpatías que en él encontró, y la suma actividad con que se vio acosada por las expresadas columnas. Además que la tierra se desdeñaba, digámoslo así, de tolerar la pequeña agitación suscitada en su superficie, para ocuparse exclusivamente de vencer y sofocar la violenta efervescencia que corroía sus entrañas, puesto que en su interior se notaban terribles síntomas de trastorno, acerca de los cuales me consideré obligado a dirigir al gobierno un segundo aviso oficial, y así lo puse por obra en los términos siguientes:

“Gobierno eclesiástico de la diócesis de Albarracín. Excelentísimo señor. El día cinco del mes anterior puso en conocimiento de vuestra excelencia cuanto en esta ciudad y sus cercanías ocurrió con motivo del terremoto que en ella se dejó sentir el dos y el tres del mismo. Juzgué por entonces que sus efectos fueran pasajeros y que no volvería a reproducirse. Mis cálculos salieron fallidos; la causa que lo produjo debió sin duda encontrar materia dispuesta

448 Salió este parte en *La Gaceta* del diez y lo reprodujo *La España* del catorce y otros periódicos.

para cebar y nutrirse en el pueblo de Noguera y sus contornos, que abrigan en su seno diferentes ramificaciones de mineral de que se presentan bastantes indicios en la superficie. El fenómeno, pues, hizo allí una tenaz insistencia, reproduciéndose al menos por el espacio de diez y seis días consecutivos con fuertes y continuadas oscilaciones, temblores y detonaciones, a cuyo impulso se vieron balancearse los edificios de una manera muy ostensible, y lanzarse al aire algunas moles de piedra de extraordinaria magnitud. Las fuentes manaban con mayor abundancia, y sus aguas señalaban en calórico una temperatura que jamás se había experimentado. Los arroyos suspendían su curso por algunos momentos, o lo tomaban en distinta dirección. Cuando los habitantes de estos pueblos empezaban ya a considerarse más seguros y tranquilos en sus cosas por haber cesado el terremoto, ha vuelto a introducirse de nuevo en ellos la alarma, porque el primero del corriente se reprodujo por dos o tres veces con igual violencia que los anteriores, y es prueba de que todavía no se ha extinguido completamente el foco que lo promueve, haciendo temer pueda terminar por alguna erupción volcánica de que en la antigüedad no se vio exento este país, pues que existen cráteres en él ha ya mucho tiempo extinguidos, pero que conservan aún exactamente su figura. El Jefe Político de la provincia, don Ramón María Membrado, impulsado del patriótico celo de que se halla animado a favor de sus subordinados, dio comisión al entendido don Hermenegildo López para que pasase a examinar sumariamente los deterioros que sufrieran los edificios, e investigar al propio tiempo cuanto pudiese acerca del fenómeno que nos ocupa, y sobre el cual le han suministrado observaciones bien originales y raras sujetos curiosos que en Noguera han seguido notando su curso con toda exactitud. Considero como muy factible que dicho Jefe, con presencia de estos datos, redacte una memoria de lo acaecido que hará sin duda llegar al gobierno de su majestad con una nota de los estragos causados y gastos indispensables para su reparación, habiéndome yo por mi parte suplicado en oficio del veinticinco anterior lo haga circunstanciado sobre los tres templos de Orihuela, Noguera y Monterde, pues los que hasta ahora se me han facilitado no llenan completamente el objeto. El pueblo de Orihuela me ha presentado en debida forma una solicitud acompañada de un presupuesto de gastos de asciende a 15.784 reales de vellón, que se consideran de absoluta necesidad para acudir a los más urgentes y perentorios reparos si se quiere evitar la inminente ruina del más magnífico templo de la diócesis, y aún de muchas leguas al contorno, siendo su fábrica toda de piedra sillería, su estructura magnífica de cruz

griega con una soberbia cúpula, y todo el conjunto admirable por su forma arquitectónica y proporcionadas dimensiones. Para subvenir en parte a estos gastos pienso dar permiso para que se empeñe alguna alhaja de valor que fuera legada a dicha iglesia como prenda de amor y gratitud por uno de sus hijos predilectos, y he juzgado que, no siendo necesaria para el culto, ningún destino podría dársele más adecuado que dedicarla al sustento de la Madre en cuyo obsequio todos los vecinos se ofrecen también gustosos a coadyuvar con algunos jornales y el apresto de materiales. Empero todos estos esfuerzos, aunque en sí laudables, no son, excelentísimo señor, bastantes a atajar el daño ocasionado por el terremoto, pues según el informe oral que me hizo el comisionado López, la fachada principal de la iglesia y la torre de las campanas se han separado completamente del resto del edificio y perdido todo su nivel, y lo propio ha sucedido con algunos arcos y columnas en el interior, por manera que son indispensables cuantiosas sumas para su sólida y completa reparación. Otro tanto puede decirse del templo y campanario de Noguera, que amenazan también pronta ruina, según oficio del rector, que en veinte del pasado me asegura “que en su concepto no está lejano el día de tener que trasladarse la parroquia sin que haya a donde poderlo verificar, pues que la única ermita que existe en el pueblo se halla en estado todavía más ruinoso que la misma iglesia, habiendo por otra parte tan cortos recursos que carece de los necesarios para poder intentar una tasación y visura de los gastos a que ascendería la reparación, no teniendo con qué satisfacer a los alarifes lo que se origine de la simple inspección y reconocimiento”. La relación que en veinticinco del propio mes me hace el rector de Monterde de los deterioros que ha sufrido su iglesia viene a ser idéntica con la anterior. Los vecinos de estos pueblos, excitados por el celo de sus respectivos párrocos, y por aquello poco en que haya podido influir la eficacia de mi palabra, se prestan también gustosos a hacer aquellos sacrificios que están a sus alcances. Mas como éstos no sufraguen para ocurrir a todo lo necesario y sean indispensables otros que sin género de duda son superiores a sus débiles fuerzas, me veo en la sensible precisión de haber de recurrir a vuestra excelencia, y que en conformidad a lo que dispone la Real Orden de treinta de septiembre último, le suplico encarecidamente se digne interponer su poderoso influjo y eficaz mediación para con el señor ministro de hacienda, a fin que éste tenga a bien consignar aquellos fondos que con presencia de datos se conceptúen necesarios para el objeto indicado, que no puede ser menos de afectar al religioso corazón de nuestra bondadosa soberana, y a la ilustrada pre-

visión de su sabio gobierno, que confío no dejará desatendida la solicitud, proveyendo lo que estime conveniente al sostén y reparación de unos templos en que por tantos siglos han dirigido los fieles sus fervientes súplicas al señor en favor de esta católica monarquía. Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Albarracín, siete de noviembre de 1848. Excelentísimo señor Tomás Collado. Excelentísimo señor secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia”.

La prensa periódica, no contenta con dar cabida en sus columnas a esta sencilla manifestación del suceso, apoyó con todos sus esfuerzos al buen éxito de la anterior solicitud, encaminada a procurar al pronto remedio de los daños que causara el terremoto, y el periódico monárquico *La Esperanza*, en uno de sus artículos de fondo se explicaba en estos términos:

“Hemos leído la comunicación que dirige al señor ministro de Gracia y Justicia el gobernador eclesiástico de la diócesis de Albarracín con motivo de lo resentidos que han quedado algunos templos a consecuencia del terremoto ocurrido los días dos y tres del pasado octubre. Claro es que apoyemos con todas nuestras fuerzas la solicitud del señor gobernador eclesiástico de Albarracín, y además suplicamos una y mil veces al gobierno que dedique su particular atención al reparo de muchos templos que amenazan próxima ruina... Porque es necesario no perder de vista que cada año que vaya pasando sin reparar los templos que se hallen deteriorados hará que ascienda luego a doble cantidad el presupuesto de gastos en que se calculen sus respectivas obras. Si por fin la revolución no hubiera privado antes a nuestras iglesias de las alhajas que la piedad de nuestros padres depositara en el altar, hoy, como propone el señor gobernador eclesiástico de Albarracín, podrían enajenarse para evitar la ruina de los templos. Pero pobre la Iglesia hasta un punto que ni para la oblata del augusto sacrificio cuenta con recurso alguno, se ve condenada a llorar en el vestíbulo de los altares la miseria de los sacerdotes que piden a Dios por el pueblo, y la próxima ruina del templo santo donde se elevan plegarias al Redentor de la humanidad. Los llantos de Jeremías apenas bastan a expresar la dolorosa situación de la Iglesia española en las actuales circunstancias”.<sup>449</sup>

449 *La Esperanza*, periódico monárquico del lunes veinte de noviembre de 1848.

La reina nuestra señora, escuchando benigneamente las súplicas del gobernador eclesiástico de Albarracín, para proveer a su remedio dictó desde luego la Real Orden siguiente:

“Enterada su majestad de la comunicación dirigida por vuestra señoría a este ministerio en siete de noviembre próximo relativa a los estragos producidos en los templos de Noguera, Orihuela y Monterde por los terremotos últimamente ocurridos en esa comarca, se ha dignado mandar que el intendente de rentas de esa provincia instruya los oportunos expedientes de reparación de los mismos con arreglo a la circular de cuatro de diciembre de 1845. De Real Orden comunicada por el señor ministro de Gracia y Justicia lo participo a vuestra señoría a los fines consiguientes. Dios guarde a vuestra señoría muchos años. Madrid, veinte de diciembre de 1848. El subsecretario Fernando Álvarez”.





Este libro se terminó de imprimir  
en los Talleres de Perruca, en Teruel  
el 16 de abril de 2011,  
festividad de Santa Engracia



